



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

G

Formas de pensar y hacer política

Militancia en un partido político de *izquierda.*

Autor:
Quirós, Julieta

Tutor:
Rosato, Ana María

2003

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas

Grado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

810.624 MESA
17 NOV 2003 DE
Agr. ENTRADAS

TESIS
10-6-5

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

**Formas de pensar y hacer política.
Militancia en un partido político *de izquierda***

Julieta Quirós
Tesis de Licenciatura en Antropología Social

Directora: Dra. Ana María Rosato

Buenos Aires, Noviembre 2003

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	3
INTRODUCCIÓN	6
I. DEL CONFLICTO AL ORDEN: UNAS ELECCIONES	17
El punto de partida: de <i>caracterizaciones</i> y <i>consignas</i>	17
<i>Hay que decirle a la gente quién es quién</i> . El trabajo de un <i>círculo</i> en campaña	20
Los resultados	25
La <i>conciencia</i> . Una teoría nativa sobre el comportamiento político del mundo social	34
El Engaño. Un teoría nativa sobre el Otro político	37
II. DEL CONFLICTO ORDENADO	40
Del partido a <i>la clase</i> , del local a la calle: el caso de un <i>círculo</i> barrial	43
De la <i>Organización</i>	49
De la <i>Orientación</i>	52
<i>Organización</i> y <i>Orientación</i> ó el Conflicto ordenado	56
III. LA CONSTRUCCIÓN DE LO POLÍTICO	59
Primer Acto: <i>Hemos advertido las contradicciones de un sistema que está en su estado terminal</i>	60
Segundo Acto: <i>Nadie nos va a hacer perder este momento político</i>	68
Tercer Acto: <i>El proceso de derrumbe capitalista y de rebelión popular se extiende</i>	72
Acerca de lo dicho	79
IV. ESPACIO Y SABER	86
La prueba del saber	95
Saber y poder	99
V. LA MILITANCIA, ENTRE LA INTERVENCIÓN Y LA ESPERA	104
Acerca del Marxismo y del Milenarismo	111
FINAL	117
BIBLIOGRAFÍA	125

Creo que esta etnografía está más cerca de la ortodoxia, de la modernidad y del monólogo, que de la heterodoxia, la posmodernidad, y el diálogo o la polifonía. Sin embargo, creo también, que eso no le impide ser un producto colectivo y plural; un trabajo en el que han intervenido ideas y prácticas ajenas, no sólo desde sus inicios sino, incluso, desde antes de que fuera concebido. Dentro de las reglas de la ortodoxia, entonces, hago uso de este gentil espacio, el de los 'agradecimientos', para nombrar a quienes no sólo debo parte de este recorrido –que es la tesis-, sino, también, mi relación con la investigación y con la antropología misma.

Quiero empezar por mencionar a Guillermo Quirós, a quien además de un vínculo de parentesco –que al fin y al cabo no estuvo tan lejos de ser el de *tío materno*- me liga una relación de afinidad antropológica invaluable. A él le agradezco el entusiasmo y la dedicación con que me ha acompañado a lo largo de toda mi carrera, el mismo entusiasmo y dedicación con los que aborda la docencia y el enseñar, en el sentido más acabado del término; leyendo trabajos, interesándose por mis intereses, aportando ideas originales, haciéndose tiempo para recibirme y para, simplemente, charlar de antropología; dando su opinión –siempre genuina y sensible, siempre generosa- sobre decisiones que para mí eran importantes. En lo que a esta tesis respecta, fue central poder contar con sus comentarios y su sentido del humor, allí cuando me encontraba absolutamente perdida en mis registros y materiales de campo –de esos encuentros, de hecho, han resultado puntos medulares de mi argumento. Pero por sobre todas las cosas, aquello que quiero agradecer a Guillermo es la habilidad que ha tenido para contagiar –no sólo a mí, por cierto- su gusto y su pasión por la antropología, para demostrar y transmitir la certeza de que la antropología tiene mucho para decir y mucho por decir, y de que hacer antropología puede ser una tarea fascinante. Esta es, sin duda, su indeleble impronta y mi estúpida deuda.

Quiero agradecer, de igual modo, a otra gran mentora y formadora, Ana Rosato, cuyos aportes también distan de agotarse en esta etnografía, en sus lecturas minuciosas y multifacéticas, que incluyeron desde inquietudes por el campo etnográfico, valiosas sugerencias y propuestas de interpretación, hasta pacientes correcciones y revisiones de estilo. Con quien he tenido el privilegio de colaborar en la tarea de análisis y producción, y aprender muchísimo sobre lo que significa investigar; la notable tenacidad de trabajo que caracteriza a esta iniciadora y guía, su preocupación por el rigor metodológico, y su compromiso con una antropología sensata, siempre me han estimulado sobremanera, y tienen para mí un valor excepcional.

Por varias razones, junto a Ana siempre está Mauricio, o simplemente Boivin, a quien quisiera recordar la trascendencia que tuvo para mí que, allá lejos y hace tiempo –aún cuando me encontraba cursando mis primeras materias, aún cuando en aquella charla no tuve más remedio que responder a su pregunta confesando, temerosa, que todavía no tenía *ni metodología ni epistemología*– que aún así, finalmente, me diera la posibilidad de participar del equipo de antropología política, y conectarme con nuestra disciplina desde otro lugar; ingresar a ese grupo fue clave para mí, no sólo porque significó un portal hacia múltiples y nuevas oportunidades, sino porque me permitió aproximarme, tempranamente, a la tarea de investigación, al trabajo colectivo, al intercambio de experiencias. Junto –una vez más– a Ana, su seguimiento y orientación, la atención que siempre me han brindado, la deliciosa persecución de la que he sido objeto por postergar idiomas y seminarios, han hecho de estos cinco años de carrera un recorrido enormemente más atractivo y prolífico del que había imaginado.

Pero hay muchos otros que han formado parte –aún sin saberlo– del camino que culmina en esta tesis. Se trata, primero, de mis compañeros, con quienes compartí cursos, inquietudes y bares; fértiles e interminables jornadas de estudio, intercambio y discusión. Se trata, también, de aquellos profesores que han dejado su traza a través de su trabajo docente, lúcido, creativo y cuidadoso, signado por la preocupación y el respeto por nosotros, los alumnos; agradecer, entonces, a Victoria Arribas, a Axel Lázzari, a María Inés Pacceca, a Pablo Wright, porque saben que la excelencia es lograr, como ellos lo hacen, que la audiencia abandone el aula con auténtica satisfacción, con *esa* exaltación, energía y ganas de hacer, de pensar, de transformar. A Fernando Balbi, quien sin duda entra en esta categoría, agradezco además su generosidad para conmigo, socorriéndome en la traducción de la presentación de mi *beca estímulo*, proveyéndome de sugerencias, libros y materiales, apoyándome en la actividad docente.

Traspassando ahora las fronteras de *Fila*, vuelvo a las relaciones de parentesco, para reconocer y agradecer a aquellos que día a día me han soportado: Rodrigo, Sofía y Ana, mis queridos hermanos, que por facilitar (o por entorpecer) mis dilatados momentos de estudio y de redacción de la tesis, han hecho innegablemente más divertida mi estadía en casa; Florencia y Gerardo, mis padres, sin cuyo obstinado esfuerzo e incondicional apoyo, hubiera sido imposible para mí avocarme a –correr– esta carrera, del modo en que lo hice.

Agradecer, al fin, a Salvador, quien ‘significa’, porque da sentido. A quien llegué a través de la antropología, y a quien me une bastante más (muchísimo más) que la antropología; con quien compartí los avatares de mi trabajo de campo, en quien siempre encontré una fuente inagotable de ideas, preguntas y respuestas, hallazgos e inquietudes; quien día a día, con su curiosidad nata, me obliga a traspassar las fronteras de mi burbuja académica, a transitar lo inexplorado. De compañero de curso, a compañero de vida, con quien por sobre todo me divierto, con quien he elegido continuar esta historia.

Por último, y para ir ambientando al lector, no quiero dejar de agradecer –especialmente- a los protagonistas de este trabajo, los militantes, quienes me han permitido llevar a cabo este raro experimento de participar de sus victorias y sus derrotas, compartir sus apremios y sus fortunas, en suma, fragmentos de sus vidas políticas y militantes. A aquellos que conozco y me conocen –y que lamento no poder llamar aquí por sus nombres- a aquellos que no tuve oportunidad de conocer, y a *la lucha* a la que día a día, con inefable esfuerzo, se entregan, mi máximo reconocimiento.

INTRODUCCIÓN

A aquella pregunta clave de los últimos años de la carrera, “cuál es tu tema de tesis”, “en qué estás trabajando” u otras equivalentes, solía responder “la militancia en un partido político *de izquierda*”. Entonces, inmediatamente aparecía el segundo interrogante, también clave, pero esta vez un tanto intimidatorio, “Ah, mirá... ¿qué partido?”, a lo que yo contestaba con el nombre cierto de lo que aquí –luego explicaré por qué- daré en llamar “Trabajadores al Poder” (TAP). En general el diálogo llegaba a su término, o bien porque mi interlocutor desconocía el partido, o bien precisamente por conocerlo.

Como toda etnografía, esta tiene una historia y, como toda historia, la de esta etnografía tiene un principio. Al parecer, la inquietud que le dio origen fue de índole política: siempre tuve interés por lo histórico, principalmente por nuestra historia política; también siempre, me pregunté algo recurrente y tal vez poco original acerca de esa historia, a saber, qué sucedía con nuestra *izquierda*, por qué su marginalidad en la estructura de poder, por qué sí el peronismo y no la *izquierda*. En mi ámbito cultural y social –*de izquierda*- circulaban una serie de respuestas centradas, principalmente, en el comportamiento político de la *clase*. Se trataba, inclusive, de argumentos que forman parte de la retórica de la *izquierda* política –incluido TAP-, anclados en nociones como *manipulación de las masas*, *ignorancia*, *sentimiento*, *pasión*.

Al iniciar mis cursos en antropología, el discurso de la *izquierda* política e intelectual respecto de la *clase* se me aparecía como un contra-sentido antropológico, que suprimía y negaba la creencia –fundante de la disciplina- en la racionalidad del sujeto; aún más, ese discurso se me aparecía como homólogo a los atributos con que Occidente había dotado y construido a su sociedad primitiva, y en ese mismo movimiento, al rol histórico y redentor que le cabía a sí mismo. Cuando comencé mi trabajo, lo único que tenía claro era el querer distanciarme del clasecentrismo de aquellas explicaciones, un clasecentrismo, por cierto, aceptado por muchos de mis pares como evidencia. Se me ocurrieron dos alternativas. Una, estudiar el comportamiento político de la *clase*; otra, estudiar el comportamiento político de los *partidos*. De algún modo, el supuesto que inauguró mi investigación fue que era posible arrojar luz sobre la pregunta por la posición estructural de las *izquierdas* –al menos en el presente-, estudiando, desde una perspectiva antropológica y local, su universo de ideas y prácticas.

El primer problema de investigación que formulé en aquel entonces apuntaba a indagar las representaciones que un partido *de izquierda* producía acerca del sector social que postulaba como su representado, la *clase obrera*. Me proponía indagar qué sentidos operaban al momento de significar la categoría *clase obrera* y, al mismo tiempo, cómo esas representaciones involucraban una cierta imagen que el partido construía acerca de sí mismo. Al ingresar al campo, las rupturas y horizontes de extrañamiento (Agar, 1991) fueron bien distintos, y fue así como el problema originario comenzaba a desdibujarse. La aproximación a la cotidianidad partidaria trasladó el problema de la relación *partido/clase* al de la política misma; en ese afán totalizador que caracteriza a la antropología, y fiel a la creencia de que sólo en contexto los elementos adquieren significación, sospeché que mi pregunta originaria no podría ser respondida sin antes recuperar la lógica del universo de significados y prácticas en que transcurría la vida de los militantes, universo del que la relación con la *clase* era tan sólo un elemento.

Y, sin embargo, lejos de llegar a dar cuenta de ese contexto, esta etnografía es claramente un recorte de aquellas cuestiones que fueron centro de mi extrañeza, aquellos fenómenos que llamaron mi atención desde el inicio, y que me permitieron construir ciertas dimensiones de otredad en mi relación con el partido. Este trabajo trata, entonces, de “algunos aspectos de la militancia en un partido político *de izquierda*”.

En cuanto a la pregunta originaria —el por qué de la marginalidad de *la izquierda*—, debo confesar que dista de ser respondida; tal vez el lector encuentre algunas claves para hacerlo; por mi parte, aunque Douglas (1976: 97) argumente elegantemente que “la antropología sugiere, no una solución a un problema, sino nuevos problemas con mayores esperanzas de solución”, no deja de resultarme un tanto incómodo decir que el trabajo etnográfico me habilitó a advertir la complejidad del campo y, con ello, más que producir respuestas, a formular nuevas preguntas.

Precisando más, entonces, esta etnografía se propone presentar algunas claves para comprender una manera propia de hacer e imaginar a la *política*, a saber, aquella en la que transcurre la vida de los militantes de Trabajadores al Poder, un partido que se define como *de izquierda*, más delimitadamente, como *socialista* y *trotskista*.

No nos preguntamos aquí por la ontología de “lo político”, sino, antes bien, partiendo de una perspectiva centrada en los sujetos, intentamos indagar cómo ellos mismos construyen, piensan y hacen “algo” que consideran política; en este sentido, hablamos de una “manera propia” de pensar y practicar, porque estas dos dimensiones son

aquello a lo que los militantes apelan para demarcar su identidad en relación a ciertos Otros políticos. No obstante, nuestro trabajo pretende trascender la mirada nativa, reinterpretándola, al presumir que aquello hecho y pensado como político cobra sentido allí cuando se lo inscribe dentro de un conjunto de representaciones que, en principio, pareciera situarse por fuera de lo político mismo. Específicamente, exploramos e interpretamos las prácticas militantes, a través del análisis de las representaciones que el partido produce acerca del Tiempo y del Espacio, presumiendo que en ellas descansa la 'dimensión cultural' de la política que esta etnografía se propone reconstruir.

Nuestra investigación se basa en un trabajo etnográfico centrado en las prácticas militantes, entendiendo por esto aquellas prácticas que aparecen referenciadas por los sujetos al campo político y a su condición de miembros de un partido. Partimos de la base de que las prácticas no sólo se encuentran ancladas en conjuntos representacionales, sino que son ellas mismas instancias productoras y creadoras de representaciones, esto es, de creencias, valores, normas y conjuntos simbólicos (Turner, 1980) que orientan la acción y configuran la pertenencia partidaria. Así, presuponemos que representaciones y prácticas se convocan recíprocamente, y que las estructuras de significación no son repertorios ideacionales dados, sino que están en permanente producción y resignificación.

Al hablar de Tiempo y Espacio como 'dimensiones culturales' de la política, estamos suponiendo que esas nociones constituyen algo más que meras representaciones; constituyen algo que podríamos llamar, siguiendo a Goldman (1999), teorías nativas, es decir, sistemas de significación y clasificación que los sujetos producen, actualizan y transforman al momento de: a) pensar al mundo; b) percibirlo y conocerlo; c) actuar en él y dotar esa acción de sentido (Geertz, 1987; Lévi-Strauss, 1992; Douglas, 1973; Bourdieu, 1991). Con la noción de 'teoría', entonces, intentamos subrayar el carácter sistémico y sistematizado de un conjunto de categorías, creencias, valores, que presumimos, estructura la experiencia política de los militantes.

Por su parte, hablamos de 'creencias y valores' porque –aún con los riesgos que ello involucra, y aún cuando, a la luz de los datos etnográficos, pueda resultar provocador- estas nociones se han revelado como categorías operativas al momento de interpretar este universo nativo al que siempre percibí tan 'interpretado' e 'intelectualizado' y, también, tan poco ajeno¹. En general, solemos atribuir creencias –aquello que 'es verdad' para alguien- y valores –aquello que para alguien 'vale'- allí cuando, en realidad, lo que existe es una

¹ En los comentarios finales de esta tesis, el lector podrá encontrar algunas reflexiones sobre ciertas particularidades del campo etnográfico que, a mi entender, constituyen una variable fundamental para comprender la perspectiva de esta etnografía.

discontinuidad entre *nuestras* creencias y valores, y los de Otros (Lenclud, 1996). Tal como lo señala Lenclud (1999: 234): “no asignamos una creencia a alguien que manifiesta una verdad (pensar como uno); no me detengo en las intenciones de alguien que actúa normalmente (con los parámetros de uno); no diagnosticamos adhesión a un sistema de valores o a una regla internalizada de alguien que se comporta semejante a nosotros”.

Diría, en este sentido, que en esta etnografía las nociones de creencia y de valor tienen una suerte de ‘uso monitoreado’. Son usadas, precisamente para producir una distancia epistemológica en relación a un campo que para mí, y para parte de mi audiencia, puede resultar demasiado familiar; y, al mismo tiempo, se trata de un uso que debió ser vigilado, porque permanentemente corría el peligro de que esas categorías pasaran de ser herramientas de problematización a simples conceptos indicadores de aquello que yo ‘no creo ni valoro’, es decir, de aquellos desacuerdos que me separaban del partido.

Aún cuando no puedo asegurar haber logrado tal empresa, definiendo la operatividad de estos conceptos del sentido común antropológico, operatividad que, además, dista de agotarse en su supuesta capacidad ‘desnaturalizadora’. Si hay algo que la antropología ha dejado asentado en el campo de las ciencias sociales es que las identidades colectivas se construyen relacionamente, que la construcción de un Otro ocupa un lugar fundamental en la constitución de la propia identidad. En el marco de esta etnografía, las nociones de creencia y de valor han tenido un papel clave como recurso heurístico y metodológico para pensar el carácter relacional de ciertas especificidades de la militancia de TAP, el carácter relacional y contextual del campo político (Bourdieu, 2002), y en un nivel más general, de las identidades colectivas en cuanto tales (Leach, 1967; Evans-Pritchard, 1979; Krotz, 1994).

Específicamente, la noción de creencia ha sido notablemente operativa al respecto, desde el momento en que la idea de creer involucra, inmediatamente, la demarcación de un Nosotros y un Otro, los creyentes y los no creyentes; el creer es indisociable de la auto-inclusión del creyente en un colectivo con quien justamente comparte su fe. La noción de creencia no sólo inaugura esta clasificación primordial del tipo otros/nosotros, sino que encierra una segunda dimensión que me ha sido de suma utilidad, y que es formulada de manera precisa por De Ípola (1997: 81): “*un elemento de riesgo, de incertidumbre, habita en el corazón de toda creencia*”; la naturaleza de toda creencia es “*estar cohabitada por un coeficiente de duda*”. Al tiempo que certeza en aquello que se tiene por verdadero, la creencia es también vacilación e incertidumbre, pues aquello que el creer presenta como Evidencia para algunos –los creyentes–, dista de serlo para Otros. La creencia encierra siempre una amenaza,

encarnada por aquel que duda, aquel que no cree. Y, así, toda creencia necesita de reafirmación permanente.

En este sentido, lejos de ser considerada como una adhesión ciega a lo que 'es verdad', aquí la creencia es pensada como una fe y confianza siempre amenazada –por la duda del propio creyente, por la duda de los Otros-, que debe ser, también siempre, reactualizada, pues de eso depende no sólo su verdad y su validez, sino, ante todo, la constitución y preservación del colectivo que cree.

Esta perspectiva me ha resultado prolífica, no sólo para interpretar rasgos esenciales de la forma de hacer y pensar lo político en TAP, sino, también, para dar cuenta de aquel vínculo solidario entre representaciones y prácticas, y siguiendo a Geertz (1987), para mostrar que aquello que llamamos cultura –y en este caso particular, podríamos decir 'cultura política'- no es tanto un sistema dado de significados, como una multiplicidad de procesos de fijación de significados. Concretamente, a lo largo de nuestro trabajo prestaremos particular atención a las teorías nativas en tanto cimiento y matriz de producción de lo que Douglas (1976) llamó Evidencia. Veremos a las creencias funcionando como un sistema perceptivo, de intuición de lo evidente, esto es, un sistema generativo a partir del cual se forman los significados –verdaderos de forma evidente- de la vida diaria.

Por último, quisiera decir que si bien, como fue señalado, nuestra preocupación no está centrada en definir la ontología de "lo político" –sino ante todo, anatomizar una teoría particular sobre lo que "lo político" es para ciertas personas-, una distinción a priori nos será útil. A lo largo de nuestro trabajo, prestaremos particular atención al modo en que los militantes de TAP articulan su participación en dos dimensiones o esferas de lo político: por un lado, el espacio institucional, basado en el principio de representación política y la democracia competitiva de partidos; por otro, el espacio político situado por fuera del sistema partidario, y basado en formas directas de participación y ejercicio del poder. Estas dos dimensiones pueden sintetizarse en lo que De Ípola (2001) considera las dos metáforas fundantes del imaginario político moderno: Orden y Conflicto. A la luz de la primera, la política aparece como un subsistema dentro del universo social, cuya función principal es la de autorregular y mitigar los antagonismos sociales; desde la segunda, en cambio, lo "verdaderamente" político se sitúa por fuera de lo institucionalmente establecido, y es este espacio la única vía a través de la cual subvertir el pacto social constituido. Veremos que los militantes de TAP piensan a la política escindida en estos dos registros y participan

activamente de ellos; nuestro interés será reflexionar sobre las formas peculiares en que los sujetos significan, valoran y manipulan diferencialmente ambas dimensiones, dando lugar a un entramado de representaciones y prácticas políticas que, en principio, parece complejizar la bipolaridad antes mencionada.

No hemos podido dedicar un capítulo a 'La Ecología' de TAP, sobre todo porque no es tarea fácil hablar de un partido sin hablar de él mismo. En efecto, a pesar de que el presente etnográfico de esta investigación² se inscribe en un contexto histórico particular del partido, signado –como veremos luego– por un crecimiento notable de su estructura, actualmente TAP es un partido “chico”: aún teniendo personería nacional, no cubre la totalidad del país, cuenta con una estructura de unos 2000 militantes, como máximo, y en relación a otros partidos *de izquierda*, ha tenido y tiene una posición históricamente marginal en las estructuras formales de poder. Estas características son al menos parte de las razones que explican dos cuestiones: primero, esa suerte de desilusión que en mis interlocutores solía despertar la respuesta “TAP”; segundo, el hecho de que la identidad del partido haya sido alterada en el marco de esta etnografía. Lo primero siempre me resultó bastante molesto; lo segundo no está exento de contrariedades, y coloca al método etnográfico en el centro de la discusión. Esta investigación, de hecho, está enteramente basada en un trabajo de tipo etnográfico y, ante todo, en la técnica de observación participante –casi no realicé entrevistas. Ante tal combinación –es decir, un grupo partidario tan pequeño y reconocible, y un abordaje que trata con la vida, las percepciones, las ideas y las actividades, de personas concretas– la decisión de modificar el nombre auténtico del partido respondió a la exigencia de resguardar a los militantes y preservar su confidencialidad.

Al mismo tiempo, ello sin duda tuvo sus costos. No sólo en lo que refiere a manejo de data etnográfica; ante todo, significó invisibilizar, además de la identidad de TAP, la de otras organizaciones políticas y, con ello, homogeneizar e indiferenciar al campo político *de izquierda*, cuando es claro que TAP no es equivalente a *la izquierda* en su conjunto, ni tampoco a *el trotskismo* en su conjunto. Aún cuando por estas razones la medida generó sus controversias, considero que corresponde dejar en manos de los militantes la decisión de publicitar o no su auténtica identidad partidaria. Por el momento, hasta que ellos mismos

² Mi trabajo de campo se inicia en septiembre de 2000, se interrumpe a fin de ese año para ser reanudado seis meses después, y finaliza, al menos formalmente, al terminar el año 2002.

lean este trabajo y evalúen la alternativa, serán para nosotros militantes de Trabajadores al Poder.

Aún así, para seguir al menos parte de la costumbre, y situar al lector en el medioambiente etnográfico, antes de comenzar, pasamos a dar algunos datos básicos sobre el universo partidario.

Trabajadores al Poder fue fundado y formalmente reconocido como partido político apenas iniciada la apertura democrática en el año 83. En ese momento su personería jurídica política se limitó al ámbito de la ciudad de Buenos Aires, para, algunos años más tarde, ser reconocido como partido nacional. Sin embargo, sus militantes remontan el origen de la organización hacia los años 60, cuando una agrupación de jóvenes marxistas y leninistas se separa de la agrupación política a la que pertenecía, a su vez desprendimiento de una tercera. Como muchos otros partidos *de izquierda* en la Argentina, la historia del nacimiento de TAP es una historia de fisiones permanentes, fundaciones y refundaciones. Un punto significativo en esa historia es, sin duda, la restitución de la democracia y los cambios que involucra la participación partidaria en el sistema constituido; la obtención de su personería jurídica implica cumplir con una serie de requisitos legales, entre ellos, la declaración de defensa del Estado de derecho, de las instituciones democráticas y de la Constitución Nacional. Aún así, los militantes suelen subrayar, no la ruptura, sino la continuidad entre ambos momentos políticos, continuidad dada por la permanencia hasta la actualidad de buena parte de los miembros fundadores de la agrupación originaria; pero ante todo, por el hecho de que en la década del 60 ese grupo de jóvenes se había escindido de la agrupación a la que pertenecía con el objetivo de *formar un gran partido por la revolución socialista mundial*. En este sentido, si sólo bajo el régimen democrático TAP deviene pública y formalmente partido, sus miembros consideran que de hecho lo son desde 30 años atrás o, al menos, que *la construcción del partido* comenzó en ese momento. En la editorial de uno de los primeros ejemplares del periódico partidario de aquel entonces, se atribuía la ruptura con la agrupación de pertenencia al hecho de que ésta habría abdicado de *la tarea de construir el partido*:

La situación política nacional se caracteriza, ante todo, por la ausencia de una dirección revolucionaria de la clase obrera (...) Nuestro punto de partida es, debe ser, la construcción del partido revolucionario.

Tanto en aquel entonces, como luego, en los años 70, los militantes se apartaban de la lucha armada, y oponían al *foquismo* el *partido revolucionario*: argumentaban que mientras éste encara una auténtica *lucha ideológica*, aquél es práctica de insurrección que no debía ser

sino la culminación del *proceso revolucionario*. Más adelante veremos la importancia que aún hoy tiene ese 'mito de origen' que es la *necesidad de construir el partido de la clase obrera*. Es esta la tarea que aún se atribuyen los militantes, y aquello que postulan, los diferencia de muchas y nuevas *izquierdas oportunistas y reformistas*.

Organizativamente, la autoridad suprema de TAP es el *Congreso Nacional*. Sobre ella descansan los *órganos de dirección y administración*: el *Comité Central*, el *Comité de Disciplina* y la *Comisión Revisora de Cuentas*. Si bien la carta orgánica partidaria estipula que el congreso ordinario debe reunirse como mínimo una vez cada 4 años, desde la apertura democrática TAP ha intentado que sus congresos fueran anuales. El congreso se constituye por los delegados elegidos en los *círculos de base*, a través del voto directo de sus miembros. La convocatoria al congreso debe ser informada por *Comité Central* con antelación, porque a partir de allí se abre la etapa *precongresal*, en la cual militantes y dirigentes *discuten* y evalúan la política partidaria, a través de *documentos* y *boletines internos* que circulan de un extremo a otro de la estructura. En el último congreso partidario –que fue el único que tuvimos oportunidad de presenciar– la instancia *precongresal* tuvo la particularidad de ser *abierta*, incluyendo en ella a los no militantes.

El *Comité Central* es designado por el congreso, en el que se determina, también, el número de sus integrantes. Se dice que el *Comité* tiene la función de ejercer y llevar a cabo las resoluciones y el *programa* sancionados en los congresos partidarios. A su vez, el *Comité* elige de su seno un *Comité Ejecutivo*, el cual es, cotidianamente, la autoridad del partido y el centro de la toma de decisiones.

Si bien la *Comisión de Disciplina* es incluida en la carta orgánica como *órgano de dirección*, entiendo que en la cotidianeidad su figura aparece como *Comisión de Control*. Según está escrito, se supone que todos los militantes deben:

estricto acatamiento a la declaración de principios, la carta orgánica y reglamentos que se dicten en consecuencia; a las resoluciones de los congresos y los cuerpos directivos, al método de acción, al programa, a las bases de acción política y a los fallos de la comisión de disciplina (...) Los afiliados responsables de inconducta partidaria serán pasibles, de acuerdo a la importancia y gravedad de la falta cometida y antecedentes del infractor, de las siguientes sanciones disciplinarias: amonestación, suspensión hasta de un año, separación del cargo partidario que ocupe y expulsión del partido.

Durante mi experiencia, supe que la *Comisión de Control* había intervenido en conflictos entre y con ciertos militantes –conflictos tanto de carácter 'político' como 'personal'; no he estado al tanto de ninguna sanción aplicada, aunque pude saber que a lo largo de la historia partidaria se han llevado a cabo *expulsiones*, y, de hecho, puedo decir que

mientras la *amonestación* o la *suspensión* parecen ser meros formalismos, la *expulsión* es la única sanción que circula entre los militantes como susceptible de ser aplicada.

Por último, la *Comisión Revisora de Cuentas* se encarga de administrar las *cotizaciones*, esto es, las contribuciones económicas y los aportes periódicos de los militantes. Por definición, el militante *cotiza* mensualmente al partido un porcentaje fijo de su sueldo. A diferencia de los partidos *burgueses*, TAP –sostienen sus militantes– es un partido que *se banca solo, con los aportes de los mismos trabajadores*. Lo mismo sucede con el órgano de prensa del partido³. Los militantes deben *suscribirse* a la prensa partidaria, pagando por adelantado –anual o semestralmente– los ejemplares que cada semana les serán distribuidos. Esta modalidad involucra la expresión de *valores anticapitalistas*: la prensa no tiene publicidades –eso sería, precisamente, *bancarla por manos capitalistas*; su costo es afrontado *por los propios obreros*.

La forma elemental de la estructura partidaria es el *círculo o célula de base*, que en teoría puede crearse con un mínimo de 3 personas. Se trata de una agrupación permanente de militantes a los que les es asignado un espacio específico –*frente*– en donde desenvolver las tareas esenciales de la militancia; esos *frentes* pueden ser un territorio barrial, un ámbito laboral o sindical, un ámbito estudiantil. Los militantes del *círculo* se designan *internos*, dado que *militar* implica, ante todo, estar dentro y formar parte de la estructura partidaria o, en términos nativos, *estar organizado*. Ello supone pertenecer a un *círculo* y asistir a la reunión semanal del mismo –*reunión de círculo*–; cumplir con ciertas *responsabilidades*; *hacer alguna actividad semanalmente*; *cotizar*; *suscribirse* a la prensa partidaria, y *pasar* –es decir, vender algunos ejemplares. Los integrantes del *círculo de base* eligen, bajo la forma asamblearia, un *secretariado* de tres miembros que se distribuyen las distintas *responsabilidades* del *círculo*: *responsable político*, *responsable de prensa*, *responsable de finanzas*. Generalmente, estas dos últimas son tareas asumidas por una misma persona; mientras tanto, el *responsable político* ocupa en el *círculo* un lugar de liderazgo y representación bien definido. Es aquel *interno* que tiene a su cargo la coordinación y organización de la actividad política, y que cumple, en la cotidianeidad, con el papel clave de mediador y articulador de la comunicación entre la militancia de base y los *comités* que forman parte de la dirección.

Entre el *círculo de base* y el *Comité Central* median otros *órganos de dirección*, a través de los cuales ambos extremos de la estructura partidaria se comunican. Al *Comité Central* le siguen los *comités regionales y de distrito*. Los *círculos* o *células* se comunican con los *órganos de*

³ TAP cuenta con una publicación base de un periódico de edición semanal; además, publica semestral o anualmente otros materiales de corte más teórico, como así también, libros y documentos especiales, generalmente bajo la autoría de los miembros del *Comité Central*. Una fuerte cultura escrita, como podremos ver, constituye una de las características de este partido.

dirección a través de mediadores electos como delegados: el *responsable político* suele reunirse en un *comité de responsables* a nivel *regional*; éste elige, a su vez, un delegado para reunirse con el *comité local*, y éste, otro para hacerlo con el *central*. En cada instancia, los delegados funcionan como mediadores de la comunicación entre las bases y las autoridades, llevando opiniones y balances de las primeras a las segundas, y *caracterizaciones* y decisiones de acción de las segundas a las primeras.

Si bien nuestro trabajo etnográfico incluye eventos e instancias que involucran al partido en su conjunto, lo cierto es que está centrado fundamentalmente en el accionar militante de un *círculo de base*. En nuestro caso se trata de un *círculo barrial*; la información relativa a otros ámbitos ha sido obtenida de manera indirecta —principalmente a través del trabajo documental y sobre fuentes escritas—, y a través de entrevistas a militantes de base.

Por oposición al *interno*, mi lugar como investigadora durante el trabajo de campo ha sido el de *externa*, esto es, una *compañera* que si bien no forma parte de la estructura partidaria —no milita—, *simpatiza* con el partido, es *contacto* de algún militante en particular, asiste a algunas *actividades* y compra el periódico asiduamente. En algún momento, pasé de la categoría de *contacto* (de una militante del *círculo*) a la de *simpatizante organizada*. Como veremos más adelante, estas clasificaciones involucran una serie de actitudes y prácticas que moldean la relación entre el partido y el universo extrapartidario. Ser *externo* implica poder participar de ciertos ámbitos y ser excluido de otros; el grado de *compromiso* adoptado para con el partido determina los *derechos* de los que pueden gozar las personas, y los espacios de los que pueden participar. De modo que aunque el trabajo etnográfico se basó en el seguimiento de un *círculo* particular, muchas instancias de su vida cotidiana fueron espacios para mí vedados. La mirada de esta investigación, entonces, debe enmarcarse no sólo en los intereses y las preguntas emergidas de mi encuentro con el universo partidario, sino también, en los “lugares” que fui adoptando y me fueron siendo asignados dentro de él.

Nuestro trabajo puede dividirse en dos partes: la primera —capítulos I, II y III— presenta etnográficamente tres contextos de militancia en donde, a mi entender, ciertas especificidades del pensar y practicar la política son puestas en juego. Debo subrayar que estos tres contextos no son ni exclusivos ni excluyentes, y que su elección bien puede definirse como arbitraria, ya que responde, en parte al momento en que realicé mi trabajo

de campo, y en parte –como lo adelanté- a aquellas instancias que encontré más propicias para documentar mis dimensiones de extrañeza.

El primero de los capítulos aborda el accionar partidario en el marco del sistema político constituido; a través de un análisis centrado en las prácticas militantes durante una campaña electoral, mi propósito es indagar las formas en que TAP, *partido revolucionario*, participa del Orden y significa su participación en él, mediante la actualización de ciertos conjuntos específicos de creencias y valores. El segundo capítulo –el más espinoso en términos de tratamiento de la data etnográfica- presenta la militancia de un *círculo* barrial en relación a la reciente conformación de la *corriente piquetera* del partido, a la que llamaré “Movimiento Clasista”. A través de este contexto, nuestro propósito es mostrar algunos rasgos de la militancia fuera del momento electoral, y también, dar cuenta de la particularidad del proceso de cambio que atraviesa el partido, cambio al que algunos militantes refieren en términos de *encuentro* entre el *partido* y la *clase*. El capítulo III trasciende las fronteras del *círculo* barrial, y explora una instancia ‘especial’ –los actos partidarios- que congrega en un mismo espacio y tiempo a la totalidad de la estructura partidaria de un territorio dado. Los actos han resultado ser un contexto fecundo para explorar la producción de ciertas nociones temporales y espaciales que dan sentido a prácticas militantes cotidianas, y que construyen a la política misma.

La segunda parte de nuestro trabajo –capítulos IV y V- intenta ser más analítica; recupera ciertos datos etnográficos y expone algunas reflexiones sobre los tres contextos de militancia, intentando reconstruir y esbozar, a partir de ellos, dos teorías nativas –acerca del Tiempo y del Espacio- que estarían en la base de esa manera propia de hacer y pensar lo político. Seguramente por mi formación y mi lectura de los clásicos, espacio y tiempo constituyan dimensiones significativas para abordar todo fenómeno y proceso social; podría decirse, de hecho, que sobre este supuesto –y legado antropológico- se erige toda mi argumentación.

I. DEL CONFLICTO AL ORDEN: UNAS ELECCIONES

Desde la apertura democrática Trabajadores al Poder participa de un sistema político instituido que supone la consecución de la responsabilidad de gobierno a través del sufragio (Manin, 1996; Offe, 1988). Desde entonces, TAP ha intervenido activamente en la competencia electoral y, por tanto, en un régimen que, a los ojos de un *partido revolucionario*¹, no es sino la forma política de la dominación *burguesa*. Bien podemos preguntarnos entonces: ¿Por qué TAP participa de un sistema que, desde su perspectiva, apunta a mitigar aquel conflicto social que, precisamente, siendo él un *partido revolucionario*, pretende radicalizar? Presumimos que nuestro interrogante puede resolverse si analizamos qué es aquello que los militantes hacen y persiguen durante las elecciones. En este apartado, a través del análisis de la intervención partidaria en los últimos comicios legislativos a nivel nacional llevados a cabo en octubre de 2001, intentaremos mostrar algunas dimensiones del significado que el militante otorga a esa experiencia de ser parte del orden establecido.

Atendiendo al vínculo solidario entre representaciones y prácticas que hemos dejado planteado, nuestro recorrido se centrará en dos dimensiones: por un lado, exploraremos las actividades militantes desarrolladas durante la campaña; por otro, atenderemos a las interpretaciones y explicaciones nativas sobre los resultados electorales, dando cuenta de sus contextos de producción y reproducción. Aquello que los militantes hacen, aquello que dicen y aquello que hacen para producir lo dicho, nos habla de ciertas creencias y valores puestos en juego a la hora de dar sentido a la participación de la política instituida, al tiempo que nos permite vislumbrar algunas tensiones entre lo que hemos llamado Orden y Conflicto.

EL PUNTO DE PARTIDA: DE CARACTERIZACIONES Y CONSIGNAS

En octubre de 2001, TAP se presenta a la competencia electoral encabezando un frente conformado junto a otras fuerzas *de izquierda*. Como el resto de las *actividades*

¹ En teoría, partido *revolucionario* suele definirse por oposición a partido *reformista*; a diferencia de éste –también marxista–, el primero desecha la vía democrática hacia la transformación socialista y, en su lugar, postula la necesidad de la vía insurreccional, ya sea armada o no (Ver: Ollier, 1998; Pozzi & Schneider, 2000). Sin embargo, veremos que en la práctica cotidiana la categoría de *revolucionario* adquiere un sentido más amplio, y es apelada para separar a TAP de *el resto de la izquierda*, calificada de *pequeño burguesa*, *marketinera*, *democratizante*, *conciliadora*, y otras equivalentes.

militantes, la campaña electoral estará signada y basada en ciertas *caracterizaciones* y *consignas*. Hasta entonces, la estrategia militante se embanderaba bajo una *consigna de agitación*: *Fuera De la Rúa-Cavallo*; si bien ella no será abandonada, lo cierto es que sí reducirá su protagonismo frente a otra *consigna* diseñada —y usada— para la campaña. El pasaje de una consigna claramente *agitadora* a otra que al menos no es señalada como tal, indica la irrupción de un tiempo político distinto, dictado por ciertas normas y mandatos que hacen al Orden. Resulta sugestivo el titular de una nota del periódico partidario publicado antes de la jornada electoral: *Por TAP el 14, por la HUELGA GENERAL desde el 15*. Es decir que inmediatamente antes e inmediatamente después del momento electoral, el partido llama a la *agitación*, a la activación y exposición pública de la *lucha*. Al parecer, en la instancia electoral el partido pone un paréntesis a la política como conflicto, para traspasar al campo del orden, y luego retornar al conflicto.

La *caracterización*² que dio apertura al tiempo electoral refirió al *carácter excepcional* de esas elecciones, *excepcionalidad* comunicada en el acto de lanzamiento de campaña, en los periódicos partidarios, en las *reuniones de círculo* y en las *reuniones abiertas*³. Se trataba, tal como lo dijo uno de los candidatos partidarios, del hecho de que:

Hoy los trabajadores no quieren, como en el pasado, votar por sus verdugos; hoy los trabajadores no saben por quién votar, pero ya no quieren hacerlo por los verdugos.

De allí que la tarea era lograr que “*el pueblo que ha quebrado su relación con los inmundos partidos patronales se decida a votar por los partidos obreros, socialistas y revolucionarios*”. Si los trabajadores ya no querían votar por sus verdugos, tampoco sabían por quién votar: ¿qué hacer para que voten a TAP? La semana anterior el periódico publicaba que dado que “*el proceso electoral es ficticio como salida a la crisis (...) hay que intervenir en esta lucha política para desenmascarar la ficción de las elecciones como una salida*”. Ahora, los objetivos serán un tanto más modestos: la tarea será desenmascarar, no tanto el sistema político ficticio, como a sus actores políticos, es decir, los competidores de la contienda electoral. “*Hay que decirle a la gente quién es quién*”, señaló el candidato en el acto; “*tenemos que ir a cada compañero y decirle cómo son las cosas, para que vote a TAP; vamos a explicar que este régimen tiene que irse y que tiene que ser reemplazado*”. Días más tarde, el periódico publicaba una entrevista a un militante que decía estar de acuerdo con Lenin en que “*cuando una parte del electorado obrero está interesado en las elecciones, hay que participar para esclarecerlo*”.

² *Caracterización* es la lectura e interpretación que formula y adopta el partido respecto de determinadas circunstancias o acontecimientos —locales e internacionales, económicos, políticos y sociales. Es aquello que en instancias informales los militantes suelen llamar *la línea del partido*.

³ Ya hemos dicho que la *reunión de círculo* es el encuentro semanal al que asisten todos los *internos* de un *círculo* determinado; en las *reuniones abiertas*, en cambio, participan no sólo los *internos*, sino también *externos* al partido.

Esclarecer, clarificar, explicar, abrir los ojos, hacer ver, mostrar, fueron, de allí en más, las tareas del militante. Y los Otros políticos, que serán el centro de la actividad *clarificadora*, serán por lo tanto un componente primordial de los discursos que los candidatos dieron a la militancia durante de campaña.

El periódico que reproduce fragmentos de los discursos del acto de lanzamiento agrupa a estos Otros en tres subtítulos: “ARI y Farinello”; “Duhalde y Ruckauf”; el tercero, el nombre del mayor competidor de TAP en el campo de *la izquierda*, al que daremos aquí el nombre genérico con el que muchas veces aparece en la jerga nativa, a saber, *la izquierda democratizante*⁴. El común denominador de los dos primeros conjuntos es que agrupa a los políticos *mentirosos*; el último, a los *equivocados*. Y la diferencia entre los dos primeros es que mientras uno representa a una *burguesía* enmascarada, el otro refiere a políticos *burgueses* explícita y transparentemente definidos como tales. Así, mientras ARI y Polo Social (Farinello) “son —como lo dijo un dirigente- *candidaturas en las que detrás del rostro angelical se esconden los enemigos de la clase obrera*”, Duhalde y Ruckauf, aún siendo *mentirosos* y *antiobreros*, no necesariamente se disfrazan de sus antípodas, sino que, al contrario, son presentados como un espectro político abiertamente *burgués, de derecha*. Sin embargo, estos dos “tipos” *burgueses* se relacionan: se dice, por ejemplo, que los primeros representan candidaturas diseñadas por la *derecha* para contener el voto a *la izquierda*; Duhalde, concretamente, habría impulsado la formación y el crecimiento de partidos *de centro izquierda* —como el Polo Social- para *evitar* una genuina y peligrosa *izquierdización*.

Por último, se caracteriza a los partidos de la *izquierda democratizante* como *equivocados* en su apreciación —*caracterización*- del momento político y económico. Se explica que no se conformó un frente con parte de la ID porque *no ve la crisis de poder*; tampoco *ve*, arguyen los militantes, que lo que está en juego es una situación política y económica *excepcional*. Un militante me explicaba:

Mientras (nombre de un partido de la ID) *ve que este capitalismo da para rato y que los movimientos que surgen son resistencias parciales, y que hay que ir armando el cambio progresivamente, nosotros advertimos la crisis política y económica de un sistema capitalista que se derrumba.*

En esta clasificación de los Otros políticos, TAP se presenta a sí mismo como aquel que tiene una lectura correcta de la realidad, y además, como auténtico partido *obrero, revolucionario y piquetero*⁵.

⁴ Para nosotros, a partir de ahora “ID”.

⁵ Más adelante veremos que la aparición y el ascenso de la categoría de *piquetero* en la retórica partidaria constituye un fenómeno vinculado a un cambio en los frentes de militancia, cambio por el que han atravesado la mayoría —si no todos- los partidos *de izquierda* en la Argentina en los últimos 2 años.

Finalmente, cabe mencionar que en el transcurso de la campaña aparecerá un nuevo y último competidor político, el denominado *votoblanquismo*, o aquello que los medios de comunicación dieron en llamar “voto bronca”. Si para TAP se trató al principio de un fantasma contenido en la idea de que hoy la gente “no sabe por quién votar”, con el correr de los días y a la luz de las encuestas, la magnitud del voto blanco se transformó en una preocupación partidaria a la que hubo que dar algún tipo de explicación.

Como lo adelantamos, la *caracterización* al respecto fue que dicha opción política estaría impulsada por la *derecha*, quien carente de candidatos propios, habría apelado a esa vía para, una vez más, *evitar* el avance de la *izquierda* en un escenario de por sí *izquierdizado*. Una editorial de la prensa partidaria señalará que “*El FMI impulsa el voto en blanco (...) Por primera vez, el voto en blanco es consigna de la derecha pro-imperialista*”. Y los militantes, en distintas actividades señalarán la preocupación por el votoblanquismo; un *responsable de círculo* insistía en una *reunión abierta*:

hay que ganar el voto en blanco (...) al gobierno burgués no le preocupa el voto en blanco, pero sí le preocupa el voto opositor, el voto de izquierda. Por eso, si bien no somos electoralistas, sí que nos oponemos al voto en blanco como alternativa política o como modo de resistencia.

En el periódico anterior a la semana de la elección este problema será subrayado por primera vez, diciendo que “*votar en blanco es dejar el desenlace del colapso en manos de los Duhalde, los Alfonsín y los Cavallo; el voto en blanco es una declaración de neutralidad*”.

A esa altura tal neutralidad preocupaba más que el voto a aquellos *rostros angelicales* bajo los que descansaban los *partidos antipiqueteros*.

HAY QUE DECIRLE A LA GENTE QUIÉN ES QUIÉN. EL TRABAJO DE UN CÍRCULO EN CAMPAÑA.

En suma, a pocos días de la elección, podemos decir que el campo del Otro político quedó representado del siguiente modo:

<i>Izquierdización del campo político</i>		<i>Apolitismo</i>	<i>Derecha</i>
<i>Partidos ‘de Izquierda’</i>	<i>Los ‘progre’</i>	<i>Votoblanquismo</i>	<i>Partidos patronales</i>
<i>Izquierda democratizante (ID) y antipiquetera</i>	<i>Candidatos socialdemócratas (ARI y Farinello) Diseñados para contener el voto a la izquierda (...) Sin programa ni organización</i>	<i>Estrategia de la derecha para evitar el corrimiento hacia la izquierda.</i>	<i>En retroceso</i>

Y que, a partir de la *caracterización* partidaria, la estrategia de campaña y la tarea del militante sería *decirle a la gente quién es quién*. Era esta, al parecer, una forma de orientar los votos de los electores y, así, cumplir el ‘mandato sistémico’ que todo partido debe cumplimentar para seguir participando del juego (Manin, 1996). Veamos, entonces, qué hacen los militantes para cumplir con estas exigencias. Nos centraremos en tres prácticas militantes llevadas a cabo por el *círculo* en que he centrado todo mi trabajo etnográfico, y al que he tenido oportunidad de acompañar durante la campaña electoral: el *círculo* de un barrio de la ciudad de Buenos Aires al que llamaremos, de aquí en adelante, *Villa Corrales*.

En los tres casos, se trata de prácticas que involucran interacciones y relaciones entre militantes y votantes: las *recorridas* o *salidas* al barrio; el montaje de la mesa del partido en una esquina del barrio; las *reuniones abiertas*. La diferencia es que, mientras las dos primeras –las *recorridas* y armar *la mesa*– involucran encuentros casuales y efímeros entre desconocidos, las *reuniones abiertas* suponen una reactualización de vínculos preexistentes entre el *círculo* y el mundo extrapartidario. Por otra parte, aunque ninguna de estas actividades es privativa de los momentos electorales, lo cierto es que en ellos su frecuencia parece acrecentarse, desplegándose cuotas extraordinarias de energía.

En función de la *caracterización* partidaria, los encuentros entre militantes y votantes en las calles estuvieron signados por una enérgica lucha contra el voto a partidos *pequeño burgueses* que podrían capitalizar el desprecio a los “tradicionales”, como así también, contra el creciente –y en cierto sentido inesperado– *votoblanquismo*. *Salir al barrio* supone que un grupo de militantes con megáfono y periódicos partidarios en mano, recorren las calles, pasan volantes por debajo de las puertas e inician diálogos con la gente que se encuentra fuera de sus casas⁶. Es por ello que estas recorridas suelen hacerse los fines de semana, mientras que el montaje de la mesa se hace en los días hábiles, en alguna esquina concurrida y a la hora en que termina la jornada laboral.

En esta campaña, tanto al recorrer el barrio como al montar una mesa partidaria en las calles, los militantes interpelaban a los votantes, exponiendo un conjunto de argumentos que, ante todo, apuntaban a desacreditar el voto a otros partidos y, en su lugar, acreditar el voto a TAP.

“Decirle a la gente quién es quién” fue, en efecto, una constante en las conversaciones entre votantes y militantes. Muchos militantes solían comenzar el diálogo –

⁶ Si bien el *timbreo* –esto es, golpear puerta por puerta procurando entablar diálogos con los vecinos– es una práctica que el partido realiza, no fue el caso de las elecciones que nos ocupan, al menos para este *círculo*.

o en términos nativos, la *discusión*— con una pregunta clave: *¿ya sabe a quién votar?* Si algo llamó mi atención y la de los militantes fue que en esas interpelaciones, los presuntos electores se mostraban, en efecto, indignados hacia los partidos políticos y la política en cuanto tal; o bien no sabían a quién votar, o bien no lo harían por nadie. El esfuerzo de los militantes consistía en desplegar explicaciones, pruebas y evidencias en pos de *clarificar*, demostrando así la validez del voto a TAP y la invalidez del voto que el elector manifestó efectuar. Se trataba de explicar que, si la intención del elector era escarmentar a los políticos y apostar a una verdadera salida política, el voto efectivo y eficaz era un voto de *izquierda, para el pueblo, para los trabajadores*. Y allí cuando los electores manifestaban interés por *la izquierda*, pero no por TAP, se argumentaba que los Otros eran partidos carentes de *programa político*, o simplemente, que eso no era una verdadera *izquierda*.

Por oposición al *votoblanquismo*, al *escepticismo político* y al *disfraz obrero* de los Otros políticos *burgueses y pequeño burgueses*, el voto a TAP aparecía como aquel que realmente castigaría a los políticos entonces en el poder: “*Si querés un voto que duela, votá a candidatos obreros y socialistas*”.

Podemos decir que el objetivo inmediato de estos encuentros persuasivos entre militantes y electores es captar votos: se presume que si el militante *discutió bien*, su interlocutor podría *comprender* cómo las cosas son, cómo los Otros políticos son, cómo TAP es, y así, modificar o conservar su intención de voto. Sin embargo, mi sensación es que el objetivo último de esas *discusiones*, parece ponerse a futuro: el mayor logro es que alguno de los votantes pueda convertirse en el inicio de un *contacto*; el mayor y auténtico logro es transformar aquel encuentro en vínculo, lo ocasional y efímero, en previsible y duradero.

Un *contacto* es alguien que, situado en el universo extrapartidario, simpatiza con el partido y mantiene una relación estable con él, en virtud de entablar un vínculo con algún militante en particular. Cada militante —o *interno*— *hace contactos* y tiene *sus contactos*, funcionando esta relación interpersonal como una suerte de portal o conexión entre el partido y el mundo de los *externos*. Durante la campaña (aunque no sólo en ella), allí cuando los electores se mostraban particularmente afines a las *caracterizaciones* expuestas por el militante, o compraban el periódico, el militante los invitaba a participar de algún evento en el local —reuniones, charlas, peñas, debates—, de modo tal de poder iniciar con ellos un vínculo que trascienda el mero acto electoral.

Precisamente, la última práctica militante que mencionamos —las *reuniones abiertas*— se caracteriza por actualizar este tipo de relación entre militantes y votantes. Ante todo, se

trata de instancias que renuevan vínculos preexistentes, en este caso particular, con miras electorales. Estas reuniones, que se llevan a cabo en el local barrial, son iniciadas por el *responsable de círculo*, quien da a los presentes un *informe político* elaborado por él mismo, luego de su reunión con el *comité* regional o local, y generalmente luego de la lectura del periódico partidario. Este *informe* consiste en una exposición de tipo argumentativa que contiene las *caracterizaciones* partidarias y las directivas de acción política que el *responsable* recibió y *discutió* en la reunión de *comité*. El *responsable de círculo* funciona, entonces, como un transmisor de la *caracterización* partidaria a través de su *informe político*. Éste funciona, siempre, como punto de partida y de referencia para comenzar el *debate* y la *discusión* con los participantes.

Podemos decir que la *discusión* consiste, estrictamente, en que las dudas, contrargumentos y disidencias planteadas por los presentes luego de expuesto el *informe*, sean despejadas por el *responsable*. Esa es su gran tarea, de modo que, en la práctica, *discutir* no involucra tanto un intercambio recíproco de ideas, como un mecanismo a través del cual una de las partes disuade a la otra, esto es, la induce con razones a hacer o pensar algo.

En las *reuniones abiertas* participan no sólo los militantes del *círculo*, sino también los *externos*, esto es, *simpatizantes* y *contactos*. Ambas categorías se diferencian por la naturaleza del vínculo que tienen con el partido: mientras que el *simpatizante* es un *contacto* “socializado”, que espontáneamente participa de las actividades del partido, compra el periódico y puede llegar a *cotizar* con regularidad para las finanzas partidarias, el *contacto* es un *simpatizante* que se relaciona con el partido en virtud de su relación personal y cotidiana con algún militante (quien le provee el periódico, lo convoca a eventos, etc.), pero que aún no está socializado. Así, el *contacto* no necesariamente es habitante del barrio, pues su vínculo con el militante puede haberse originado en el ámbito laboral, familiar, estudiantil o de amistades. Cuando se decide realizar convocatorias como las *reuniones abiertas*, cada militante debe asegurar la concurrencia de *sus contactos*, con los que mantiene un lazo político estable, que debe recrearse y reproducirse constantemente. Y así como la *reunión abierta* se estructura en base a la *discusión* de las *caracterizaciones* partidarias contenidas en el *informe político* dado por el *responsable*, la relación cotidiana entre militante y *contacto* se maneja en este mismo registro, por ejemplo, a través de encuentros especialmente reservados para *discutir* alguna nota específica del periódico. De hecho, en general los *informes* siguen casi al pie de la letra alguna nota de la prensa, pues ella no es sino la *línea del partido*. Periódico e *informe* funcionan, en todos los casos, como la voz del nosotros Trabajadores al Poder.

Las *reuniones abiertas*, las salidas por el barrio y el montaje de una mesa, son actividades que, con su lógica propia, comparten un elemento común, a saber, la *discusión* como pauta estructurante de las interacciones entre militantes y *externos*. Y se trata, en efecto, de una pauta constitutiva de la vida militante. La *discusión* y más precisamente, el *saber discutir*, son condiciones básicas de la militancia: es atributo del militante –o, más específicamente, del buen *cuadro*- saber argumentar, saber convencer mediante la palabra y, por esta vía, *hacer contactos*. Lo significativo es que la interacción –formal e informal- entre los *internos* está regida por la misma modalidad que usan los militantes en su relación con los *externos*: la *discusión*. Si el militante de base *discute*, argumenta y transmite *caracterizaciones* a la gente y a *sus contactos*, los dirigentes locales hacen lo mismo respecto a esos militantes y, por último, la dirigencia central respecto a la dirigencia local.

Este modo de funcionamiento es referido en términos del llamado *centralismo democrático*, “es decir, que en el partido todo se discute, de abajo para arriba y de arriba para abajo”. La militancia de base escucha, en su reunión semanal –*reunión de círculo*- un *informe* elaborado por el *responsable político*, a partir de su reunión con los *responsables* de su región. Éstos, a su vez, recibieron el *informe* del *responsable* de los *responsables*, elaborado a partir de su reunión con el *comité*. En cada caso, estos mediadores transmiten las *caracterizaciones* partidarias y las directivas de acción; discuten con sus representados y, luego, elevan sus posiciones a los niveles jerárquicos más altos. La información *baja* a través de estos mediadores; la *discusión* y sus resultantes *suben* también a través de ellos. Militantes y dirigentes subrayan que en su partido se intercambian ideas, se hacen reuniones, se *discute*, con la idea de que la toma de decisiones sea conjunta: “*nuestro partido es un partido vivo, en donde todo se discute*”.

La *discusión*, en suma, no se limita a la relación del militante con el mundo extrapartidario, sino que es la pauta a través de la cual los *internos* y los distintos niveles jerárquicos del partido, se relacionan entre sí. Durante la campaña, si bien se llevaron a cabo *actividades de agitación* –como la asistencia a marchas, principalmente vinculadas a la situación internacional signada por la llamada ‘guerra contra el terrorismo’- lo cierto es que la *discusión* fue la actividad más enérgica durante esas semanas. La *discusión*, reiteran los militantes, *es nuestro método*. Y en efecto, podemos decir aquí que se trata de un método ciertamente metódico, pues configura una interacción pautada, sujeta a reglas respecto de quién habla, cuándo y sobre qué.

LOS RESULTADOS

Veamos ahora cómo se interpreta la tarea de *clarificar* a la luz de los resultados electorales. Las explicaciones nativas del voto son construidas a través de ciertas prácticas, y en contextos específicos en sí mismos significativos; aquí nos centraremos en las interpretaciones producidas en el marco del *círculo*, distinguiendo dos momentos: uno, el día domingo al finalizar la jornada electoral, cuando los fiscales generales por el partido – *internos* y *externos*, entre los cuales estaba yo incluida- retornamos al local barrial con las planillas de resultados y las boletas sobrantes; otro, casi una semana después, cuando el *círculo* convoca a una *reunión abierta* con los *simpatizantes* y *contactos* para hacer *un balance de las elecciones*. En este último caso estarán involucradas otras instancias de *discusión* y producción de *caracterizaciones*, que se desarrollaron previamente a la *reunión abierta* y a las que, en tanto *externos*, no hemos tenido acceso: me refiero a las reuniones de *comités* y a la *reunión de círculo*.

El domingo y la sensación de derrota

El debate de la noche del día eleccionario tuvo lugar espontáneamente y de manera informal. Puedo decir que el clima de ese entonces fue de fracaso: militantes, *contactos* y *simpatizantes* iban llegando al local partidario, decepcionados a la luz de los resultados hasta el momento computados. Concretamente, si en ciudad de Buenos Aires había pocas expectativas de que entrara algún legislador por el partido –la ventaja de la ID era innegable, atribuida por algunos, en parte, a que “*tienen mucho aparato y mucha gaita*”-, en provincia de Buenos Aires estaban jugadas las fichas por la bancada de un candidato partidario. Pero no sólo el candidato no entró en provincia, sino que en Capital, distrito históricamente favorable para el partido, se habían perdido votos. Este *retroceso* fue sorpresivo para muchos militantes, e igualmente lo fueron los resultados en provincia de Buenos Aires donde, a pesar del crecimiento, las encuestas preveían números más alentadores. Lo que causó no sólo sorpresa, sino ante todo indignación, fueron los resultados que obtuvieron ciertos Otros políticos reconocidos por TAP como parte de la *izquierda* en un sentido amplio. Concretamente, Luis Zamora había obtenido una excelente elección en Capital Federal, mientras que parte de la *izquierda pequeño-burguesa* había superado a TAP en provincia de Buenos Aires. La pregunta de todos era cómo esa *izquierda* espuria había logrado sacar más votos que TAP, cuando éste había sido *protagonista de las luchas obreras y piqueteras* en la provincia de Buenos Aires, y cómo había hecho Zamora

—quien por algunos fue acusado de *traidor*— para lograr tan extraordinaria elección, siendo un candidato que “*salió de la nada, sin programa, sin propuesta, sin partido*”.

Mientras los militantes llegaban con sus planillas, proferían quejas e insultos: “*¿qué propuso Zamora? si ni siquiera programa tiene!; ¿qué propuso (nombre propio de partido de la ID)?*”. Zamora, decía colérica una militante, “*logró lo que ni los partidos patronales lograron: una buena elección sin hacer nada*”. La sensación era esa, se habían llevado los votos de TAP, inexplicable y gratuitamente.

Sobre estos ánimos se desató un álgido debate en el que pude identificar tres posturas: aquellos que, sintiéndose decepcionados por los resultados, intentaron explicarlos en función de presuntas fallas y desaciertos del partido; aquellos que, sintiéndose decepcionados, explicaron el lugar relativo del partido por el *oportunismo* de Otros y por la coyuntura política; aquellos que, por el contrario, subrayaron el avance de la *izquierda* en su conjunto y los resultados favorables para el partido en otros puntos del país. La primer postura fue adoptada, ante todo, por *simpatizantes* y ex militantes; la segunda, por varios de los militantes; la última posición fue adoptada, clara y enérgicamente, por el *responsable de círculo*.

Ante lo inexplicable, él atribuyó los resultados obtenidos por Zamora y la ID a “*la ventaja mediática y el voto indoloro*”. Ambas categorías funcionaron como la explicación de por qué la gente votó como lo hizo: primero, dijo que Zamora contó a último momento con una vasta promoción en la prensa gráfica y televisiva, en donde explotó su imagen política; segundo, “*¿qué dijeron Zamora o la ID? Nada, slogans vacíos, la gente votó por el voto indoloro*”. “Voto indoloro” quería decir, como lo explicó más tarde, “*el voto que no duele, el no querer cargar con responsabilidades como las que plantea TAP*”.

Por su parte, de aquellos militantes y —principalmente— *simpatizantes* que no se conformaron con la explicación y que señalaron que “*el punto está en que el partido no ocupó el lugar que tenía previsto, con lo cual no basta con mirar para afuera*”, surgieron dos posturas que, si en principio pueden parecer opuestas, lo interesante es que en muchos casos fueron mantenidas simultáneamente por las mismas personas. Estas dos posiciones consistieron en atribuir la derrota, o bien a que el partido tuvo una campaña demasiado *programática* o bien, por el contrario, a que fue una campaña *marketinera* y vacía, como la de todos sus competidores *burgueses* y *pequeño burgueses*. En el primer caso, *simpatizantes* y militantes señalaban que el partido había proferido *caracterizaciones* un tanto *prematuras*, como por ejemplo, aquella plasmada en un volante en que un candidato partidario señalaba el advenimiento de una *revolución política*; para muchos, se trató de una idea apresurada que

"todavía no llega a la gente"; asimismo, se objetó al volante por su extensión: "no fue un volante sino un discurso político". En el segundo caso, se señaló, al contrario, el carácter superfluo y *marketinero* de ciertas *consignas* usadas en la campaña, que, antes que verdaderas *consignas programáticas*, parecían "slogans vacíos que responden a los afiches patronales". En lo que pareció ser una suerte de nostalgia romántica, un ex militante dijo: "Adoptamos el mismo modelo, incluso al poner los afiches con la foto de los candidatos y un simple slogan. Antes, hace 6 años, cuando yo militaba, las consignas de TAP eran afiches con medidas concretas, sin nada de fotos ni marketing"; a lo que el responsable respondió que, cuando pegaban esos afiches, los votaba menos gente que en ese entonces.

Otros señalaron como posible causa de los resultados la disociación de las *consignas* de campaña con el *movimiento piquetero*, cuando, en el acto de apertura y en la *línea política* que se venía siguiendo, lo *piquetero* era la punta de lanza partidaria. Argumentaron que si TAP se había hecho visible por su participación en dicho movimiento —el cual, además, había logrado *evolucionar* desde un movimiento meramente *reivindicativo* a un *movimiento político programático*— entonces, no era comprensible su papel secundario en la campaña. Algunos *simpatizantes* interpretaron esta 'desaparición' de lo *piquetero* precisamente como una prueba de que el partido se había moderado, había apostado "a una clase media antipiquetera que ganaron Zamora y la izquierda democratizante".

Durante algunos minutos, estas opiniones fueron circulando por múltiples voces, hasta que finalmente, el responsable pareció verse obligado a intervenir. Primero objetó aquellos argumentos que acusaban al partido de *electoralista* y *marketinero*. Al contrario, sostuvo que la campaña se caracterizó por la presencia de *ricos análisis* acerca de la situación política. En todo caso, admitiendo la posibilidad de la postura contraria —es decir, que el partido pudo haberse *apresurado* en sus *caracterizaciones*— señaló que era preferible obtener menos votos, y no producir *caracterizaciones* pobres:

Evidentemente el factor subjetivo está aún inmaduro y tal vez TAP desarrolla un nivel de caracterizaciones que superan a esa conciencia de las masas, pero siempre fuimos un partido que produce caracterizaciones ricas (...) Si el costo de esta postura política madura y clara es obtener menos votos, me parece que vale la pena, teniendo en cuenta a las conclusiones que TAP arriba en sus reflexiones.

Pero la mayor insistencia del responsable fue señalar que ninguno de los dos casos bastaba para explicar los resultados. Su argumento principal fue que, si bien seguramente habría centenares de errores en la campaña, era la coyuntura la que explicaba lo acontecido:

Apareció Zamora que nos disputó un potencial electorado nuestro. Nos ocuparon el lugar por la ventaja mediática y el voto indoloro. Creo que hay que seguir para adelante.

Si “*la izquierda de conjunto logró una elección histórica*”, para explicar la marginalidad de TAP en ese avance había que atender al voto que, por razones ajenas, se llevaron Zamora y la ID. Por otra parte, el *responsable* se esforzó en subrayar que el partido había tenido una excelente elección en el otros puntos del país (a lo que algunos respondieron, *qué me importa!*):

Estamos laburando desde 1983 y en esa elección fuimos una lágrima. Y ahora miren donde estamos. Entonces, seamos más serios. TAP es un partido que plantea una radicalización de la lucha. Lucharemos de aquí en adelante para radicalizarla.

Un poner las cosas en su lugar, recordando que el sistema instituido no es el espacio para la genuina transformación; recordando que *no somos electoralistas*; recordando que TAP es un partido *revolucionario*. El responsable opuso a la obtención de cargos legislativos la ventaja de luchar “desde afuera”:

Las elecciones no son nuestro parámetro (...) Estos resultados nos marcan una perspectiva y lo que TAP tiene que hacer de aquí en más es ver cómo se posiciona y cómo puede llegar a tomar la posta de esa perspectiva.

¿Qué piensan que pueden hacer la ID o Zamora desde el legislativo? Se van a derechizar como siempre. (...) Nosotros vamos a poder posicionarnos en la lucha y canalizar esta tendencia creciente.

Un menguar ese sentimiento de fracaso de sus *compañeros*, recordándoles que, para el partido, las elecciones no son un fin en sí mismo, sino una herramienta cognitiva que permite “*medir el nivel de conciencia alcanzado por las masas*”. Si bien estaba previsto un avance en la *conciencia* cuando se dijo que, a diferencia del pasado, el pueblo ya no votaría por sus verdugos, lo cierto es que ese avance fue insuficiente como para votar a TAP, la auténtica *izquierda*.

Los Otros habían quedado dentro, pero desde afuera, como *agitador y organizador* de masas, TAP podría promover y capitalizar favorablemente la radicalización cada vez más profunda.

Esto recién Empieza: optimismo en la línea del partido

Pocos días después de esta álgida *discusión*, en virtud de la decisión del partido de “*extender la instancia para debatir con nuestros simpatizantes*”, los militantes del *círculo* convocan a una *reunión abierta*. Aquellos que nos habíamos desempeñado como fiscales el domingo anterior, nos volveremos a encontrar a *discutir* nuevamente sobre los resultados, la campaña, TAP, Zamora y las *izquierdas pequeño burguesas*. Pero muchas cosas habrán pasado entre el domingo y ese sábado siguiente, día de la convocatoria. Ante todo, ya habrán tenido lugar las *reuniones* de los distintos *comités*, y la *reunión de círculo*. Además, ya habrá

salido publicado el periódico con la *caracterización* partidaria acerca de los resultados, lo cual es central para comprender algunos cambios en las opiniones de la mayoría de la militancia.

Tan importantes son estas instancias que cuando mi *contacto* me convocó —el periódico aún no había salido, tampoco había tenido lugar la *reunión de círculo*— ante mi pregunta acerca de su opinión sobre el tema electoral, contestó que “*ya vamos a ver, esta noche sale el periódico. Hablamos el sábado*”. En una palabra, el sábado ya estará conformada la *línea del partido*, elemento totalmente ausente el día domingo, caracterizado por una multiplicidad de voces encontradas. Asimismo, a diferencia del domingo, donde la *discusión* fue informal y caótica, aquí se van a seguir las pautas de toda *reunión abierta*: un *informe* de apertura presentado por el *responsable de círculo*, que funciona como eje estructurante que fija los límites de la *discusión*; luego, una lista de oradores que presentan sus opiniones y preguntas.

El *informe* del *responsable* seguirá la editorial publicada por uno de los máximos dirigentes en el periódico de esa semana. De este modo, la noción de *voto indoloro* que el domingo anterior explicaba los resultados, desaparecerá por completo y será reemplazada por otra, la de *confusionismo político*, utilizada por el dirigente en su artículo. Asimismo, los votos a Zamora y a la ID serán distinguidos y explicados de modo distinto.

El *responsable* abre su *informe* señalando que “*La pregunta general que surgió el domingo y que está vigente es si tenemos que hablar de retroceso o de avance. El asunto es complejo y vayamos por partes*”. Así, pasa a especificar algunas cuestiones que aparecen en el editorial, y lo hace en el mismo orden. En términos generales, se dice que *se cumplen* dos *caracterizaciones* producidas por el partido durante la campaña, *caracterizaciones* que ahora, a posteriori, han devenido *pronósticos*:

1. El *retroceso de los partidos patronales*. La Alianza y el peronismo perdieron, conjuntamente, 6 millones de votos, es decir, los trabajadores no han votado por sus verdugos. Esto “*prueba la crisis del sistema político instaurado desde el 45*”, que “*lo que está en juego es una crisis de poder*”.
2. Un *corrimiento hacia la izquierda*: “*El 14 de octubre se votó contra el régimen de las privatizaciones, de la desocupación, y por la izquierda y la lucha*”, decía la nota del periódico. Si se suman los votos de los distintos partidos, dijo el *responsable de círculo*, “*la izquierda obtiene una votación histórica*”.

Por su parte, Zamora es separado de la ID, y ubicado junto a los entonces llamados *advenedizos de centroizquierda* (ARI y Polo Social). Aún así, el *responsable* señala que “*hay que*

tener en cuenta de que para la gente, mirando desde esa perspectiva, votar al ARI o al Polo Social significa un corrimiento hacia la izquierda”.

Sin embargo, en este escenario de *izquierdización* (en donde Carrió y Farinello tuvieron un *desempeño gris* y Zamora un *éxito parcial de último momento*) TAP obtiene un lugar marginal, y es esto lo que debe explicarse. Es decir, cómo explicar que la *izquierda pequeño burguesa, conciliadora*, haya ganado en provincia y cómo explicar la pérdida de votos en ciudad de Buenos Aires, todo ello a pesar del crecimiento del partido en términos generales. Si hubo *corrimiento hacia la izquierda*, ese corrimiento no fue protagonizado por TAP.

Una nota del periódico de alguna forma intentará dar respuesta a estas preguntas. Primero, a través de la idea de *confusionismo político*. Segundo, a través de una constante histórica de la relación entre *moderados* y *radicales* dentro de la *izquierda* en momentos de *crisis*. Ambos puntos serán retomados por el *responsable de círculo* a la hora de responder a los cuestionamientos que militantes y *simpatizantes* habían formulado el domingo anterior. Veamos esos puntos separadamente.

1. La confusión política

Un conjunto de votos fueron definidos como expresiones del *confusionismo político* que caracterizó a la elección. Primero, el *votoblanquismo* triunfante, del que, por otra parte, poco y nada se había hablado el domingo anterior; segundo, el voto a los llamados *advenedizos*: Carrió, Farinello y, por último, Zamora, un *advenedizo* inesperado. Se dice que los dos primeros candidatos fracasan frente al voto blanco y nulo, mientras que el último obtiene un *éxito parcial* que le quita los votos a la *izquierda democratizante*. Lo significativo es que la figura de Zamora aparece por primera vez en la prensa partidaria luego de los resultados; nunca antes había tenido cabida en las *caracterizaciones* respecto a las elecciones y al campo electoral, y probablemente por eso ahora se lo calificaba de “*advenedizo de último momento*”. En el periódico publicado después del domingo se dedica una nota –Zamora: ¿De izquierda, yo?– que se ocupa de responder a la pregunta de “¿quién votó a Zamora?”, y lo hace definiendo a ese voto como un *voto confuso*, carente de una *identidad definida*, ni de *izquierda* ni *clasista*, hechos probados por los cortes de boleta del tipo Zamora-Terragno (éste último de la Unión Cívica Radical), Zamora-Liendo (del Partido Justicialista).

Se trata, como se dijo, de una *izquierda advenediza e inconsciente, sin programa y sin estrategia socialista*. El *responsable* agregó en su *informe* la variable de la composición social del

voto: mientras que a Zamora lo votó la zona norte de la Capital, la ID y TAP obtienen votos en las zonas más sumergidas, en las *barriadas proletarias*.

En suma, a la luz de la *línea del partido*, la categoría de *confusionismo político* aparece como explicación del comportamiento electoral —al menos de parte de él:

El ascenso, la caída y la parcial resurrección de los advenedizos, refleja la enorme confusión con que la mayoría del país enfrenta la presente crisis política, que más que eso es una crisis de poder.

Y en la *reunión abierta* una semana después, el *responsable* dirá en su *informe* que:

La votación del 14 estuvo determinada por la confusión política: hubo una falta de salida, los partidos no dieron salidas. En este sentido, el voto nulo y el voto blanco refleja no una orientación, sino la confusión: no ver para dónde salir, por dónde salir. En este marco de confusionismo político podemos ubicar otros dos votos: el voto al Partido Humanista y el voto a Zamora. Son todas variables del voto sin perspectiva, que sólo expresa cansancio, impotencia, etc, etc. y este cansancio no significa automáticamente una conciencia masiva revolucionaria

2. TAP y el resto de la izquierda

No obstante los resultados de TAP estuvieron “*condicionados por el confusionismo que caracteriza al presente momento político*”, y aún cuando especialmente en ciudad de Buenos Aires “*el partido fue víctima de las tendencias confusionistas, del voto bronca y el izquierdista difuso*”, tanto en el periódico como en la reunión se dijo que en términos generales, la *izquierda* había crecido, e inclusive el partido había crecido, alcanzando, aún con la derrota, “*un crecimiento espeluznante*” en provincia de Buenos Aires.

Aún así, restaba explicar por qué fue la *izquierda democratizante* y no la *izquierda revolucionaria* (TAP) quien sacó más votos en ese distrito. La prensa —y el *responsable*— reconocen esta vez que allí “*hay un objetivo que no se cumplió*”, lo cual, como vimos, resultaba inexplicable para la militancia, cuando TAP había sido un enérgico “*agitador y luchador junto a los piqueteros bonaerenses*”. La nota editorial se ocupa también de resolver este enigma. Si bien la ID no es incluida en el voto *confusionista*, sí se cuestiona su contenido de *izquierda*: “*su voto refleja una tendencia difusa al voto ‘a la izquierda’, y no un voto programático preciso*”. Lo cual quedaría demostrado por el hecho de que Zamora fue quien quitó los votos a la ID en Capital Federal, y, recordémoslo, el voto a Zamora había sido de identidad indefinida, no *clasista*.

Otro artículo del periódico, específicamente destinado a explicar el fenómeno, provee al *responsable* algunos argumentos ad hoc; allí se dice que:

Es un clásico de la historia política que en las primeras fases de una crisis como esta la izquierda moderada, democratizante, partidaria de la colaboración de clases, supere electoralmente a la izquierda “extrema” o revolucionaria. Sólo en las segundas etapas el pueblo accede a conclusiones más radicales.

Por último, se alega una razón de indiferenciación política:

En estas primeras etapas, al pueblo le resulta extraña la diferencia que alegan tener entre sí los partidos de izquierda.

Recordemos que el domingo anterior estuvo signado por preguntas sin respuesta: *¿Qué planteó la ID para que la gente la vote? ¿qué propuestas?* Una semana después, estos argumentos convierten lo inexplicable en explicado, aún más, en evidente; el elemento común a ambos es la presunción de que la coyuntura actual estaría signada por un momento de *crisis* potencialmente *revolucionario*. El primer argumento refiere a una suerte de “ley” histórica —“*la preponderancia democratizante en la fase inicial de un período con posibilidades revolucionarias*”— que parece operar independientemente de la voluntad de los votantes; el segundo refiere a un estado de desconocimiento en virtud del cual el votante “*en las primeras etapas*” no logra discriminar entre las distintas *izquierdas*.

Y gracias a ellos, el *responsable* pudo subrayar, una vez más, que el punto para explicar los resultados no estaba en “*ver el detalle de la instrumentalización de la campaña*”, sino en hacer un *análisis* a la altura de la complejidad del asunto. Si bien la idea del partido como “víctima de” el *confusionismo*, la indiferenciación y la ley histórica de la relación entre moderados y radicales, contrastaba bastante con el interés de muchos *simpatizantes* e incluso de militantes, de discutir sobre “en qué se equivocó el partido”, la explicación fue aceptada. Aquellos que continuaron presentando disidencias y cuestionamientos, no lo hicieron respecto a estos argumentos, que fueron tomados como válidos. Así, por ejemplo, un *simpatizante* dijo:

si estamos ante una etapa de enorme confusionismo como se ha dicho, la función del partido es clarificar. El ‘venite compañero’ no clarifica. Es un afiche electoralista al mejor estilo burgués...

sabemos que los sectores revolucionarios sólo irrumpen más tarde, al desplazar a las alas moderadas. Eso lo sabíamos. El partido sabía eso; el partido lo sabe desde siempre...

En suma, aún cuando las divergencias continuaron, muchas de ellas sin ser saldadas, lo significativo es que las variables explicativas desplegadas por el periódico y el *responsable* —*confusionismo*, indiferenciación, ley histórica al interior de la *izquierda*— funcionaron para todos como Evidencia (Douglas, 1976); y de hecho así fueron enunciadas, a través de frases como “*todos sabemos que...*”; “*es un clásico de la historia que...*”. Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿qué significa la noción de *confusionismo político*? ¿quién fue confuso? ¿el votante fue confuso? ¿fueron los partidos los confusos? ¿fue el votante una víctima de ese *confusionismo*? Y, en este sentido: ¿los votantes “se confundieron”?

Formulo estas preguntas desde mi perspectiva, porque la idea de *confusionismo* no fue para mí, *externa*, algo auto-evidente; al contrario, la categoría de *confusionismo* me resultó

ella misma ambigua e indefinida (confusa). Así, según la nota del periódico, la prueba del *confusionismo* estaba dada por el ascenso y la caída vertiginosa de los *advenedizos*, ello evidenciaría que la gente no sabía qué hacer, y cambió su opinión a último momento. Las palabras del *responsable*, por su parte, nos invitan a pensar que el partido fue víctima de la confusión con que votaron los electores, éstos a su vez víctimas de la confusión que generaron los Otros políticos –con indefiniciones como las de Zamora, el impulso del votoblanquismo, etc.

De cualquier modo, la explicación basada en el *confusionismo* parece poco conciliable con la idea de elección. A partir de las palabras del *responsable* podemos conjeturar que, a diferencia de la idea de *voto indoloro*, la de *confusionismo* expresa, no tanto una “elección” del votante de “no querer cargar con responsabilidades como las que plantea TAP”, como un comportamiento del que él, sin saberlo, es víctima. Algo similar ocurre cuando atendemos a las explicaciones basadas en la indiferenciación al interior de la *izquierda* y la constante histórica en la relación entre radicales y moderados. En estas etapas el votante no “elige” en stricto sensu, pues no distingue, sino que confunde. Aquí no parece ser víctima más que de su propia confusión y, por tanto, el partido sería exclusivamente la víctima del votante.

De cualquier modo, lo interesante es que el fenómeno que según la *caracterización* partidaria precisamente signaba la *excepcionalidad* del momento político –“los trabajadores no saben a quién votar”– desembocó, finalmente, en un voto confuso, es decir, impreciso, producto de la confusión de los votantes. Las mismas condiciones que hacían del momento político algo excepcional y provechoso para el partido, eran ahora la causa de la derrota; aquellas ideas que aseguraban una victoria, eran usadas ahora para dar sentido al “fracaso” (Goldman & Cruz da Silva, 2003).

La campaña comenzó con aquel “*Nadie nos va a hacer perder este momento político*”. A pesar de la sensación de derrota de muchos, el periódico partidario publicado inmediatamente después de la jornada electoral, con un conjunto de explicaciones y bajo el optimista titular de “*Esto recién empieza*”, se encarga de demostrar que el momento no se ha perdido; al contrario, tal como lo dijo el *responsable* en la última reunión:

Estamos en los albores de una radicalización política en este país, con lo cual el punto está en desarrollar la consolidación partidaria y radicalizar la lucha. Tenemos ventajas para eso, porque ellos tienen la ventaja de que van a estar sentados en sus bancas obteniendo medios y plata, pero las caracterizaciones de TAP ponen a prueba al resto de la izquierda.

De allí en adelante, el partido retornaría al Conflicto.

LA CONCIENCIA. UNA TEORÍA NATIVA SOBRE EL COMPORTAMIENTO POLÍTICO DEL MUNDO SOCIAL

La práctica privilegiada que durante la campaña conectaba a militantes y votantes fue la *discusión*. Si ella estaba orientada a *clarificar*, los resultados, sin embargo, evidenciaron un electorado confuso y confundido. Ahora bien, ¿qué hay detrás de la *claridad* y la *confusión*? ¿de qué nos hablan estas ideas? Comencemos por la práctica del *discutir*, preguntándonos por qué es para los militantes un *método* y *el método* privilegiado de comunicación tanto *interno* como *externo* y, también, cómo se vincula esta actividad con el 'mandato sistémico' de conseguir votos. Mi idea es que la *discusión* es una de las prácticas en donde ciertos valores partidarios se expresan y movilizan, y, a su vez, que estos valores pueden ser explorados si abordamos a la *discusión* como una actividad que involucra, no sólo un acto de disuasión, sino, ante todo, una transmisión sistemática de conocimiento.

Y esto en dos sentidos. En primer lugar, y como lo vimos, las *discusiones* (en todos sus niveles) transmiten *caracterizaciones* del partido y directivas de acción política; a través de la *discusión* el partido da a conocer —hace pública— a sus integrantes y a los *externos* su interpretación de lo que acontece y su estrategia militante, la cual se halla fundamentada, precisamente, en la *caracterización*. En segundo lugar, la *discusión* involucra transmisión de conocimiento en tanto práctica *clarificadora*, que arroja luz sobre aquello que se presenta oscuro, vago e indeterminado. Los militantes sostienen que en sus *discusiones* no sólo comunican su interpretación de lo real, sino, ante todo, la verdad de una realidad en donde lo que aparece no es lo que es. En este último sentido, la *discusión* transmite no tanto un conocimiento de la realidad, como un saber, un saber-la-verdad.

Una distinción nativa está en la base de este saber: aquella que opone el *comprender* al *creer* o, lo que es lo mismo, la *conciencia* a la creencia. Sostengo que esta separación está en la base de una teoría nativa sobre la configuración de las adscripciones y decisiones políticas: “No tenés que creer en nadie sino usar tu cabeza, usar tu cabeza y tener las ideas bien claras”, decía un militante a su interlocutor en una de las salidas al barrio; “Por creer en el turco, mirá lo que nos pasó, después la gente creyó en De la Rúa y mirá dónde estamos”. Una dirigente partidaria dijo en ocasión de un debate público: “Acá tenemos que ser desapasionados, nada de ‘se siente, se siente, Chacho presidente’ o esas cosas... acá tenemos que analizar lo que pasa...”

De un lado, aquello que se sabe, analiza y razona; del otro, aquello se siente, se intuye y se cree. Mientras la primera actitud frente al mundo conduce a una visión cabal de la realidad, la segunda conduce a la equivocación. Por oposición a la creencia (falsa, irreflexiva y basada en el desconocimiento), la *conciencia* es un estado intelectual reflexivo

que permite una fiel apreciación y percepción de la naturaleza de las cosas, en donde la persona, en virtud de saber la verdad —‘ser conciente’— actúa en consecuencia en el campo político. TAP se piensa a sí mismo como la porción *conciente* de la *clase*, y explica el comportamiento de la *clase* por su grado de saber: en el caso de las elecciones, a mayor *comprensión* de la naturaleza de las cosas, más a la *izquierda* se sitúan los resultados electorales.

Tener conciencia de clase —explicaba una militante— *es, no sólo saber que uno es explotado, sino tener una comprensión clara de que este sistema no va para ningún lado, del lugar del obrero en la sociedad y de la posibilidad de cambiar esta situación.* De modo que un vínculo solidario liga saber y acción política: el saber/no saber, tiene consecuencias en el campo político (el que sabe, por ejemplo, no vota a sus propios *verdugos*), y al mismo tiempo, la acción en ese campo funciona como evidencia del saber/no saber. Aquello que para TAP estaría orientando y movilizandando las adscripciones partidarias, y la acción dentro del campo político, sería, no tanto el compartir cierta representación del mundo, sino el conocer o desconocer cómo ese mundo es. Algo tan sencillo como la verdad misma estaría operando como fuerza instigadora de la acción política.

La *discusión*, práctica privilegiada para avanzar en la *comprensión* y confinar el terreno de la creencia, adquiere significado, por tanto, a la luz de este valor redentor con que está dotado el saber; valor que opera práctica y cotidianamente como una teoría nativa sobre la naturaleza del comportamiento político del mundo social: se presupone que el *externo* va a orientar su adscripción política —el voto, en el caso particular que nos ocupa— en función de su *comprensión* de la realidad y, en la misma dirección, que una *discusión* puede conservar o transformar esa orientación. Si en una instancia la *discusión* constituye un mecanismo básico y efectivo para inducir al militante a aceptar como válida y propia la *caracterización* de sus dirigentes y a desarrollar las prácticas previstas, en otra y del mismo modo, se presupone que el militante induce al votante a aceptar como válidas y certeras las *caracterizaciones* del partido y a actuar —en un sentido restringido, votar— consecuentemente con ello.

Volviendo a las explicaciones nativas del voto a la luz de los resultados, podemos decir ahora que ellas parecen ser instancias de reajuste y reactualización de aquellos mismos significados y valores que durante la campaña están en la base de la acción política; en otras palabras, la teoría nativa que da sentido a la práctica del *discutir*, funciona también como teoría que da sentido a los resultados. Luego del acto electoral, el partido debe justificar su posición relativa en la estructura de poder, y lo hace apelando al nivel *comprensión* y saber que el electorado tiene acerca del mundo social y político.

Los debates de la noche del día electoral instalaron el problema de la *conciencia* del siguiente modo: TAP no logró interpelar a su electorado, o bien porque fue demasiado lejos en sus mensajes en relación al nivel de *conciencia* alcanzado, o por el contrario, porque lo subestimó produciendo slogans vacíos, siendo así reemplazado por equivalentes como Zamora o la ID. Una u otra forma de operar podía leerse como la causante de la derrota, y en ambas la *comprensión* que la gente tenía de la realidad y de los actores políticos funcionaba como variable explicativa.

La semana siguiente, segunda instancia del balance electoral, la teoría de la *conciencia* operó a través de las nociones de confusionismo y de indiferenciación de las *izquierdas*. Por un lado, “voto confuso” funcionó como equivalente de *voto sin perspectiva, voto no claramente clasista*. Por oposición al voto claro y preciso, el voto confuso parece ser aquel que no puede ser encuadrado como claramente *burgués* u *obrero*. En este sentido, lo confuso es, en cierto sentido, lo inclasificable, lo ambiguo, y desde un punto de vista, lo liminal (Turner, 1988), puesto que se concibe que esos estados intermedios son momentáneos, y que en algún momento *evolucionarán* hacia un mayor grado de saber.

Por otro lado, el voto fue confuso porque el votante no habría actuado con pleno conocimiento y claridad. Es el caso, por ejemplo, de quienes advirtieron en el votoblanquismo un castigo, cuando, justamente, eran los presuntos castigados quienes impulsaban el voto en blanco para salir así menos heridos de la contienda; o como dijo una militante, la gente que votó a Zamora “*creyó que votaba a un socialista, porque esa gente desconoce el viraje político de Zamora hoy*”.

Estas explicaciones, sin embargo, convivieron con otras discrepantes; por ejemplo, nuestro *responsable* sostuvo, que “*Zamora y la ID son vistos por la gente como una izquierda más previsible, en cambio TAP aparece para la gente como una izquierda más extrema, más dura*”, lo cual nos recuerda a aquella –ya supuestamente olvidada– noción de voto indoloro⁷.

De una u otra manera, aún con estas ‘contradicciones’, sería posible reconvertir aquel “los trabajadores no saben a quién votar” en términos de “los trabajadores no saben a quién votaron”. El saber no sólo tiene un valor redentor, vale operativamente, pues es capaz de hacer inteligible y explicable aquello que, en un principio, pareció no tener explicación.

⁷ Si bien el *voto indoloro* puede conjugarse –como de hecho lo hicieron los propios militantes– con la insuficiente *conciencia* del votante, mi sensación es que la noción de *voto indoloro* tiene una carga semántica diferente. Alude, más bien, a una suerte de cobardía del electorado, quien precisamente por saber y distinguir, votó a la *izquierda* moderada.

EL ENGAÑO. UN TEORÍA NATIVA SOBRE EL OTRO POLÍTICO

La práctica del *discutir*, como la lógica de las explicaciones nativas de los resultados electorales, se enmarca no sólo en una teoría sobre el comportamiento político del mundo no político, sino también en una teoría sobre ciertos Otros políticos. Ante todo y como puede verse en las *caracterizaciones* que dan apertura a la campaña, tras la aparente diversidad del campo político descansa una clasificación binaria donde todos los actores pueden ser ubicados o bien como partidos *burgueses* o bien como partidos *obreros*. Esta es la clasificación primordial que escinde al campo político en un Nosotros Obrero o de *Izquierda* y un Otro *Burgués* o de *Derecha*.

Y sin embargo, dentro de ese nosotros TAP construye el nosotros partidario, por oposición al llamado *resto de la izquierda*. La preocupación de TAP por explicar la distribución del voto a la *izquierda* —en la que él obtiene un lugar bien marginal— involucra una preocupación por diferenciar aquello que —de acuerdo a la explicación ‘oficial’— el votante no habría diferenciado: la *izquierda* auténticamente *revolucionaria* (para nosotros IR) de la *izquierda democratizante* (ID). Uno de los elementos sobre los que descansa esta delimitación está dado, como ha podido verse, por las *caracterizaciones*, es decir, por las interpretaciones que cada una de ellas produce acerca de lo que acontece. Una militante decía que la ID:

jamás te va a decir que el capitalismo está en una crisis terminal. Te lo puede llegar a decir, pero inmediatamente te van a decir “pero podría recomponerse” Entonces ya se está preparando para la recomposición. Entendés?

Vimos que esta fue la razón alegada para explicar la no constitución de un frente electoral con parte de la ID; la tentativa de constituir un frente con el partido más importante de la ID habría fracasado, según los militantes, porque dicho partido “*no ve la crisis de poder*”. Pero además, en esa “preparación para la recomposición”, esa *izquierda* es considerada *oportunist*a, se acomoda al orden instituido. La discrepancia en la *caracterización* del momento político involucra, entonces, una discrepancia en la estrategia militante: se considera que ID e IR participan de forma diferente en el sistema político establecido. Siguiendo a Lenin, el partido considera que debe ir a elecciones allí cuando las masas *todavía* creen en ellas. Un viejo militante decía al respecto:

nosotros no hacemos del proceso electoral un absoluto. En última instancia —no es una frase mágica— qué es una elección? Una elección en determinado momento es un barómetro del nivel de la conciencia de los trabajadores. Nos interesa intervenir; nos interesa ser parte de esa medición, nos interesa sacar votos. Imaginate si en el marco de esta crisis un dirigente nuestro hubiera podido ocupar un lugar en el parlamento nacional, hubiera sido un eje de referencia de la puta madre,

hubiera sido una gran ayuda tener una banca parlamentaria para desenmascarar toda la situación...

Por un lado, una *izquierda electoralista*, para quien las elecciones constituyen un *frente* de militancia privilegiado; por otro, un *partido revolucionario* que apuesta, al contrario, a radicalizar la lucha social; TAP es partido del Conflicto que participa del orden, pero lo hace en pos de desnudarlo, evidenciar sus vicios y el de sus artífices. Participa, en definitiva, *discutiendo*, para desarrollar el saber del votante.

La llamada *delimitación* del partido respecto de *el resto de la izquierda*, lejos de ser un quehacer propio de las elecciones, constituye una preocupación cotidiana y permanente en la vida del partido, quien construye a ese otro, como *izquierda* espuria y al nosotros como auténtica *izquierda*. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, el hecho de calificar el voto al *resto de la izquierda* como un voto confuso, indefinido, no claramente *clasista*, instala, una vez más, al partido como única *izquierda*. Como vimos, fue esa especificidad aquello que, en las discusiones luego de los resultados electorales, algunos militantes pusieron en tela de juicio, alegando que el partido *programático* se había travestido en partido *oportunista*; el partido del Conflicto, en partido del Orden.

Pero más que el Otro de *izquierda*, sobre el que volveremos más adelante, nos interesa aquí aquel Otro político radical, y la teoría nativa que, al tiempo que explica su comportamiento, da un nuevo sentido a la práctica del *discutir* y a la lógica de las explicaciones nativas de los resultados electorales.

Tal como podemos ver a la luz de las *caracterizaciones*, el Otro *burgués* opera en el campo político de un modo muy particular, falsificando su identidad y las de otros. En la *caracterización* de apertura de campaña, ciertas candidaturas *centroizquierdistas* fueron interpretadas como maniobras de la *derecha* para evitar el avance de la auténtica *izquierda*; el votoblanquismo, un artilugio de último momento de esa *derecha* cada vez más desesperada. Esta es, al parecer, la forma característica del operar *burgués*: la fuerza *burguesa* explota la lógica de lo real, disfrazando y disfrazándose a sí misma, ocultándose bajo ropajes que le son extraños. El Otro *burgués* actúa en el campo político vistiéndose de algo que no es, tal como el diablo se traviste en serpiente, o embosca a su víctima “*detrás de las más inocentes apariencias*” (Nogueira, 2000: 69).

En este accionar doble y simulado del enemigo *burgués* es donde debemos situar lo que Ricoeur llamó ejercicio de la sospecha, es decir, aquella actitud cognoscitiva e interpretativa que “lucha contra las máscaras”, que procura la “reducción de ilusiones” (1986: 27,28). Es interesante, lo contrario de la sospecha, dice Ricoeur, es la fe, es el creer.

Es la sospecha el método con que TAP opera para conocer y develar la identidad e intenciones de los Otros políticos. TAP se asigna la tarea de *clarificar* no sólo porque el mundo social se confunde, sino porque el Otro *burgués* lo confunde; el partido sospecha –y *desenmascara*- porque el Otro engaña.

Esta teoría nativa sobre el Otro político está en la base del significado y la relevancia de la práctica protagonista de la campaña, el *discutir*. La *discusión* desnuda aquello que el enemigo disfraza, convirtiendo lo no evidente en evidencia. Si el partido partió de la tarea de *clarificar* y decir a la gente quién era quién, es porque presuponía que los Otros políticos podrían confundir a un electorado que, desde el vamos, “no sabía a quién votar”. Desde esta perspectiva, el *confusionismo político* no es sino el engaño en que esos Otros sumieron al mundo no político.

He encontrado muy cierta –y operativa- la afirmación de Bourdieu (2002), según la cual un partido involucra no sólo una ideología o un programa político, sino, ante todo, una cierta clasificación y representación del universo social que sus militantes luchan por extender e imponer sobre otras competidoras; en esta lucha simbólica por lo real consistiría la lucha política. Restaría agregar, al menos para mi campo, que un elemento central de esa lucha simbólica es la clasificación y significación del propio mundo político; en las *caracterizaciones* sobre los Otros y en las *discusiones* entre militantes y votantes, la lucha política adquiere la forma de lucha entre representaciones sobre el campo político y sus actores, con la presunción, claro está, de que aquellas que más se acerquen a la verdad de las cosas, tarde o temprano, a través de una *comprensión progresiva*, saldrán victoriosas.

II. DEL CONFLICTO ORDENADO

Todos los trotskistas, hayamos venido del lugar que hayamos venido, todos sabíamos que en algún momento se iba a producir el encuentro entre el programa de la revolución socialista y las masas peronistas (...) Y se está produciendo ahora.
Una militante.

De algún modo, las elecciones son vividas como un paréntesis colocado a cierta esencia de TAP en tanto *partido revolucionario*, “*un partido que radicaliza e interviene en la lucha de clases*”. Vayamos, entonces, a la actividad cotidiana del *círculo* fuera del momento electoral; si bien, como dijimos, algunas de las prácticas tienen continuidad, veremos que su sentido no es exactamente el mismo.

Ese cotidiano está signado por una particularidad, vinculada con el aquí y ahora en que fue realizado nuestro trabajo etnográfico. Ese aquí y ahora de TAP está inscripto en un proceso de cambio, concretamente en un importante crecimiento de la estructura partidaria. Aún más, los militantes no señalan sólo un cambio cuantitativo, sino cualitativo: se trata del hecho de incorporar “*obreros*” a las filas partidarias, específicamente, a partir de la conformación la ‘*corriente piquetera de TAP*’, una *organización de trabajadores desocupados*, creada por el partido y formada bajo su línea y accionar políticos, que aquí llamaré “*Movimiento Clasista*” (MC).

Unos meses antes de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001¹, el periódico partidario hacía públicas las palabras de un *simpatizante*, que sostenía que el partido había “*cambiado su composición*”: “*ahora –se dijo– sus columnas son piqueteras*”. Poco tiempo después escucharemos decir a los militantes, entusiastas, que “*TAP se está transformando en un partido de masas*”.

A través de su vinculación con el movimiento piquetero del noroeste, primero, y luego, de la conformación de su propia *corriente piquetera*, el aquí llamado MC, TAP incorporaba a sus filas a aquella porción de la *clase obrera* que “*ha roto con el peronismo*”. Y ese

¹ Jornadas que, signadas por una serie de protestas y manifestaciones sociales bajo la consigna de *Que se vayan todos*, obligaron al presidente entonces electo y a su gabinete a renunciar a sus funciones. La significación de estos hechos para la vida partidaria será señalada en el capítulo siguiente.

histórico y esperado *Encuentro* parece ser por demás significativo, desde el momento que, para los militantes, ser un partido *socialista* significa ser tanto *un partido para los obreros*, como *un partido de obreros*. “Partido-para” involucra la proclamación de un *programa* de carácter *clasista*, es decir, expresión de los *intereses de la clase*. “Partido-de” involucra una *composición obrera* de las filas partidarias².

Nuestro trabajo etnográfico se sitúa, entonces, en un momento histórico muy particular de la vida partidaria, en un hito que reconcilia dos dimensiones que para los propios militantes estaban hasta ahora apartadas. Un primer elemento interesante es que ese *Encuentro* no se da por la incorporación directa de nuevos *compañeros* al partido, como por y a través de la conformación de un colectivo que, aún dependiendo del partido y creado por él, no es el partido en sentido estricto. Según algunos militantes, el MC puede definirse como una *fracción* partidaria; las fracciones son “*organizaciones amplias de masas, de tipo movimentista, con la línea del partido*”. Y aquello que diferencia a un partido de un movimiento es, ante todo, el grado de *organización* y de *disciplina* que rige a sus miembros. El MC es una *organización* un poco más *laxa* que el partido. Muchos lo han definido como una *antesala*:

(las fracciones) *tienen otra dinámica, otra disciplina, pero son siempre antesalas del partido. Lo que se busca con estas fracciones es articular a una masa de activistas que todavía no está dispuesta a integrarse al partido (...) aunque, por supuesto, lo que se espera es que en algún momento se incorporen.*

El MC es, ante todo, *movimiento*, y movimiento no es lo mismo que partido:

si bien nosotros damos un combate general contra el movimentismo, y consideramos que el movimentismo es un cáncer para el desarrollo de la revolución, al mismo tiempo, eso no significa que los movimientos estén mal, es decir, los movimientos en tanto y en cuanto sean un factor de impulso para el desarrollo de la construcción del partido, hay que alentarlos.

En palabras de una militante, la conformación del MC no fue un proceso *espontáneo*, sino que se trató de una *decisión conciente* de la dirección, para dar una *organización* a los trabajadores desocupados:

Y ahí tenés una diferencia con respecto a otras organizaciones trotskistas, que es el día de hoy que siguen considerando a los desocupados como desclasados prácticamente. Por más que han inventado sellitos de piqueteros, ellos no la vieron (...) no lo advirtieron.

Como lo subrayan muchos, a diferencia del resto de la *izquierda*, TAP vio inmediatamente que los desocupados eran, ante todo, *trabajadores*, es decir, *obreros* explotados a los que el capitalismo negaba, esta vez, el derecho mismo al trabajo, a la

² Tarcus (1998) señala que estos han sido los dos principios de legitimidad de la representación que los partidos de izquierda proclamaban tener respecto de la clase obrera y que, históricamente, han aparecido divorciados, y en cierto sentido opuestos: allí cuando un partido lograba composición obrera, su programa

explotación. Desde los inicios de la conformación del MC hubo, de hecho, un permanente intento por parte de los militantes por subrayar la naturaleza de *clase* de sus integrantes, es decir, por demostrar que “eran” *clase obrera*; así lo dijo una dirigente partidaria en una oportunidad:

Los luchadores que están al frente del movimiento piquetero eran dirigentes sindicales de primera línea. Es decir que el movimiento piquetero reivindica (los postulados) del marxismo: la clase obrera es un sujeto histórico. Y esta clase obrera, cercada por la desocupación, se metamorfosea! Se metamorfosea y reedita sus intereses y sus luchas en el movimiento piquetero. Esto demuestra a la clase obrera como sujeto histórico y el carácter nulo de la teoría de los nuevos sujetos sociales.

En poco tiempo, de hecho, el MC dejó de ser un movimiento de desocupados; rápidamente el partido comenzó a proclamar la *unidad de trabajadores ocupados y desocupados*, materializada en cada congreso del MC, del que participaban militantes, delegados sindicales, desocupados, referentes barriales.

La decisión de conformar una *corriente piquetera clasista y combativa*, capaz de contrarrestar el accionar *contrarrevolucionario* de las *burocracias sindicales*, data según los militantes del año 1999, cuando en un congreso partidario, se dicta tal resolución. La formación del MC se inicia en un distrito del interior del país, donde militantes del partido ya tenían vinculaciones con las movilizaciones piqueteras locales. Si bien la conformación de una corriente piquetera propia fue impulsándose en puntos neurálgicos como ciudad y provincia de Buenos Aires, de algún modo, ello sólo pudo ser posible cuando, hacia el año 2000, diversos “MTD” –movimientos de trabajadores desocupados, muchos de ellos sin filiación partidaria alguna, al menos no directa y explícita- iniciaron cortes en los accesos a la Capital Federal.

De allí en adelante, la gestación del MC ha sido un proceso amplio y diverso. Sin embargo, probablemente un elemento común a todos los casos sea que su origen es claramente territorial, es decir, su punto de gestación son los *círculos* barriales. Desde muchos de ellos, el partido fue creando *comisiones de desocupados* que, con su engrosamiento, devinieron MC. En este sentido, cabe señalar que no sólo el sujeto del MC –trabajadores desocupados- es algo novedoso para el partido; también la territorialización que este frente de militancia involucra es novedosa. La militancia barrial constituye, de hecho, un frente relativamente nuevo que, en muchos casos –como en el de nuestro *círculo*- adquiere una notoria vitalidad a partir de la constitución del MC local. Un militante explicaba:

solía tildarse de *reformista*, mientras que allí cuando el partido era *programáticamente obrero*, su composición era marcadamente intelectual y *pequeño burguesa*.

Nosotros éramos de alguna manera un partido acostumbrado a moverse tradicionalmente en las fábricas, en los gremios, en los lugares de estudio, bueno y esto nos abre, digamos, una perspectiva mucho más amplia, de vincularse a sectores que tradicionalmente eran la órbita del peronismo.

Si la conformación del MC tiene un objetivo *organizativo* —organizar a los trabajadores *desocupados*—, al mismo tiempo se trata de un principio de organización, es decir, una organización menos organizada que otra, el partido. Si, como vimos, el partido se piensa a sí mismo como la *porción organizada y conciente de la clase*, aspira, como tal, a *organizar* la totalidad de la *clase* y a dotarla de *conciencia*. La formación del Movimiento Clasista es un modo —mediado— de hacerlo.

En lo que sigue, entonces, quisiera reflexionar sobre algunos aspectos de ese contexto particular de militancia que es el MC, prestando particular atención a la relación que el partido establece con *la clase*, un Otro, no político, pero Otro al fin; ese histórico *encuentro* es efectivamente tal, es un encuentro de diferencias que, lejos de ser llano y lineal, está atravesado por la divergencia y la tensión.

DEL PARTIDO A LA CLASE, DEL LOCAL A LA CALLE: EL CASO DE UN CÍRCULO BARRIAL

En nuestro *círculo*, el proceso de constitución del Movimiento Clasista comienza relativamente tarde. Como vimos, los resultados electorales de octubre de 2001 habían desatado un fuerte debate. El *responsable*, con su insistencia en mirar hacia delante, había concluido la última reunión, diciendo:

lo central es construir un partido político revolucionario para tomar el poder, lo cual quiere decir empezarnos a ocupar de cómo vamos a crecer en los barrios, cómo hacer crecer al Movimiento Clasista, cómo ser parte constitutiva de los barrios y no injertos.

Y podemos decir que este mandato cobró forma después del 19 y 20 de diciembre, a través de la participación del partido en la *asamblea barrial*³, por ese entonces convocada por los propios militantes —aunque no públicamente declarados como tales. El 19 y 20 fue para el partido la posibilidad de constituir “movimientos clasistas” en territorios hasta entonces vírgenes. En nuestro caso, desde la *Asamblea Popular de Villa Corrales* se crearon varias *comisiones de trabajo*: *comisión de prensa, de educación, de aborristas, de la memoria, de desocupados*. Como la mayoría de los espacios de protesta abiertos tras el 19 y 20, las asambleas se

³ Uno de los procesos políticos que se abre a partir de los acontecimientos de 19 y 20 de diciembre es la conformación —sobre todo en las principales capitales del país, ciudad de Buenos Aires, Córdoba y Rosario—

transformaron en objeto de disputa entre los partidos *de izquierda*; en nuestro caso, eso se tradujo en una lucha por el dominio de la mayor cantidad posible de *comisiones*. El *círculo* de TAP, por su parte, fue el mayor promotor de la *comisión de desocupados*, y tuvo en ella un papel hegemónico desde sus inicios. Junto a un par de militantes partidarios, la comisión estuvo liderada por un *vecino* desocupado –al que llamaremos Mario- que vivía con otros *compañeros* en una casa tomada a pocas cuadras del lugar de encuentro asambleario⁴.

Según pude saber, Mario tenía por ese entonces una larga trayectoria política; había militado en el PJ y, luego, pasado por otras organizaciones de corte *nacional popular*; ante todo, contaba con una amplia red de relaciones interpersonales dentro del barrio y fuera de él, como así también, entre los funcionarios de la Secretaría de Promoción Social. Era, como muchos militantes dirían después, un auténtico *activista* y, cuando no, un diestro *puntero*.

La *Comisión de desocupados* tuvo su propio espacio de encuentro y acción: la casa tomada por Mario y sus *compañeros* hacía algunos meses atrás. En poco tiempo, el partido se acerca a la casa, promoviendo allí la inauguración de un espacio cultural y educativo, con apoyo escolar gratuito para los chicos del barrio. Paralelamente, en nombre de la *Comisión de Desocupados de la Asamblea Popular de Villa Corrales*, Mario logra, en sus tratativas con la Secretaría del gobierno local, conseguir bolsones de comida y algunos Planes Trabajar. Como era de esperarse, con el primer otorgamiento de planes y bolsones, la *comisión* comienza a crecer, y con ella, lo hace la red de vínculos de Mario dentro del barrio.

Desde los inicios Mario comenzó a participar de varias actividades partidarias, y a funcionar como nexo entre el partido y *la gente*, por ejemplo, vendiendo periódicos partidarios a sus conocidos, y a aquellos que fueran beneficiarios de bolsones de comida.

Si la iniciativa cultural quedará bastante trunca, la relación del partido con “*la casa de Mario*” y “*la gente*” se desarrollará sobre nuevas bases: la formación del *Movimiento Clasista de Villa Corrales*. En poco tiempo el partido convocará a una reunión en el local partidario

de asambleas de vecinos, llamadas *asambleas barriales* o *asambleas populares*. Durante el año 2002, muchas de ellas estuvieron articuladas a través de delegados, constituyéndose asambleas interbarriales, a nivel local y nacional.

⁴ Aún sigue resultándome extraño que la única persona que aparece identificada con nombre propio en esta etnografía no sea ni un militante ni un dirigente, sino un *externo*, y un *externo* tan particular como Mario. Desde otra perspectiva, el hecho no es casual, sino que precisamente expresa la significación y el protagonismo que este personaje, y otros, tuvieron –y aún tienen- en la vida de nuestro *círculo*, imprimiendo con su llegada una multiplicidad de cambios y replanteos en la actividad militante. En la Introducción a esta etnografía señalé que la redacción de este capítulo me había resultado dificultosa en términos de los usos de los datos de campo; aún así, decidí que, si no toda, al menos parte de la historia de la relación del *círculo* con Mario merece ser contada, pues constituye un ejemplo microscópico del *encuentro* entre el *partido* y la *clase*, tan interesante a mi entender, y tan importante para los militantes de TAP.

para “discutir la conformación del MC en Villa Corrales, ya es hora de que Villa Corrales tenga su propio Movimiento clasista”, se dijo. Unos días después, aquella comisión por entonces cuasi independiente de la asamblea barrial, deviene *Movimiento Clasista*.

Este bautismo involucra algunos cambios en la relación entre *la casa de Mario* y su gente por un lado, y el local partidario, por otro. En primer lugar, empieza a realizarse en *la casa* una reunión semanal a cargo de un militante del círculo, quien da un *informe político*, luego del cual, como siempre, se abre la *discusión*; se organiza, también, un taller de cine debate para introducir didácticamente a los *compañeros* en la *cuestión de la lucha de clases*; más tarde, se intentará organizar un curso sobre el Manifiesto Comunista. Paralelamente, la *responsabilidad* de Mario respecto a la prensa partidaria se sistematiza, y aún más lo hace cuando, meses después, es incorporado al partido como militante; por último, dos militantes jóvenes del círculo comienzan a promover la formación de la *Juventud del Movimiento Clasista*, convocando a *reuniones de discusión* y promoviendo actividades propias. El territorio de militancia de Villa Corrales queda entonces clasificado en: *internos, MC, juventud*, y como siempre, los *contactos* y *simpatizantes*.

El MC comienza a participar activamente de la vida partidaria, principalmente en lo que refiere a actividades de *agitación*: marchas, manifestaciones, piquetes, actos partidarios, etc. Como era de esperarse, esta movilización comienza a entablar una asociación particular con el reparto de bolsones y planes, asociación que no deja de incomodar a los militantes más “puristas”. La gente se esfuerza por asistir a las marchas y a las reuniones semanales en *la casa de Mario*, pues sabe que participar es la condición para ser beneficiarios: “*hay gente desocupada pero que se queda en su casa y después pide*”, decía una integrante del MC en una marcha, vanagloriándose de su incondicional concurrencia. El próximo reparto sería, según le habría dicho Mario, para “*los que vinimos hoy*”. Mario, incomodado por la imprudencia de su *compañera*, pareció sentir la obligación de aclarar que: “*nosotros tratamos de darle más a los compañeros que luchan, que se comprometen y participan*”.

No es sólo el MC el que debe participar y adaptarse a la vida partidaria. El círculo desplaza gran parte de su fuerza militante –y de su tiempo– a la vida del Movimiento. Y esto involucra, a su vez, un cambio en el espacio de militancia: el local partidario pierde protagonismo, mientras *la casa* y la calle pasan a ser los lugares donde transcurre la agitada vida política del círculo. Este cambio está íntimamente vinculado con la “*nueva etapa*” que abre el 19 y 20. A partir de entonces, los círculos invierten la mayor parte de su tiempo en actividades públicas: se abren nuevos espacios propicios para visibilizar la militancia partidaria y para *hacer contactos*, como las *asambleas populares* y las *fábricas recuperadas*. Gran

parte de la actividad de los *círculos* territoriales pasa a las calles del barrio, disminuyendo significativamente actividades puertas adentro como las *reuniones abiertas*.

La tensión

“*Qué difícil cuando el partido crece, qué difícil*”, decía, suspirando, una militante del *círculo*, al relatar los conflictos que surgieron tras la *incorporación* de Mario. Aquel *Encuentro*, aunque deseado, no deja de ser dificultoso, y en palabras de otra militante, hasta *doloroso*:

todo esto implica redoblar los esfuerzos, los esfuerzos de discusión para entender lo que pasa. Porque ya no somos ese partido de gente que hubiera parecido que nació trotskista. Es cierto, hasta hace unos años atrás era más cómodo. Todos parecían que habían nacido trotskistas (...) no es que vienen las masas y resulta que ya por iluminación o por ósmosis o por contagio cambian sus tradiciones. No. Hay que hacer una tarea, casi te diría, educativa, muy fuerte (...)

Como todo *interno*, Mario comienza a participar activamente de la vida partidaria, activamente aunque no sin contrariedades. En primer lugar, aparecen situaciones conflictivas en lo que respecta a la cotidianeidad del *círculo*; en palabras de los propios militantes, “*Mario no sabe lo que es la disciplina, no entiende que es importante prever y organizar*”.

Lo que acontecía era, nada más y nada menos, que Mario transgredía aquello que los militantes hallaban autoevidente; por ejemplo, no anotar qué gente llevaba a las actividades del partido —cosa que suele hacerse para tener un control de quiénes van, cuánta gente lleva cada militante, quiénes de los invitados efectivamente concurren “*porque si alguien no viene hay que ver por qué, si hay algún problema político con ese compañero*”. No registrar cuántos periódicos vende, a quiénes los vende dentro del MC, datos que, como todo *interno*, debe comunicar al *responsable de círculo*, como así también, informar con quiénes discute notas de la prensa, con quiénes no, quiénes presentan *diferencias con la línea del partido*, etc.

Además de las actividades cotidianas, Mario inició su *formación política* como concurrente al *curso sobre Teoría Marxista del Estado*, dictado, esta vez, en el local partidario, por el *responsable de círculo*. No faltaron oportunidades para provocar nerviosismos: Mario llegaba a cualquier hora, dormitaba en medio del encuentro, se quejaba cuando no había biscochitos o algo para comer. “*El problema es disciplinarlos, hay que explicarles la necesidad y la importancia de la organización; tienen que incorporar el problema del partido*”, dirá un militante.

Desencuentros similares surgieron respecto a cuestiones financieras. Desde la óptica de los militantes, Mario parece no entender “*que el partido se banca solo, con los aportes de los compañeros, que a nosotros no nos banca nadie*”. *Cotizaba* —si es que lo hacía— a regañadientes y tampoco se entusiasmaba con la idea de pedir colaboraciones a la gente. Sumado a esto, no había oportunidad en donde no pidiera plata a los otros *internos* para sus gastos personales. Los militantes lidiaban permanentemente con la disyuntiva: si no daban a Mario lo que

pedía, él los ponía en evidencia, explicitando la situación económica desigual que los diferencia: él era desocupado, no tenía un peso y ellos, profesionales y ocupados, le negaban dinero para un sándwich de milanesa, algo que Mario “no puede entender”. Si, de lo contrario, atendían a sus exigencias, los militantes también se incomodaban, pues desde su perspectiva rozaban las fronteras de la *demagogia* y el *paternalismo*.

En fin, como lo dijo una *compañera* cuando la euforia de la fundación del MC estaba por allá lejos y hace tiempo:

El MC no es ninguna panacea. Vienen del peronismo, y están formados en el clientelismo, el paternalismo y el personalismo... cosas como “esta es mi gente” o “yo llevo a mi gente si”... Y hay que lidiar con eso. Y de repente te encontrás con tipos que son super combativos pero que son punteros!”.

Disciplinar, reeducar, ahí el desafío. Esas experiencias *desgastantes* a las que se refería nuestra militante no atañían sólo a la “falta” de disciplina. Inmediatamente después de la *incorporación* de Mario, algunos militantes confirman sus sospechas, y aquello que muchos calificaron como *las actitudes y manejos punteriles* del nuevo *compañero*, serán furiosamente denunciadas al *círculo*, y más tarde, a los *comités* locales y centrales. No dejó de provocar inconvenientes —esta vez al interior del partido, entre los *internos* de antaño— cuando la *dirección* se posicionó en defensa de Mario. Mientras un *compañero* abandonará el partido, presentando un *documento* a la *dirección* partidaria, otros confiarán en la capacidad de Mario para *evolucionar* y en su propia capacidad para *hacerlo evolucionar*. Una militante, objetaba la decisión de su viejo *compañero*:

Es obvio que de la cantidad de gente que viene a buscar bolsones la mayoría no va para hacer la revolución ¿Él no quería un partido de masas? Bueno, las masas son esto.

Desde el inicio, como dijimos, Mario funcionó como un mediador entre el partido y *la gente*. No sólo con la venta del periódico; será Mario quien anuncie y pida las colaboraciones para los micros que trasladen a *la gente* a distintos eventos y manifestaciones partidarias; será él quien dé las indicaciones cuando vayan a las marchas. Es Mario quien *los conoce*, quien habla directamente con *ellos*, no sólo por iniciativa propia, sino porque es la tarea que se le fue asignando desde el *círculo*. La comunicación entre Mario y *la gente* es un hecho: “*ahora, yo no sé que tiene este tipo, pero cuando él les habla, todos lo escuchan, todos le hacen caso*”.

En poco tiempo, las implicancias de este vínculo directo y personal entre Mario y *la gente* del MC son advertidas por los militantes. Fueron varias las veces que Mario incumplía acuerdos del *círculo* —modificaba horarios, lugares de encuentro, no respondía a exigencias de los militantes—, muchas veces saliéndose con la suya y exponiendo a la vista de todos la

correlación de fuerzas. Un caso paradigmático fue una oportunidad en que los militantes del *círculo* estaban juntando firmas para los *avales* –necesarios para recuperar la personería jurídica del partido local, perdida en las últimas elecciones- entre los *compañeros* del MC. Una militante se encontró con que la gente se rehusaba a firmar hasta tanto no consultarlo con Mario; “*eso no lo hablamos en nuestra reunión, nosotros no firmamos nada sin hablarlo antes en la reunión con Mario*”, había dicho una integrante del MC.

En definitiva, a esa altura era claro para todos que era Mario quien tenía el poder sobre la gente y el poder de movilizar gente. Y este poder se vio acompañado por la consolidación de *la casa* –en detrimento del local partidario- como centro político del barrio. Ya no es el local, ya no es la calle, sino *la casa de Mario*, el espacio donde se reúne a la gente. En un primer momento, este fenómeno intentó ser revertido por los militantes, imponiendo una nueva denominación a la casa; en lugar de hablar de “la casa de Mario” – como él lo hacía, “mi casa”-, en un intento por “expropiar” y socializar el espacio, comenzaron a llamarla “casa del MC”, o simplemente por el nombre de la calle en donde estaba situada. Si bien el bautismo fue exitoso, ello no acabó con el problema de fondo, la sensación de que “*Mario se cree el dueño de la casa, se cree que porque él la tomó puede hacer ahí lo que quiera*”.

Así, no sólo el poder de convocatoria y movilización de *la gente* se convirtió en objeto de puja entre Mario y el *círculo*, también lo fue el espacio desde el cual esa convocatoria y movilización partirían. Y lidiar y negociar con Mario era asunto obligado, pues ese gran *activista* se había convertido en puente entre el partido y *la gente*, y de algún modo, había concretado la tarea que el *responsable político* había señalado a los militantes casi un año atrás, en el balance de las elecciones legislativas, “dejar de ser injertos en el barrio”.

Por eso, a raíz de la atropellada experiencia con Mario, el *círculo* implementa otra estrategia para la *incorporación* de los nuevos *compañeros*: se forman dos *pre-círculos*, cada uno de ellos a cargo de un militante. Una militante me lo explicaba claramente:

entonces la opción es hacer un pre-círculo donde un militante del partido se reúne con esta gente y empieza a funcionar como círculo, pero no están en el partido. Entonces el pre-círculo es como una forma de entrenamiento, desde cómo se escucha un informe, que es algo que parecen boludeces, pero que la gente no sabe que alguien da un informe, que tiene que esperar que termine, que esto tiene una metodología que no es autoritarismo, que tiene que ver con lo que es el método, con lo que es el centralismo democrático, con lo que es respetar la palabra del compañero (...). El círculo del cual depende ese pre círculo envía a fulano de tal como responsable. Y ese responsable político es el que da el informe, garantiza las actividades, las propone, las discute y empieza a mostrar cómo es la vida del partido.

La formación de los *pre-círculos* –que, esta vez, funcionarían en el local- tuvo por objeto, entre otras cosas, salvar estas distancias. El local como lugar debía volverse

significativo, pues era necesario que *“la gente diferencie lo que es el MC del partido. Porque si no la gente se confunde, mezcla un poco y tiene que saber que el MC es algo aparte y que depende del partido”*.

Si TAP lograba –como en aquellos viejos tiempos de las *reuniones abiertas*- llevar a la gente al local partidario, restaba ahora volver a ingresar a alguien del partido a la cotidianidad de la casa, el espacio del MC. Los errores cometidos iban siendo saldados; mientras tanto, Mario y sus compañeros, continuaban *evolucionando*.

DE LA ORGANIZACIÓN

Los militantes definen a la militancia en el MC como una *tarea organizativa*. Pero, ¿en qué consiste *organizar*? ¿por qué es una tarea tan importante para los militantes? En principio, hemos podido ver que el partido se piensa como una *organización*, entendiendo por ella a un colectivo regido por un conjunto de normas y reglas, valoradas y justificadas positivamente en términos de su eficacia para la acción política. Se presume, en efecto, que ningún movimiento de *agitación* puede llegar a la toma del poder sin una *organización*, esto es, sin un partido. Vale la pena reparar en las palabras de un dirigente que, haciendo un balance del crecimiento partidario a partir de la llamada *rebelión popular del 19 y 20 de diciembre*, dijo:

En un proceso auténticamente revolucionario ingresan a la lucha contingentes de masas tan nuevos que aparece un gigantesco elemento de espontaneidad popular (...) los trabajadores tienen la sensación de que con su mero lanzamiento a la calle, que con su sola participación multitudinaria son capaces de resolver los problemas políticos más intrincados (...) y que por eso no tienen la necesidad de ningún partido político ni de ninguna preparación ni organización previas (...) en todo auténtico movimiento popular ingresan a la lucha una enorme cantidad de ciudadanos cuya escuela social no es la escuela de la organización, al revés, es la escuela de la desorganización.

Los militantes refieren a esta cuestión en términos de *la necesidad del partido* o el *problema del partido*, y vimos que uno de los obstáculos en su relación con los nuevos *compañeros* –Mario por ejemplo- era, precisamente, que ellos *aún* no tienen *incorporado* ese *problema*. Del mismo modo, un dirigente dijo al finalizar un acto partidario que *“hay una condición sin la cual es tremendamente improbable la victoria: tiene que haber un partido político de la clase obrera. Si no hay un partido político de la clase obrera, no hay victorial”*.

Atendiendo a la percepción que los militantes tienen de su accionar en el MC, podemos decir que *organizar* involucra, en primer lugar, introducir disciplina allí donde no la había, y en este sentido, orden, allí donde reinaba el caos. Y lo que es más importante, introducir no cualquier disciplina, sino la disciplina partidaria. Lo sugestivo es que esto supone, desde la mirada nativa, no un cambio en las formas disciplinarias, sino, ante todo,

el pasaje de un estado de ausencia de disciplina a otro en que ella está presente. Organizar es el advenimiento de la norma –por qué no, una suerte de pasaje de la naturaleza a la cultura (Lévi-Strauss, 1993). Y si hay algo que para los militantes caracteriza a la *clase obrera* argentina es la ausencia de tradición y formación en una auténtica *organización*, esto es, en un *partido clasista*. Si, como se reconoce, esas masas provienen del peronismo, éste no es considerado por nuestros militantes como un *partido*, ni mucho menos como un *partido de la clase obrera*. Para TAP, construir *el partido de la clase obrera* es una tarea fundada en la ausencia.

En segundo lugar, *organización* no sólo se opone a ausencia de disciplina, sino también a individualidad: organización equivale a unidad, a acción colectiva, en donde las partes actúan según reglas comunes y ocupan lugares específicos dentro del todo. La *clase organizada* se opone a la clase disgregada, la acción individual y *espontánea* a la acción colectiva y coordinada. En este sentido, *organización* supone, también, centralización, es decir, un colectivo jerarquizado bajo un centro dirigente.

Militar no es sino *estar organizado*, y *organizar* no es sino incorporar al *no organizado* en la *organización*. El engrosamiento de las filas partidarias, en efecto, es tarea y obligación de todo *interno*. La carta orgánica partidaria explicita que es deber de los *círculos de base* “obtener nuevos afiliados”, lo que en términos de la militancia cotidiana es expresado como *hacer contactos*; en todos los *frentes* los militantes se esfuerzan por *hacer contactos*, es decir, futuros y potenciales *internos*. Y la carta explicita cómo hacerlo: “mediante la *exposición pública y el diálogo sobre la problemática regional, nacional e internacional*”, a lo cual nosotros decimos, *discutiendo*.

Si volvemos nuestra mirada sobre las prácticas militantes durante la campaña electoral, diremos, entonces, que ellas están orientadas a la *tarea organizativa*. Al analizar la participación del partido en la contienda electoral dijimos que la *discusión* aparecía como una vía privilegiada para *hacer contactos*. Se presupone que el *externo* puede convencerse de que el partido tiene una interpretación correcta y la más correcta de la realidad, a través de la *discusión*. En ese caso, tras la práctica del *discutir*, operaba toda una teoría nativa sobre cómo funcionan las adscripciones políticas del sujeto no político: el partido busca extender el alcance de su representación sobre el mundo presumiendo que, a través de su *comprensión*, la gente se organizará bajo su ala.

Es innegable que el MC, en tanto que *organización* o “rudimento” de *organización*, va creciendo no sólo en base a la *discusión*, sino a costa de otras prácticas que no dejan de ser problemáticas para los militantes, pues lindan con el *clientelismo* y el *paternalismo*. El hecho de que, como lo dijo una militante, la casa de Mario “se convierta en un depósito de comida”, es

decir, en un mero espacio *asistencialista* y *despolítico*, era un fantasma que rondaba cotidianamente entre los *internos*.

Y de hecho, los militantes siempre distinguieron el frente barrial de lo que ellos llaman trabajo barrial: “*nosotros nos ocupamos de organizar, es decir, tratamos de que se formen en los barrios comisiones de desocupados, de vivienda, cuerpos de delegados y demás. Nuestra tarea es organizativa*”. Tarea organizativa que se diferencia de las dádivas, de la figura del puntero y de los aparatos clientelares propios de los partidos *burgueses*: “*la gente no tiene que venir acá por las galletitas, no tiene que acostumbrarse a que otro venga y le dé algo, sino que tiene que saber que tiene que organizarse para conseguirlo ella misma*”.

En algún sentido, lo político parece situarse por fuera de la materialidad; la política estaría localizada en un dominio particular del ser: la cabeza, el pensamiento⁵. La política parece ser a la no política como el pensamiento al cuerpo. Los movimientos de lucha *despolíticos*, son, para TAP, aquellos basados en intercambios de bienes y servicios, sin la intervención de prácticas como la *discusión*, la *reflexión*, la *lectura* de un periódico, la redacción de un *programa*. Precisamente, el *círculo* sostiene que *política* el espacio del MC, al introducir allí este tipo de prácticas, orientadas al desarrollo de la *comprensión*, al desarrollo del saber.

Organización y *desorganización* constituyen dos estados diferenciados y, además, valorados jerárquicamente, representando el primero una *evolución* en relación al segundo, en lo que respecta a las posibilidades de obtener victorias en el campo político. Sin embargo, entre ellos –esto es, entre lo político y lo social, entre los profesionales del campo político y los profanos (Bourdieu, 2002)- media un estado de liminalidad en el que debemos ubicar, no sólo a los integrantes del MC, sino, también, a los *contactos* y *simpatizantes*. Entre la clase *desorganizada* y la *organización* plena que es el partido, se inserta un universo de posiciones liminales que, se espera, devengan profesionales de la política. En este sentido, una categoría –la de *simpatizante organizado*- resulta sumamente significativa; a diferencia del *simpatizante* “a secas”, el *organizado* es aquel que, sin ser llegar a ser *interno*, participa activamente de la vida militante, comparte ciertas tareas de militancia, compra el periódico asiduamente, puede *cotizar*, e inclusive, *organizar a otros*, esto es, tener sus propios *contactos*. El grado de *organización* de las personas y los grupos se mide en función de la cercanía o lejanía con el partido. Se trata, entonces, de una línea evolutiva desde la ausencia a la presencia, en donde el partido es la expresión más acabada de la *organización*, del *método*, de la *disciplina* y del orden.

En última instancia, el punto de partida de esta línea evolutiva, el 'estadio' de los hoy integrantes del MC, no es sólo la ausencia de partido, de *disciplina* y de *organización*. Se trata, en fin, de la ausencia de *política* misma; ausencia que puede devenir presencia, a través del *contacto* con TAP.

DE LA ORIENTACIÓN

Todas las actividades de *organización* —reuniones, cursos, lectura y discusión del periódico, congresos, plenarios, etc.— involucran, no sólo incorporar al *externo* a un conjunto de prácticas, sino, también, a un conjunto de creencias; vimos algunas de ellas en este breve recorrido: la *cuestión del partido*, la *cuestión de la lucha de clases*, la función del saber, etc. Una categoría nativa íntimamente vinculada a la de *organizar* hace referencia a la dimensión representacional que estoy sugiriendo: la de *orientar*. Trabajadores al Poder se asigna no sólo la tarea de *organizar* a la *clase*, sino, también, de *orientarla*.

En un primer sentido, orientar se halla sujeto a la idea de *programa*: el partido, sostienen los militantes, *marca un norte a la clase*, imprime *una perspectiva* —de carácter *clasista*, es decir, conforme a los *intereses* de la *clase*— a su acción, a través de un conjunto de objetivos y principios, en torno a los cuales los individuos se unen organizadamente. Así, se insiste en que:

Nosotros no somos un aparato, sino la expresión organizada de un programa, un programa revolucionario, un programa revolucionario que tiene 200 años de experiencia de lucha del proletariado mundial contra la clase capitalista (...) Un partido político es un programa; ¿Cuál es la ventaja del partido sobre la clase? El partido es una fuerza histórica. Lo que va a ocurrir es que toda la clase social va a asumir esa conciencia histórica. Negar la necesidad del partido es negar la necesidad de un programa.

Junto al *programa*, se encuentran las *consignas*. La *consigna* orienta la acción pues es orden al *partido*, o a la *clase*, o a ambos. Además de orden, la *consigna* es bandera, pancarta identificatoria del partido. No es casual que las *consignas* se adopten u abandonen según quiénes, dentro del campo político, las levanten o rechacen. La *consigna* es, así, signo y recurso de demarcación; medio a través del cual circunscribir las afinidades políticas y la propia pertenencia, ese nosotros partidario que, como ya lo hemos dicho, se esfuerza incansablemente por *delimitarse*.

⁵ En la Introducción mencionamos que en los años 70 los militantes discutían con el *foquismo*, oponiendo a la mera práctica insurreccional, la necesidad de una auténtica *lucha ideológica*.

Entonces, *orientar* significa, en principio, trabajar para la propagación y difusión de un *programa* y lanzar *consignas* en los movimientos de masas, para que sean adoptadas como guías de acción. No obstante, los militantes consideran que *orientan* a través del periódico partidario, de las *discusiones*, de la publicidad de sus *caracterizaciones*. *Orientar* alberga, entonces, un significado más amplio, pues –siguiendo a Bourdieu– es cierta representación del mundo social –y nosotros agregamos, también del mundo político– aquello que los militantes producen y transmiten en las prácticas rotuladas como *orientación*. El partido *orienta* la acción de otros porque orienta su modo de pensar, interpretar y conocer el mundo. Estar *organizado* es ser parte de TAP, y ser parte de TAP es profesar y compartir ciertos significados acerca del Espacio social, del Espacio Político, y como veremos, del Tiempo.

Y puesto que esa representación, claro está, es vivida como la más fiel a la verdad de las cosas, *orientar* es, una vez más, *clarificar*, confinando el alcance de la creencia y, en su lugar, habilitando el avance de la *conciencia*. “Nosotros impulsamos la formación de las masas. Se trata de una política basada en la clarificación”; *orientar*, en su sentido más acabado, no es sino hacer saber a Otros lo que esos Otros no saben.

A la luz de lo dicho, podemos volver a la pregunta con que comenzamos nuestro recorrido⁶, a saber, el por qué un partido que se proclama *revolucionario* participa del Orden, qué significación tiene para TAP participar del régimen instituido y, específicamente, del sistema electoral. A lo ojos de TAP, convertirse en una *organización de masas*, no a través del aumento de votantes, sino a través del aumento de militantes que compartan prácticas y representaciones comunes, aparece como la condición previa y necesaria para lograr *la toma del poder*. Práctica privilegiada a través de la cual realizar la tarea *organizativa* y *orientadora*, la *discusión* se despliega también en el *frente* electoral. Así, aún cuando en la vivencia concreta muchos militantes experimentan la obtención de buenos resultados como un fin en sí mismo, en teoría la democracia es incorporada al universo partidario como un espacio instrumental en donde es posible llevar a cabo *tareas* igualmente importantes a la *agitación*.

El sistema democrático de partidos, por oposición a un régimen autoritario, constituye para los militantes un régimen político propicio para la *construcción* y el *desarrollo del partido revolucionario*: ni la *organización*, ni la *orientación* podrían tener lugar en condiciones de represión política. En este sentido, el partido opone el momento histórico actual a la experiencia de la dictadura, cuando se hallaba en condiciones de clandestinidad. En

⁶ Ver Capítulo I.

segundo lugar, los militantes conciben al sistema democrático como un *frente de lucha*, en dos sentidos: por un lado, los cargos de gobierno son usados como *tribuna*, es decir, como espacio desde el cual es posible hacer visible al partido y a la verdad misma; por otro, como lo dijo una militante, los momentos electorales “*son una instancia privilegiada de discusión política. Gente que por ahí no se interesa para nada ahí sí se engancha, y bueno puede empezar a escuchar otras cosas que por ahí habitualmente no escucha*”; las elecciones abren una suerte de “*tiempo de la política*” (Palmeira, 1996; Palmeira & Heredia, 1995) en donde es viable *hacer contactos*⁷.

Aquella teoría nativa sobre el comportamiento político del mundo social que hemos esbozado puede, por tanto, extenderse al caso de la militancia partidaria en el MC. En ambos casos, la representación nativa del agente social se basa en una serie de atributos que el partido posee y que aquél —en términos restringidos, la *clase*— carece. A través de la *orientación* partidaria, la clase atraviesa un pasaje desde la ausencia-de *comprensión, conciencia, verdad*, hacia otro en donde esos atributos, progresivamente, van haciendo su aparición y desarrollándose.

Pudimos ver que el saber-la-realidad se adquiere y *evoluciona* a través del *discutir*. Hasta aquí la trascendencia de la acción del partido nos recuerda a aquella *communitas* apocalíptica de V. Turner (1988), según la cual la subversión de lo existente estaría dada por la intervención de algunos “*iluminados*”. Y sin embargo, debemos incorporar ahora una nueva dimensión a partir de la cual el saber *evoluciona*, me refiero a *la experiencia*.

En oportunidad de un acto partidario, un dirigente atribuyó la parcialidad de la movilización de las masas obreras del país a “*confusiones y errores*” que serían superados “*a través de la experiencia y la reflexión*”. Si hasta aquí pensamos al *comprender* como un estado que se adquiere a través de ejercicios intelectuales, ahora se agrega a ello la vivencia histórica como fuerza evolutiva del desarrollo. “*Nada ni nadie reemplaza la experiencia de las masas*”, afirmaba un militante; “*el partido debe acompañar esa experiencia, clarificando*”.

“*A través del análisis político, el revolucionario tiene que echar luz sobre la creación de las masas*”; en el pasado los trabajadores votaban por sus verdugos; si ahora no lo harían es porque, como se dijo, “*La vida demostró que eran los verdugos*”. La *experiencia* ha involucrado un avance del saber, y el partido debe convertir la experiencia bruta en experiencia pensada y comprendida. Si es cierto que “*al cabo de una cierta experiencia, los trabajadores llegan a la*

⁷ C. Lefort (1970) señala tres objetivos -manifiestos y coexistentes- que persigue todo partido político: 1) el “*estrictamente político*”, es decir, ejercer el poder o ejercer presión sobre él; 2) el de “*socialización*”: unificar y organizar de modo permanente una porción de la población; 3) el objetivo “*ideológico*”: propagar una teoría, un programa o un conjunto de principios de acción. Aquí podemos decir que, en el caso de TAP, el primero —*la toma del poder*— se encuentra mediado por los dos últimos: sólo contando con una *organización* y una *orientación* rigurosa el campo obrero llegará al poder y podrá instalar un *gobierno de trabajadores*.

conclusión de que los procesos electorales no deciden nada y que se reducen a funcionar como pantallas que ocultan el verdadero mecanismo del poder”, también es cierto que el partido “debe colaborar en el camino hacia esa conclusión, orientando”, instando a la reflexión.

En suma, la *clase* desenvuelve su accionar político, y despliega su esencia, en virtud de un inter-juego entre *experiencia* en la *lucha* y *reflexión* sobre la *lucha*, arribando, en este proceso, “a conclusiones cada vez más profundas”. La historia, pensada en términos de una sucesión de ensayos y errores que, luego de repetidas derrotas, *prepara* a la *clase* para la victoria final. La *experiencia* permite a la *clase* *darse cuenta*, *superar las confusiones*. Los ayer peronistas y hoy integrantes del MC han *evolucionado*, han superado las *confusiones*. A los ojos de la militancia, fue la *experiencia* del menemismo, y luego, del aliancismo, aquello que posibilitó un *levantamiento* como el del 19 y 20 de diciembre; pero fue también la *reflexión* impartida por Trabajadores al Poder aquello que posibilitó el advenimiento de la *rebelión popular*.

Ese accionar *conciente* —es decir, reflexivo y proyectado— por el cual los hechos del 19 y 20 merecieron designarse *rebelión popular*, no fue, según TAP, un mero producto de las vivencias de la *clase*. Los militantes nunca dejaron de subrayar que la *rebelión* estuvo *orientada* de manera clave por una *consigna* —*Fuera De la Rúa-Cavallo*— que se venía levantando hacia casi un año. Como se dijo, la *rebelión popular* y su *consigna* central —*Que se vayan todos*— demostraba que “TAP, con sus análisis, participó de manera revolucionaria en el proceso político”. Demostraba, por último, que TAP, levantando una *consigna* un año antes de los acontecimientos, está siempre un paso adelante, indicando *el norte*, *marcando el rumbo político*.

Es por eso mismo que en el último congreso partidario uno de los dirigentes explicaba que el notable crecimiento del partido —expresado en el aumento de la cantidad de delegados congresales— “no es la consecuencia automática del desarrollo de los acontecimientos revolucionarios”:

Que esto haya ocurrido es en cierto modo natural. De qué otro modo podría ser en una situación de características revolucionarias (pero, este crecimiento) también es producto de un trabajo preparatorio (...)

casi con seguridad TAP ha sido el único partido político que se preparó sistemáticamente a través de su acción y sus caracterizaciones para la intervención en esta rebelión popular y en el proceso abierto por ella.

Por lo tanto, el crecimiento no es sólo la consecuencia de un despertar político de las masas y del desarrollo de nuevas oportunidades políticas. Es también el resultado y la consecuencia de una acción conciente de la vanguardia política de la clase obrera de Argentina.

ORGANIZACIÓN Y ORIENTACIÓN Ó EL CONFLICTO ORDENADO.

TAP, en tanto que *partido revolucionario*, inscribe su militancia en lo que hemos llamado política como Conflicto, pues la democracia, a pesar de su valor instrumental, crea ficciones. Como vimos, las fuerzas *obreras*, aún participando de dicho sistema, apelan a espacios y prácticas orientados, precisamente, a desenmascarar los mecanismos de poder y a radicalizar el conflicto social. Y así, lo “verdaderamente” político parece situarse por fuera de lo institucionalmente establecido, espacio único a través del cual subvertir el orden. Recordemos aquel “*Por TAP el 14, por la huelga general desde el 15*”; recordemos, también, las palabras del *responsable de círculo*, quien luego de los resultados electorales, rememoraba a sus militantes que TAP no era un partido del orden, sino “*un partido agitador que radicaliza la lucha en función de sus caracterizaciones*”.

Y de hecho, hasta aquí hemos hablado de *agitar* sin detenernos en su significado. Bajo esta categoría el partido agrupa un conjunto de prácticas cuyo primer denominador común es su carácter público: manifestaciones, marchas, piquetes, actos, actividades en las calles, todas ellas *actividades de agitación*. En segundo lugar, todas ellas suelen asociarse con la idea de *acción directa*, de *poner el cuerpo*. *Agitar* involucra, las más de las veces, la ocupación y apropiación de espacios tanto públicos como privados, dentro del marco de la legalidad como fuera de él. Generalmente, la *agitación* implica exponer a la militancia a situaciones potencialmente riesgosas, y es atributo del buen *revolucionario* ser un diestro *agitador*. La *agitación* —como la *organización* y la *orientación*— es tanto una categoría que clasifica y rotula ciertas prácticas militantes, como una *tarea* que el partido se propone: un partido *realmente revolucionario* es aquel que *pone el cuerpo* allí cuando es necesario hacerlo. Y este es otro de los atributos que para los militantes separa a su partido de la *izquierda democratizante*, luego de la *rebelión popular* del 19 y 20, por ejemplo, el partido no dejó de subrayar el hecho de haber sido la única columna que estuvo en la primera línea de los enfrentamientos con la fuerza represiva.

Diría, sin embargo, que no sólo se *agita* con el cuerpo. Se *agita* con ciertas *consignas*, aquellas que instan e instigan a *poner el cuerpo*. Se *agita* con el periódico partidario, instrumento que semana a semana, a través de sus informes sobre diversos acontecimientos y prácticas de *lucha*, visibiliza y expone el conflicto social.

Mi idea es que a través de la noción de *agitación* el partido se ve a sí mismo como un vehículo catalizador de antagonismos sociales recónditos, y enmascarados por la *burguesía* y su sistema político; se trata de prácticas de *lucha* orientadas a activar y exponer

públicamente un conflicto siempre latente; para ellos, no se trata de crearlo, como de hacerlo visible, exponerlo a los ojos de todos, desafiando al pretendido orden *burgués*, pretendiendo convulsionarlo.

Pero, precisamente, aquello que hemos visto hasta ahora es que TAP no se define sólo como un partido *agitador* del conflicto. Se define, también, como un *organizador* y *orientador* de la clase. Un *responsable de círculo* me explicaba:

de repente hay gente que no entiende la necesidad de una organización que se reúna todas la semanas, que elabore planes... Para ellos el partido es más que nada ir a una marcha, por ahí levantar un cartel, es salir a pegar un afiche...

en realidad hay que tratar de lograr que se entiendan también los componentes internos. No por una política internista, sino por la idea de que un partido es mucho más que una exteriorización.

Así como la *experiencia* necesita de la *reflexión*, al parecer, el *poner el cuerpo* necesita del pensar. Una vez más, es el pensar lo que convierte a la *lucha* en *lucha* auténticamente *política*. Si *agitar* supone desordenar el pretendido orden *burgués*, lo cierto es que la tarea misma de desordenar no consiste en un caos. El *agitar* transcurre en un orden: primero, claro está, porque TAP es parte del Orden instituido, organismo inserto en el dominio de la estructura, que, como tal, debe acatar su normativa, y también, respetar límites; segundo, además de desenvolverse en un Orden, la *agitación* genera su propio orden. Si es cierto que lo verdaderamente político es aquello que transcurre por fuera del orden instituido y tiende a subvertirlo, también es cierto que la *agitación* por sí sola no constituye para TAP una acción propiamente política. Sin *orientación* ni *organización* no hay práctica auténticamente *política*, ni mucho menos *revolucionaria*. El acontecimiento, *espontáneo* por naturaleza, debe estructurarse en pensamientos y representaciones.

Esa doble dimensión de lo político no es meramente una idea, es un conjunto de prácticas, o es, en todo caso, una idea que se practica. Algo vimos al repasar la militancia de TAP en el MC; cabe agregar ahora que, para los militantes, el MC no sólo se distingue del *clientelismo del trabajo barrial*; se distingue, ante todo, de aquellas corrientes piqueteras que, aún siendo sumamente *combativas* y diestras *agitadoras*, no cuentan con un *programa* ni una *reflexión* sobre su accionar, es decir, carecen de una *organización* con real *contenido político*.

También a la luz de estas ideas puedo interpretar la costumbre de que las *actividades* de *agitación* estén precedidas por otras, que bien podríamos llamar de *organización* y *orientación*; es el caso, por ejemplo, de las reuniones que suelen convocarse en los locales partidarios antes de asistir a marchas y manifestaciones; esas reuniones no constituyen sólo un lugar de encuentro, sino que allí tiene lugar una *discusión*, abierta por un *informe* alusivo a las circunstancias de la actividad. Por último, el periódico partidario es un claro exponente

de cómo el *poner el cuerpo* y el pensar van de la mano en la estrategia militante. La prensa es herramienta de *agitación* ya que expone el conflicto y la *lucha*, precisamente a través de sus notas sobre los conflictos y las *luchas*. Pero, además, instancia clave en la producción de representaciones sobre lo real, todo periódico de TAP cuenta con editoriales y *análisis políticos* —generalmente a cargo de los miembros de la dirección partidaria— en donde el partido expone sus *caracterizaciones* y *pronósticos*. Se trata, esta vez, de escritos de tipo argumentativo, que, antes que informar y comunicar, *clarifican, desenmascaran, orientan*.

Por tanto, podemos decir que si bien el TAP reivindica el papel del acontecimiento como fuerza para subvertir el orden —reivindicación propia de lo que hemos llamado política como Conflicto—, apunta, al mismo tiempo, a estructurarlo, atribuyéndose las tareas de *organización, orientación* y también, *dirección*—de la *clase*. La *agitación* es acontecimiento que debe enmarcarse en algún tipo de estructura, desorden del orden que debe, no obstante, ser ordenado, a través de experiencias, de ideas y, no menos importante, de cierto lenguaje, el lenguaje de la *lucha*. El partido, en su militancia cotidiana con el MC, difunde un saber que incluye su propio lenguaje: la forma correcta de nombrar las cosas. En cada evento partidario, los profanos aprenden e incorporan el lenguaje de la *lucha*, se apropian de términos como *caracterización, pronóstico* y *conciencia*, entonan cantos partidarios, y también, la letra del himno de la Internacional.

En última instancia, *organizar* y *orientar* no es sino incorporar a los profanos a un orden instituido de teorías y prácticas que es el partido, el cual, a su vez, para reproducirse, produce ciertas representaciones acerca de sí mismo, de su naturaleza y de su necesidad histórica. *Agitación, organización* y *orientación*, tareas ordenadas que transcurren en el orden establecido, pero al servicio de su derrumbe.

III. LA CONSTRUCCIÓN DE LO POLÍTICO

En este apartado nos trasladaremos a un ámbito de militancia bien diferente, los actos partidarios; ante todo, porque el acto constituye una suerte de momento extraordinario de la vida política, al reunir, en un mismo espacio y tiempo, a toda la fuerza militante de un territorio determinado. Mientras que la cotidianeidad de la vida partidaria transcurre en una fragmentación pautada de unidades organizativas que se comunican entre sí a través de mediadores, los actos tienen, por el contrario, la particularidad de convocar en una misma interacción a esas distintas unidades y, también, a los distintos niveles jerárquicos del partido. Por un lado, congregan a todos y cada uno de los *frentes de militancia* (sindical, barrial, estudiantil); por otro, congregan a toda la estructura piramidal del partido, desde la militancia de base, pasando por los *comités* intermedios, hasta llegar al *comité* local y central.

Si bien los congresos ordinarios, al aglutinar a todos los niveles de la militancia —y en este caso a escala nacional—, también rompen con la fragmentación centralizada propia de la cotidianeidad partidaria, y también producen similares efectos de “efervescencia colectiva” durkheimiana, lo cierto es que los actos presentan un carácter de extraordinariedad específico¹.

Pues el congreso, en tanto autoridad suprema del partido, suele realizarse con intervalos de tiempo pautados y estables, y ser convocado por la *dirección* con un tiempo importante de anticipación. Existe, además, una instancia preparatoria del congreso —la etapa *precongresal*— en donde los diferentes niveles partidarios *discuten* a través de *documentos*, *boletines* y *minutas* que circulan de un lado a otro. El *Congreso* constituye, así, un acontecimiento ordinario y previsto por la militancia. El acto aparece, al contrario, como un hecho sorpresivo e impredecible. La convocatoria a los actos se caracteriza por su inmediatez y por cierto halo de “misterio”: en general, no se sabe —o al menos no se dice— aquello de lo cual el acto va a tratar; en ellos suelen hablar los máximos dirigentes del partido, quienes concluyen con algún tipo de anuncio a la militancia —*caracterizaciones* y *consignas* de acción— hasta entonces desconocido por todos. Además, mientras que al

¹ Cuando comencé a trabajar sobre los actos y a escribir los apuntes que más tarde darían origen a este capítulo, mi prejuicio hacia los usos y abusos de la noción de ritual me llevó a colocar un paréntesis a esta categoría. Sin duda, varias de las formulaciones de autores como Turner (1980) en este caso resultarían operativas —en el capítulo sólo mencionaré un par de cuestiones—, pero aún así, he decidido conservar mi paréntesis, al menos hasta tanto no explore con cierta profundidad la teoría antropológica del ritual.

congreso asisten exclusivamente los congresales –*delegados*– a los actos concurre toda la militancia y, también, aquellas categorías que hemos señalado como liminales: *contactos*, *simpatizantes* y *fracciones partidarias*.

Por último, otra característica fundamental de los actos es que constituyen una de las pocas prácticas en donde no interviene *la discusión* como pauta de interacción. Al contrario, el acto se estructura en base a un conjunto de oradores que interpelan a un público oyente, cuya única respuesta son bombos, cantos y aplausos.

En este apartado quisiera analizar tres actos partidarios –que tuve oportunidad de presenciar durante mi trabajo– en tanto que prácticas de producción y comunicación de ciertos mensajes y significados que dicen algo sobre algo (Geertz, 1987; Leach, 1978). Mi objetivo será responder, al menos parcialmente, a la pregunta de qué es aquello que en los actos se dijo a los militantes o, más específicamente, qué fue aquello que los militantes se dijeron a sí mismos través de los actos; en suma, y en términos de Geertz, es parte de “lo dicho” por los actos aquello que intentaremos rescatar e inscribir.

‘PRIMER ACTO’: HEMOS ADVERTIDO LAS CONTRADICCIONES DE UN SISTEMA QUE ESTÁ EN SU ESTADO TERMINAL

Faltando tres meses para acabar el año 2000, “*Esto no va más ¡Actuemos!*” era la *consigna* que convocaba a las *regionales* de provincia y ciudad de Buenos Aires al “*Gran Acto Popular*” de Trabajadores al Poder. La *consigna* fue titular del periódico partidario de esa semana y encabezado de los volantes repartidos por los militantes; fue pintada en diversas banderas y, por último, presidió el escenario sobre el que hablarían los oradores.

Su realización había sido comunicada a los militantes de base una semana atrás, en *reuniones de círculo* y *reuniones abiertas*. En que la yo participé², la convocatoria al acto fue presentada como una *decisión del partido*, en función de la *caracterización* sobre la situación política nacional de aquel entonces. El argumento expuesto por el *responsable de círculo* en su *informe de situación política* –basado, a su vez, en un artículo del periódico de esa semana– podría resumirse de este modo:

Caracterización del presente	Caracterización de sus consecuencias futuras (pronóstico)	Evidencias y pruebas que confirman el pronóstico	Consecuencia para la acción partidaria (tarea del partido)
Una <i>profunda crisis política</i> (colapsada por el escándalo de presuntas coimas en el senado nacional) y una <i>crisis económica</i> del sistema capitalista local. La <i>burguesía</i> no tiene capacidad de dar una <i>salida</i> .	Irrupción de las masas <i>en un momento no muy lejano; intervención del movimiento obrero.</i>	Piquetes, Movimientos de Desocupados, Movilizaciones de trabajadores, paros y huelgas sucesivas.	<i>El partido debe pasar a la acción: debe intervenir, y por eso este acto preparatorio.</i>

El acto fue definido ante todo, como una *acción preparatoria*, en función del *pronóstico* de que las masas *intervendrían*, tal como se dijo, “*en un momento no muy lejano*”, en la escena política y pública, como consecuencia de una *crisis* político-económica, cuya particularidad se subrayó una y otra vez: “*estamos ante una situación de estancamiento frente a la cual la patronal no encuentra una salida, y este es el elemento que diferencia a esta crisis de otras crisis políticas que ha habido*”.

Y dado que ya hay evidencias de una cercana irrupción del movimiento obrero:

el partido tiene que ser parte de esta irrupción, debe pasar a la acción; esta es la razón del acto, necesitamos una instancia de preparación de nuestra intervención. Se trata de un acto preparatorio para una intervención política (...) La situación política no da para más y el partido se prepara para la acción.

El “pasar a la acción” fue algo permanentemente subrayado por el *responsable*. Además, se resaltó la importancia del acto como oportunidad para que *la gente* supiera que TAP *es un partido actuante*. El acto debía ser una demostración al *movimiento obrero* de que el partido *interviene en la lucha de clases*, puesto que, como lo dijo el *responsable* “*eso queda en la conciencia, queda en la conciencia de los trabajadores; TAP fue el único que hizo paro activo en la marcha del 9, y alguna gente del barrio reconoce que somos el único partido que interviene políticamente en el barrio*”.

Así, la estrategia militante de la semana anterior al acto estará avocada a hacer realidad la aspiración de llevar a cabo un *gran acto popular*, y se centrará en publicitar y convocar al evento a “*aquellos trabajadores conscientes de la crisis, al menos de forma parcial*”, es decir, a los *simpatizantes* y *contactos* del partido. Tarea que tuvo sus dificultades, principalmente por la cercanía del evento. En la reunión, un militante advirtió sobre el problema y agregó que, además, ni siquiera el periódico de esa semana anunciaba la realización del acto, con lo cual el trabajo sería aún más dificultoso. Ya he dicho que la

² No se trata esta vez del *círculo* de Villa Corrales.

convocatoria a los actos suele ser inesperada; el *responsable*, de hecho, respondió al militante que la cercanía se debía, precisamente, a que la decisión de la convocatoria se había tomado, repentinamente y de manera urgente, tan sólo un día atrás.

En aquella reunión, el *responsable de círculo* había abierto su *informe político* con estas palabras: “*Es evidente que la crisis del Senado no se cierra; por el contrario, avanza a pasos agigantados*”. Una semana después, uno de los primeros oradores del *gran acto popular*, señalará, una y otra vez, que “*A la misma hora y el mismo día que nuestro partido convoca un acto, el gobierno asiste a su crisis más profunda*”.

El entonces vicepresidente de la nación –electo ocho meses atrás– renunciaba a su cargo a raíz del escándalo de corrupción en el Senado nacional, vinculado a la sanción de la llamada ley de flexibilización laboral. Esta “coincidencia” –es decir, el hecho de que en un momento de gran escándalo político TAP convocara a un acto bajo la consigna de *Esto no va más, Actuemos*– será permanentemente acentuada a lo largo del evento y, de algún modo, veremos que le otorgará su especificidad.

El acto se realizó en una especie de mini estadio, con gradas en el primer piso y sillas dispuestas en la planta baja, mirando hacia un escenario. Los presentes se ubicaron en estos dos sectores: los de capital, abajo, y los de provincia en las tarimas de arriba. Allí estaba, también, la *fracción* de la juventud –a la que llamaré *Juventud Clasista*, (JC)– con sus bombos y redoblantes, encabezando las canciones y las ovaciones. Como en todos los actos, cada *círculo* organizó el transporte de sus militantes, *contactos* y *simpatizantes*; se contrataron micros por zona y se fue recogiendo a la gente de las distintas unidades. Al llegar, cada grupo, bajo su propia bandera que indica lugar de procedencia, se acomodaba en sitios asignados. Mientras tanto, otros militantes pululaban cumpliendo con diversas tareas: organización, recolección de colaboraciones, venta de periódicos y libros, cubrimiento fotográfico y filmico del acto, etc.

A la gran bandera que presidía el escenario –*Esto no va más, Actuemos*– la acompañaban otras, ubicadas sobre las paredes laterales: “*La clase obrera debe construir su propio partido*”; “*Solo los trabajadores pueden dar una salida a la crisis*”. Desde el escenario, dos presentadores –militantes del partido– serán los encargados de profetir las palabras de apertura, leer las adhesiones, divulgar convocatorias a marchas, manifestaciones, movilizaciones, reuniones, plenarios, etc; y por último, leer declaraciones y manifestaciones

partidarias en relación a hechos políticos diversos. Estos discursos —que no siguen el orden presentado, sino que se intercalan entre los de los oradores— son acompañados por cantos y bombos desde las tribunas, estableciéndose así un “diálogo” permanente entre el escenario y las plateas.

Así dieron la bienvenida a los concurrentes los presentadores de este acto:

Esto no va más dice Trabajadores al Poder en la convocatoria de este gran acto popular!
los que dicen esto no va más, son los desocupados de San Fernando
dicen esto no va más los empleados de La Prensa
dicen esto no va más, los piqueteros
dicen esto no va más los camioneros de Entre Ríos...
dicen esto no va más los chacareros...
dice esto no va más el pueblo de Santa Cruz
Esto no va más, actuemos!!!

A través de estas palabras irrumpe, inmediatamente, un universo de *luchadores* que, a lo largo de todo el territorio nacional, afirma junto a TAP, que *esto no va más*. *Luchadores* que con sus prácticas, constituyen la Evidencia de que *esto no va más*, y confirman pues la validez y certeza de la *caracterización* partidaria. De algún modo, este universo de *compañeros* fue corporizándose en los oradores, a medida que el acto transcurría: por un lado hablaron *compañeros internos*, militantes sindicales y barriales; por otro, una diversidad de *externos* fue convocada para relatar allí sus experiencias de *lucha* (piquetes, movilizaciones, huelgas), y para manifestar su adhesión a la *consigna* de *Actuemos!*. Todos ellos, luego de cada intervención, fueron ovacionados. En una categoría aparte deben situarse los discursos de los dirigentes partidarios, que tuvieron otro cariz. No refirieron a experiencias de *lucha* particulares —ni mucho menos personales; sus palabras asumieron allí la voz del partido y estuvieron destinadas a exponer el *análisis* y la *caracterización* partidaria de la situación política de ese entonces.

Las adhesiones leídas por los presentadores son comunicados de personas y grupos políticos no pertenecientes al partido, que declaran públicamente su apoyo al acto. Su lectura tiene efectos muy particulares, pues construye al acto como evento conectado con un exterior, un exterior muchas veces lejano, y de algún modo, materializa esa conexión en personas y colectivos que, sin estar ahí y sin tampoco formar parte de la estructura partidaria, están con *nosotros*. Resulta significativo el hecho de que las adhesiones no sean leídas todas juntas, unas detrás de las otras; cuando se presentan, muchas veces se señala que se trata de “*una adhesión que acaba de llegar*”, de modo tal que la percepción, desde el auditorio, es que las *adhesiones* van apareciendo en el momento, que han sido producidas o escritas en un presente inmediato, y que, por tanto, sus autores están conectados en simultaneidad con el acto.

En una categoría aparte cabe mencionar las cartas de aquellos que suelen ser los más aplaudidos –aún cuando no sean del partido y pertenezcan a otras *organizaciones*: me refiero a los *compañeros presos en la lucha*, quienes se mancomunan con el quehacer militante partidario, del mismo modo en que el partido se declara férreo *luchador* por su liberación, cuando no la proclama como su *bandera*.

Este universo nacional de *obreros luchadores* –de *compañeros*– que trasciende las divisiones y diferencias político partidarias, trasciende además, en el marco del acto, las fronteras nacionales. En palabras de los presentadores, junto a los luchadores argentinos están los luchadores bolivianos y, luego, palestinos, con quienes el partido se mancomuna. Las novedades *de último momento* sobre la situación boliviana llegan al acto a través de la lectura de una carta enviada desde La Paz, por un militante del partido que se encontraba allí, representando a la organización en una reunión por la refundación de la IV Internacional. El levantamiento campesino en Bolivia, se dijo, tenía lugar *en el mismo momento* en que los militantes revolucionarios realizaban allí su encuentro pan-nacional. Una militante me explicaría con orgullo:

Algunos compañeros nuestros fueron a Bolivia, porque el partido caracterizó que Bolivia estaba en ebullición. Y ahora, tres meses después, cuando los compañeros están allí organizando las jornadas por la IV, se produce un levantamiento y una movilización campesina.

Los luchadores palestinos contra el *imperialismo yanquie* hacen acto de presencia a través de las palabras de la presentadora: “*repudiamos la masacre sionista del pueblo palestino*”, grita, señalando luego el “*fracaso de los planes de paz impulsados por Clinton y el imperialismo en Medio Oriente... Viva el levantamiento nacional palestino!*”. Estos comunicados tienen su cierre en un llamado a la *refundación de la IV Internacional*, mensaje que, desde las plateas de la JC, es contestado con efusivos cantos y bombos.

El orador a cargo del cierre del acto fue un dirigente partidario, quien dio el discurso más extenso y ovacionado. A través de él se transmitió aquello que había guiado el *informe* de nuestro *responsable de círculo* una semana atrás, es decir, la *caracterización* partidaria acerca de la *crisis* de aquel entonces. La intervención del dirigente comienza con la lectura de una *adhesión* que, según aclaró, no se había leído antes porque acababa de llegar. Pertenece a un compañero del interior del país detenido en una de las *luchas* contra el *gobierno burgués*. De ella el dirigente extrae y lee a su auditorio, efusivamente, la siguiente frase: “*esto no va a cambiar por la renuncia de alguno de ellos; esto va a cambiar por la movilización de los trabajadores y el pueblo!*”. Y concluye, comenzando así su propio discurso:

Es que lo que pretenden con las detenciones es atemorizarnos! Hay 2000 compañeros obreros procesados y amenazados de ir en cana en un país en donde Santibañez paga coimas para terminar con la ley fundamental de los trabajadores, en donde Flamarique, ministro de trabajo, impulsa ese acto delictivo y en donde el mismo presidente es cómplice! Chacho Alvarez se indigna por el gabinete y no por la prisión de (nombre del compañero preso)

O sea, que esta gente tiene una indignación a medida! Esta doble moral distingue a los partidos burgueses y a los patronos, que se indignan sólo cuando les tocan el bolsillo!

A través de estas palabras, a aquel universo de *luchadores* se le opone un Otro radical, ese enemigo político y social *burgués*. Y ese nosotros *obrero* y este otro *burgués*, serán pensados en función y en relación a la *crisis*. Aquello que ante todo caracteriza a los Otros políticos *burgueses*, es su fracaso y su incapacidad para revertir la situación de *crisis*: Una dirigente partidaria dirá en su discurso durante el acto, que este gobierno no es capaz de “contener el crecimiento de la desocupación, de la deuda, del entreguismo... Chacho Alvarez lleva a cabo un simple intento de huir de este fracaso...”. El gobierno *burgués* aparece como responsable de la *crisis* político-económica del país, incapaz de resolverla y, lo que es más importante, incapaz de advertir su verdadera naturaleza:

Estos políticos antiobreros, miserables, patronales, derechistas, tienen la idea de que la crisis la manejan ellos. Ni sospechan que la crisis es la expresión de un sistema que se cae. Si uno les dice esto, se te cagan de risa en la cara. Ellos dicen que es un problema de transparencia! (...) Esta es una crisis del capitalismo! Esta es una crisis que ha desatado fuerzas poderosas!

Si la dirigente inauguró su discurso diciendo que “Estamos ante una crisis del conjunto de un régimen social y no ante una crisis meramente institucional como ellos creen”, el último orador del acto cerrará diciendo que los políticos *burgueses*:

ven la crisis como una crisis institucional cuando se trata de una crisis profunda ... discuten el problema pero discuten la cosmética del problema (...) Esta crisis profunda ha penetrado a fondo en los partidos burgueses y no entienden que no la pueden manejar.

Los partidos *obreros* y, más concretamente, Trabajadores al Poder, advierten, en cambio, la verdadera naturaleza de la coyuntura: tras el aparente escándalo de corrupción descansa una *crisis* estructural, algo que el partido puede ver en virtud de su permanente ejercicio de *análisis* de la realidad. Hemos mencionado al principio que la “coincidencia” del día del acto con la renuncia del vicepresidente fue explotada política y simbólicamente. De hecho, uno de los elementos más recurrentes en los discursos de los dirigentes fue subrayar que TAP había *pronosticado* esa *crisis* hace mucho tiempo atrás. La renuncia del vicepresidente funciona ahora como prueba y confirmación del *pronóstico*:

Tenia razón Trabajadores al Poder! Iban a fracasar! Vimos, y vimos lejos. Esto es un acierto político producto de una madurez política. Hemos demostrado ser más realistas y haber visto más lejos que lo demás... haber advertido las contradicciones de un sistema que está en su estado terminal!

Del mismo modo, otro orador señaló que nadie podía negar la importancia y la significación de que:

el Acto convocado por TAP tenga lugar el mismo día del momento más álgido del país: la renuncia del vicepresidente y los cambios en el gabinete introducidos por De la Rúa. Pero esta coincidencia (se basa en que) nuestro partido ya había caracterizado la perspectiva de la crisis (...) ya había visto hace un mes que esta crisis iba a hacer sucumbir a muchos (...)

Para los militantes, aquella aparente "coincidencia", no era sino una simultaneidad producto de la visión perspicaz de un partido que *analiza* incesantemente la realidad:

Ha llegado esta profunda crisis política justamente el día en que TAP dice Esto no va más! Y ustedes dirán, uy, pero qué pasa, nuestro partido tiene la bola de cristal. Y claro que no tenemos la bola de cristal: lo que pasa es que no somos ingenios! Detrás de nuestras caracterizaciones hay una gran madurez política!

Más tarde, el mismo orador agregó:

Fíjense que hacemos un acto que dice Esto no va mas y esto no va más. Pero que coincidencia! Fíjense que hablamos de la situación en Bolivia, mandamos a compañeros que van a preparar una semana de propaganda y agitación por las charlas acerca de la IV Internacional y esa misma semana, esa misma semana, se produce en el país un impresionante levantamiento campesino! Nosotros habíamos hecho ya esa caracterización de la irrupción de las masas bolivianas!

A diferencia de sus Otros políticos, TAP tiene la capacidad de ver, advertir y acertar; de ello se deduce, en el marco de los discursos, que tiene también, la capacidad de resolver la crisis que esos Otros han desatado. Por eso es necesario, concluye el dirigente, "expandir nuestras caracterizaciones (...) para que hagan su camino en la ('cabeza' o 'cabecita') de los millones de explotados argentinos", como así también, intervenir en la escena política: "Nosotros tenemos que intervenir, que dar una salida a la crisis! Indicando a los trabajadores que es necesario y que deben intervenir! (...) Nosotros tenemos que intervenir para decir a los obreros que intervengan!"

Así, el *Actuemos!* al que convoca este acto no es sólo una capacidad, es también un deber. Porque la incapacidad de la *burguesía* para dar una salida genuina a la crisis, aparece, inmediatamente, como una *oportunidad* para TAP:

Trabajadores al Poder llama a todas las fuerzas militantes y simpatizantes porque esto puede derrumbarse de un momento a otro, y necesitamos de un movimiento para estar preparados! Tenemos una gran oportunidad de avance, de conciencia y de organización!

En función de esta idea de *oportunidad*, dada por la profundidad de la crisis, por la incapacidad del campo *burgués* para resolverla y por la potencial irrupción de las masas —tal como lo señaló el responsable de círculo, "en un momento no muy lejano"—, la consigna de *Actuemos!* cobra todo su sentido. Ahora bien, ¿en qué consiste ese *actuar*? Y antes de esto, ¿quiénes deben *actuar*?

En el marco del acto, el mandato parece estar destinado a un Nosotros *obrero* inclusivo, y también, a un Nosotros *partidario* exclusivo. Por un lado, todo el acto

interpela, con deberes y atribuciones históricas, a *la clase obrera*; llama a la *clase* a *actuar*, a través de una serie de *consignas*, proferidas en los discursos, escritas en grandes banderas y carteles: *los trabajadores deben organizarse; los trabajadores deben construir su propio partido; sólo los trabajadores pueden dar salida a la crisis, sólo los trabajadores y el pueblo pueden iniciar un cambio; sólo los trabajadores pueden enfrentar al imperialismo*. Por otro lado, los mismos discursos interpelan, también, a la militancia partidaria: *intervenir en la lucha de clases; brindar una salida a los trabajadores; organizar a los trabajadores; intervenir indicando a los trabajadores que deben intervenir; intervenir para que el trabajador encuentre esa salida*; serán algunas de las tareas asignadas, a lo largo del acto, a ese Nosotros exclusivo que es el partido.

El acto despliega un conjunto de deberes históricos para ambos colectivos —*clase* y *partido*— cuyas fronteras, aún apareciendo, se desdibujan una y otra vez. Los trabajadores tienen el deber de *organizarse*, y los militantes de TAP —en tanto *representantes orgullosos de la vanguardia obrera que lucha*— tienen el deber de impulsar esa *organización* y, aún más, ser esa *organización*. Los trabajadores deben y pueden dar una salida a la *crisis*; es TAP quien tiene un *programa de salida* y quien puede *indicar* a los trabajadores cuál es esa salida.

Sin embargo, las palabras de los dirigentes explicaron, de algún modo, qué significaba la consigna de *Actuemos*. El último de ellos fue el más explícito al respecto:

Esta consigna es un salgamos a ganar la calle, y si se entiende bien, ganaremos mucho compañeros! El camino de salida depende de que los trabajadores ganen la calle!

TAP tendría que empezar mañana mismo, organizando cada barrio, convocando en cada barrio, formando comités (...) Siempre hemos postulado la profundidad de esta crisis! Este fue el pronóstico! Y por eso dijimos que el partido debe profundizar su actuación y por eso llamamos a un acto público!

Palabras que nos recuerdan a aquel “*pasar a la acción*” con que insistía el *responsable de círculo*, palabras que nos recuerdan a las prácticas de *agitación*. Una vez más, la *acción* está íntimamente vinculada con la idea de lo público; el acto se presenta tanto como un *práctica preparatoria* para “*pasar a la acción*”, como un inicio de ese “*pasar a la acción*”, a través de un evento militante masivo y público. Masivo, porque el acto es referido en términos de *gran acto popular*, en donde se congregan *compañeros internos* y *externos*. A través de esta instancia TAP se propiamente, interactuar con un “*exterior*” y convocar la participación e inserción de nuevos *compañeros*, tal como lo dijo el *responsable en la reunión de círculo*. Y público, no sólo porque el acto fue publicitado para convocar al mundo extrapartidario, sino porque se presentaba, tal como lo dijo el *responsable*, como una instancia de *expresión* e

información, es decir, una instancia en donde ciertos significados, mensajes y el partido en cuanto tal, serían conocidos³.

Resulta interesante que el término acción haya sido acompañado por el 'pasar a', como si aquello que el partido había venido haciendo hasta el momento no fuera un auténtico o efectivo accionar político. La consigna de *Actuemos!* fue especificada en términos de *salir a la calle, ganar la calle, ir a los barrios*. La *oportunidad* llamaba a los militantes a desempeñar tareas públicas y visibles, de las cuales el acto no era sino el comienzo.

'SEGUNDO ACTO': NADIE NOS VA A HACER PERDER ESTE MOMENTO POLÍTICO

Casi un año después, Trabajadores al Poder convoca a la militancia al acto de lanzamiento de su campaña electoral para los comicios legislativos nacionales⁴. Como ya lo señalamos, el partido se presentó a la contienda en un *frente* conformado junto a otras fuerzas políticas, de modo tal que este acto presentará la particularidad de contar no sólo con compañeros *externos*, sino, ante todo, con militantes pertenecientes a otros partidos políticos. Ello se vio expresado en los oradores —esta vez candidatos, representantes de cada *organización*— y en los cantos —que ya no serán los partidarios, sino aquellos con letras más genéricas, alusivas a *la izquierda, al socialismo, la clase obrera*.

Asimismo, una diferencia sustancial que separa a este acto de su antecesor es que no se trata, esta vez, de una convocatoria impredecible. Al contrario, el acto de campaña se acomoda a un tiempo político sistémico, dictado por el calendario electoral; este acto está plenamente inserto en aquello que hemos denominado política como Orden, y no sólo por el momento en que se realiza, sino porque su llamado a la acción consiste, no en *ganar la calle*, sino en obtener votos. La estrategia militante y las tareas que aquí se asignan estarán destinadas a cumplimentar un mandato sistémico que es condición necesaria para seguir jugando el juego electoral. A pesar de estas diferencias primordiales, veremos, sin embargo, que nuestros actos tienen algunos elementos comunes significativos.

Al igual que el año anterior, para este acto, cada *círculo* organizó los micros que llevarían a "su gente", es decir, *contactos y simpatizantes*. Pero ahora, en el caso de algunos

³ Señalé al principio como una característica de los actos la de estar rodeados por cierto 'halo de misterio'. No se sabe *qué*, pero se sabe que en ellos *algo* va a ser comunicado; y que esa comunicación —como la decisión misma de convocar a un acto— estará en manos de un grupo minoritario, la *dirección*. De algún modo, entiendo que es atributo de los actos el revelar eso desconocido para la mayoría, hacer visible lo que estaba oculto, y público lo que permanecía en el terreno de lo privado.

⁴ Se trata de los comicios trabajados en el Capítulo I, de modo que algunos datos etnográficos resultarán familiares al lector.

círculos barriales, esa gente estará embanderada bajo el nombre de *Movimiento Clasista*, llevando muchos de sus integrantes una gorra con la denominación escrita en el frente. En efecto, algo que llamó mi atención al llegar al predio en donde se realizaría el evento —esta vez la carpa de circo de un popular club de fútbol— fue la presencia de lo que los militantes de TAP parecían considerar *clase obrera* con todas las letras. Familias enteras con hijos, mujeres embarazadas, todos ellos bebiendo y comiendo de la vianda que cargaban desde sus casas. Un militante, terriblemente emocionado, decía a sus compañeros: “*Esto es muy popular chicos, ven? La gente con sus hijos, las familias... es fantástico, TAP tiene que ser un partido popular*”. Al parecer, aquella expresión de *gran acto popular* con la que se convocaba el año anterior, recién ahora comenzaba a tomar concreción⁵.

Junto a la nueva concurrencia —*popular*— el acto de lanzamiento de campaña —como así también, las notas del periódico de ese entonces— se caracterizó por la irrupción de un lenguaje piquetero en la retórica partidaria. Lo *piquetero* (ahora personificación de *la clase obrera luchadora y combativa*) había pasado a tomar un papel discursivo protagónico, y si bien la noción de *clase obrera* no había desaparecido, lo cierto es que siempre se encontraba acompañada de su par *piquetero*; dentro del campo de la *izquierda*, la clasificación en *izquierda revolucionaria* e *izquierda democratizante* comenzó a ser referida en términos de *partidos piqueteros* y *partidos antipiqueteros*; se dijo que el frente electoral conformado era un frente *obrero, socialista y piquetero*; en el periódico partidario de esa semana se publicó que TAP había “*cambiado de composición social*” y que ahora sus columnas eran *piqueteras*. Irónicamente, aquel militante excitado por la concurrencia dijo a sus *compañeros* de *círculo*: “*acá la consigna es que cuando aparece la palabra piquete y sus derivados hay que aplaudir y ovacionar*”.

Para este acto, en la carpa de circo fue montado un precario escenario desde donde hablaron los candidatos y, antes, presentaron sus números diversos artistas. A diferencia el acto anterior, donde unas guitarras criollas entonaban temas tradicionales de folklore mientras la gente se acomodaba, en esta oportunidad los números artísticos tuvieron su espacio propio: cada uno fue anunciado por los presentadores, y no sólo hubo guitarras

⁵ En el capítulo anterior hemos hablado de la conformación de la corriente piquetera de TAP, a la que llamamos *Movimiento Clasista*. Al momento de realizarse este acto, su constitución en Buenos Aires es incipiente y precaria; aún así, para mí, que con este acto reanudaba mi trabajo de campo, interrumpido por algunos meses, la presencia de estos nuevos *compañeros* resultó evidente, pues contrastaba claramente con el perfil de clase media, escolarizada y profesional que caracteriza al militante de TAP. Si bien sé que la estimación de este perfil precisaría de algún estudio cuantitativo que la sustente —y carezco de ese tipo de dato—, desde mi minúscula experiencia etnográfica puedo decir que, al menos en ciudad de Buenos Aires, el perfil social del militante es mayoritariamente escolarizado y profesionalizado.

sino también, algunos números de payasos, magos, y al final, la presentación de una cantante de tango.

Como lo señalé, en este acto los únicos oradores fueron los candidatos. Pero, aunque no hubo discursos de delegados sindicales, piqueteros u otros *compañeros en lucha*, lo cierto es que estos personajes estuvieron presentes a través de las adhesiones, como así también, a través de la lectura de cartas personales, principalmente de piqueteros presos. Nuevamente, por intermedio de estos discursos, el acto quedaba inscripto como una de las tantas prácticas de *lucha* que estaba batiendo el universo de *obreros* —y *piqueteros*— a nivel nacional. Pero, principalmente, aquello que los presentadores y los oradores enfatizaron en sus discursos, fue el universo de *compañeros* constituido a raíz del frente electoral. Así, un candidato partidario abre su discurso diciendo:

No solamente quiero reiterar el saludo a (nombre de los partidos del frente), y a los compañeros del Movimiento Clasista, sino decirles, además, que desde Trabajadores al Poder nos sentimos orgullosos de compartir todos juntos esta lucha común.

Una vez más, como toda acción militante, el acto estuvo basado —y comunicó— una *caracterización* y una *consigna* específicas. Tal como fue expresado por uno de los candidatos, la *consigna* de campaña no era sino la *conclusión* a la que había llegado la *Asamblea Nacional Piquetera*, conclusión que, “sin saberlo”, expresaba “el histórico lema de *expropiar a los expropiadores, oprimir a los opresores*”. Los *partidos obreros* tomaban, entonces, como bandera de la lucha electoral, una *consigna* producida por los *compañeros piqueteros*.

La *caracterización* que dio apertura al período de campaña se refirió al *carácter excepcional* de esas elecciones. *Excepcionalidad* en dos sentidos que fueron comunicados formal y públicamente en el acto por los discursos de los candidatos partidarios. Primero, una *situación económica excepcional*: un candidato partidario dijo que se trataba de *una elección única y excepcional*, no por las listas o el frente conformado, sino por el contexto socio económico, a saber, *la segunda bancarrota del país*. La primer bancarrota nacional, señaló, había sido en 1890, y había dado origen a la huelga como forma de protesta, y a los primeros partidos y sindicatos socialistas; la segunda —el momento actual— “*ha parido al movimiento piquetero*”. La *excepcionalidad* residía, entonces, tanto en un “*derrumbe de las bases económicas*” del sistema capitalista local —*el colapso del régimen es inminente*, se dijo—, como en el surgimiento de formas de protesta potencialmente transformadoras.

Segundo, una *situación política excepcional*, que fue señalada por otro candidato partidario:

A nadie se le escapa la excepcionalidad del momento político que vivimos y, en particular, del momento político que viven nuestras masas trabajadoras. Estas masas trabajadoras y hasta el

electorado en general no quieren saber más nada con el justicialismo, con el radicalismo y con la alianza

Hoy los trabajadores no quieren, como en el pasado, votar por sus verdugos; hoy los trabajadores no saben por quién votar, pero ya no quieren hacerlo por los verdugos.

La *excepcionalidad* consistía, entonces, en que a diferencia del pasado, los trabajadores no votarían por los partidos *burgueses*. Sumado a ello, el candidato advirtió sobre la *izquierdización* generalizada del escenario electoral —en alguna nota del periódico había ironizado “*ahora todos son izquierdistas*”. Finalmente, un último componente de la *situación política excepcional* era, tal como lo dijo, que el *movimiento piquetero* asistía entonces a un crecimiento y una *evolución* extraordinarios, de modo tal que —concluyó el candidato— esta no era ya una lucha política de resistencia, una lucha contra la corriente, sino que se trataba de *otra etapa* en donde TAP formaba parte de un vasto movimiento popular.

Como siempre, la *caracterización* partidaria incluye pautas de acción. En el acto anterior los discursos interpelaban tanto a los militantes como a un nosotros *obrero* que trascendía los límites partidarios. La consigna *Actuemos!* involucraba al *partido* y a la *clase*. Esta vez, probablemente por tratarse de un acto de campaña electoral, las tareas y los deberes comunicados en el acto estuvieron dirigidos a la militancia, es decir, al ala propiamente política de los *luchadores obreros*. En virtud de la coyuntura *excepcional*, uno de los candidatos partidarios dijo a la militancia que la campaña debía ser encarada no sólo de forma enérgica, sino, ante todo, “*furiosa*”; “*nosotros nos vamos a romper el alma para que vengan con TAP*”. Y estos deberes fueron especificados en tareas concretas, a saber, “*Hay que decirle a la gente quién es quién*”.

He vinculado la tarea de *clarificar* a dos teorías nativas sobre el comportamiento político, una de las cuales refería a la naturaleza del Otro político *burgués*, quien actúa confundiendo y ocultando⁶. Sin embargo, debemos señalar aquí que la lucha simbólica por la representación —*clarificación*— del campo político no es privativa del momento electoral. Al contrario, en las *caracterizaciones* partidarias, señalar o, en términos nativos, *denunciar*, el comportamiento y la “verdadera” identidad de los Otros políticos, ocupa siempre un papel fundamental. Y la función de *clarificar* y *esclarecer* el escenario político resulta mucho más imperiosa cuando se trata de una coyuntura de *excepcionalidad*. La *excepcionalidad*, abre paso, una vez más, a la idea de *oportunidad* y, junto a ella, a la de *amenaza*: como se dijo, hay que “*abrirle los ojos a los compañeros y mostrarles la nueva situación, la nueva oportunidad*”; “*¿vamos a dejar que Carrió o Farinello se lleven nuestros votos piqueteros? ¿vamos a dejar que Duhalde se lleve los votos obreros y piqueteros?*”

La amenaza es constitutiva de la *excepcionalidad*, y es esa *excepcionalidad* aquello que instiga la acción *clarificadora*. Este acto comunicó que la tarea de *clarificar* es más que nunca apremiante; dobleguemos esfuerzos, pues de lo contrario, los esfuerzos del enemigo pueden hacernos *perder este momento político*.

'TERCER ACTO': EL PROCESO DE DERRUMBE CAPITALISTA Y DE REBELIÓN POPULAR SE EXTIENDE

Aquello que fue señalado como particular de este nuevo acto –realizado, una vez más, casi un año después de su predecesor– es que habría un único orador. Así fue anunciado por los militantes a sus *contactos*, por volantes y por la infinidad de afiches pegados en la ciudad: “*Gran Acto de Trabajadores al Poder. Habla* (nombre de un importante dirigente partidario)”. De modo tal que a la ansiedad propia de –esta vez sí– “repentina” convocatoria, se sumó la incógnita de *qué* sería aquello que un único orador iría a comunicar a la militancia.

No obstante, en el acto, antes de la intervención del líder, los presentadores profieren, una vez más, palabras de apertura, adhesiones, declaraciones y comunicados a los concurrentes. Éstos últimos estarán conformados por: a) la militancia partidaria –*internos*; b) el MC, ahora de una magnitud y de una significación partidaria infinitamente mayor que en sus inicios, lo cual se evidencia, entre otras cosas, por el hecho de que es este el único de los tres actos en donde, al momento de entonar las estrofas de la *Internacional*, se reparten impresos con la letra; c) la *Juventud Clasista* d) *simpatizantes* y *contactos*. Además de las banderas identificatorias de cada tipo de organización, había en el estadio carteles colgados a lo largo de las tribunas y sobre las paredes: *Fuera Duhalde y el FMI; Por un nuevo Argentinazo*⁷; *Que se vayan todos; Ni ALCA ni MERCOSUR, Unidad Socialista de América Latina*.

Al igual que en los otros dos actos, las palabras de apertura con que comienza este último inscriben al evento en un universo de sujetos y prácticas que lo engloba. Aquí, los presentadores comienzan dando la bienvenida a los *compañeros*, señalando que:

Este acto no es sólo este acto! Son otros tantos actos en el interior del país, es el afiche empapelando las calles y avenidas de nuestro barrio, es el volante que repartimos en los lugares de trabajo!

⁶ Ver Capítulo I.

⁷ Fue esta la denominación que diversos partidos y movimientos de *izquierda* adoptaron para referirse a los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Emerge, entonces, ya no un frente electoral, sino la comunidad partidaria que se extiende por todo el territorio nacional y se piensa mancomunada en un mismo conjunto de prácticas –los actos y su divulgación–, distantes en el espacio, pero simultáneas en el tiempo; distancia que se encoge cuando lo experimentado como aislado e individual deviene fenómeno conectado y colectivo. Pero estas palabras trascienden también los límites partidarios, puesto que a través de los volantes repartidos por los barrios y los carteles pegados por las calles, se presume que allí, parte de la concurrencia es extrapartidaria, y si no es así, al menos que los no concurrentes están al tanto de la realización del acto. Nuevamente el acto es, ante todo, instancia pública y publicitada.

Uno de los presentadores prosigue con entusiasmo:

Allí están los cacerolazos y los piquetes en la vecina orilla, allí están los indicios de que Brasil puede transitar la misma senda. Allí está la constatación de que la lucha frente a la catástrofe capitalista es ya internacionall

Entonces, la situación de *crisis* política, económica y social por la que atraviesa nuestro país –que constituye el contexto histórico nuevamente *excepcional* al que el acto referirá– trasciende, además, las fronteras nacionales. No sólo el acto es ejemplar de una totalidad partidaria, sino que la situación nacional también es *expresión* y ejemplar, en este caso, de *la bancarrota internacional del capitalismo*. Tal como se repetirá a lo largo del acto, y como se encargará de subrayarlo el dirigente en su discurso, la *crisis* argentina aparenta particularidad y carácter local, cuando, en realidad, se trata de una mínima parte dentro de un todo, una *crisis mundial del capitalismo*.

Por otro lado, si desde el primer acto hemos visto que a través de la lectura de adhesiones, el partido aparece mancomunado con otros sujetos y colectivos, este último acto apela a un nuevo recurso que construye ese universo de *luchadores*: a saber, el anuncio de la presencia de personajes políticos o sociales destacados, de *compañeros*, que aún no perteneciendo al partido, están allí, en su acto, junto a sus militantes. Los más ovacionados fueron aquellos que habían sido protagonistas y víctimas de la represión policial en el corte del Puente Pueyrredón –Avellaneda– el pasado 26 de junio. Estaba, también, la hermana de uno de los *caídos*, a quien el dirigente mencionó al comenzar su discurso:

Un saludo que admito doloroso a la hermana de Maximiliano Kostequi, y el recuerdo para Maximiliano Kostequi y para el compañero Santillán, a los que les prometemos que su sangre será nuestra bandera.

Estas palabras, como así también el anuncio de la presencia de otros *luchadores* protagonistas de aquel piquete, fueron ovacionadas y seguidas de efusivos cantos:

A los pibes del puente los vamo 'a vengar, a los pibes del puente los vamo 'a vengar, con piquete y la huelga general...

Y dale alegría a mi corazón, la sangre de los caídos es rebelión, ya vas a ver, las balas que vos tiraste van a volver. Y sí señor, vamo'a vengar a los pibes de Pueyrredón.

La universalidad de la *lucha* se refuerza en la lectura de declaraciones, cuando los presentadores van enumerando distintas acciones y movimientos, finalizando con la frase de “*Con ellos estamos!*”. Con ellos estamos y ellos están con nosotros. El universo de los *compañeros* abarca también a nuestros vecinos latinoamericanos, y así, esta comunidad nacional e internacional, cuya notable heterogeneidad es inmediatamente invisibilizada en la categoría de *luchadores obreros*, se opone, por fin y nuevamente, a un enemigo común también generalizado: los gobiernos y las *burguesías* locales, el Estado y la *burguesía* nacional, el Estado norteamericano, el FMI.

No sólo la “*antesala*” de este acto —o diría de los actos— coloca lo particular en el seno de una generalidad, sino que las ansiadas palabras del dirigente y único orador seguirán la misma marcha. Su discurso comienza enviando “*un saludo a todos ustedes de parte de los militantes y organizaciones de Trabajadores al Poder de todo el país*”, haciendo referencia, nuevamente, a la comunidad nacional que es el partido. Luego, continúa mencionando, una por una y enérgicamente, todas las organizaciones, dirigentes y movimientos de *lucha* extrapartidarios a los que desde allí envía un fraternal saludo; y saluda, por último, “*al movimiento piquetero que ha puesto de pie a toda la Argentina*”. Prosigue trascendiendo las fronteras nacionales: “*la Argentina no sólo contagia sino que se transformará en una epidemia*”; y haciendo alusión a las *crisis* de nuestros vecinos latinoamericanos⁸, presenta la evidencia del *pronóstico*:

Bienvenidos uruguayos, bienvenidos brasileños, bienvenidos peruanos, bienvenidos venezolanos, al torrente de la revolución en América latina!!

Basta este solo ejemplo para mostrar la superioridad del programa político de los marxistas, de los internacionalistas y de los socialistas. De qué lado está la ilusión y de qué lado el realismo. De qué lado la fantasía y de qué lado la apreciación exacta de los acontecimientos. Los hechos han dirimido ese problema. Se han equivocado todos los representantes del capital, y nuestros análisis se han revelado justos!

En relación a los anteriores, este último acto contará con una mayor presencia de artistas sobre el escenario; esta vez se trata de músicos, cantantes, bailarines y cineastas congregados en la *fracción* partidaria, recientemente conformada, de *trabajadores y luchadores de la cultura*. El escenario no sólo profiere palabras, sino también, y por sobre todo, imágenes.

⁸ Al momento de realizarse el acto, Uruguay atravesaba un conjunto de protestas sociales, y la inestabilidad económica del Brasil era noticia en todos los medios de comunicación.

De estas presentaciones, la más aclamada para los concurrentes fue la proyección del video realizado por militantes partidarios sobre *El Argentinazo*.

Al anunciar la proyección, el presentador aclaró que las imágenes estarían precedidas por fragmentos correspondientes a un picnic partidario que había tenido lugar, como lo subrayó reiteradas veces, “*tan sólo tres días antes*” de los acontecimientos del 19.

La primera imagen de la proyección comienza con un discurso del dirigente —el mismo que sería único orador de este acto— pronunciado en el cierre de aquel picnic partidario de fin de año:

El pueblo argentino ya ha reaccionado. Cualquiera que conozca la historia de los últimos 20 años, sabe que cuando frente a una crisis de esta naturaleza, se producen las movilizaciones que hay en Neuquén, las tomas de fábrica que hay en Neuquén, las movilizaciones de Córdoba, la ocupación de Telecom, la ocupación de Telefónica, los cacerolazos de la clase media en los barrios, los cortes de ruta de los desocupados... cualquiera que conoce la historia de este país, sabe que el movimiento popular de levantamiento contra este régimen no es una cuestión de futuro, sino que ya ha comenzado en las últimas semanas. Ahora se va a desenvolver más profundamente a partir de la semana que comienza...

Inmediatamente, tras la repetición en off de “*a partir de la semana que comienza*”, aparecen las imágenes de las movilizaciones —*cacerolazos*— de la noche del 19, y de tanto en tanto, nuevas intervenciones de la voz del dirigente. El video prosigue con imágenes del día 20: los manifestantes en Plaza de Mayo y la represión policial. Continúa con un texto escrito sobre la pantalla en negro que informa la renuncia del entonces Presidente de la Nación y finaliza diciendo:

Hoy más que nunca se hace presente la necesidad de organizar la lucha. Que se vayan todos. Asamblea popular constituyente. Prisión perpetua a los asesinos. Por un gobierno de trabajadores.

El auditorio del acto responde eufóricamente, con aplausos, bombos y cantos prolongados. Y nosotros aquí nos preguntamos: ¿por qué es significativo exponer el discurso del dirigente pronunciado tres días antes de *la rebelión popular del 19 y 20 —o el Argentinazo?* Y segundo: ¿por qué abrir un acto partidario con imágenes de un hecho acontecido ocho meses atrás?

Empecemos por lo primero. Un miembro del partido, y no cualquier miembro, sino un importante dirigente, *anuncia* el advenimiento de un *levantamiento popular* tan sólo un par de días antes de que éste acontezca. Tal como lo subrayará en su discurso durante el acto, ese video registra, “*registra a TAP pronosticando que en la semana que se iniciaba, el pueblo argentino produciría una rebelión popular*”. Y el mismo video, *confirma* el *pronóstico*, pues las imágenes constituyen *los hechos* mismos, la *prueba*. El *pronóstico* hecho por el dirigente en su discurso durante el picnic está fundamentado en una serie de hechos presentes (*movilizaciones, tomas*

de fábrica, ocupaciones, cacerolazos, cortes de ruta) que funcionan como indicadores de lo que vendrá y como fundamentos de su anticipación. Y el buen *pronóstico* –es decir, aquel que logra confirmarse en los hechos mismos- evidencia una correcta lectura de la realidad presente. En su discurso proferido durante el acto partidario, el dirigente dirá que “*solamente TAP señaló que el derrumbe económico de Argentina era, por su contenido, una crisis capitalista y mundial*”, mientras que “*profesionales y académicos, graduados en las universidades más caras del mundo, actuaron en función del pronóstico de que la crisis argentina y la rebelión del pueblo argentino era un fenómeno local*”. A estos académicos ilustrados, el dirigente opondrá lo que Turner (1988) llamaría el poder de los débiles: “*un partido de explotados, de analfabetos, de oprimidos*” (...) “*este contraste entre el fracaso intelectual de los capitalistas y la victoria intelectual de los obreros, es una demostración práctica de que es la hora del gobierno obrero y de la dictadura del proletariado*”.

Pasemos un momento a lo segundo, que nos sitúa en el seno del 19 y 20 de diciembre, y su significación para la vida partidaria. En efecto, los acontecimientos de esas jornadas 2001 habían sido categorizados en la prensa partidaria de esa semana, como “*una auténtica rebelión popular*”, producto y expresión de un “*proceso histórico de crisis y descomposición económica*”. En aquel entonces, el término *auténtica rebelión popular* discutía, explícitamente, con otras representaciones sobre lo acontecido, que circulaban principalmente entre los medios masivos (y *burgueses*) de comunicación. En primer lugar, discutía con aquellas que minimizaban el papel de las manifestaciones callejeras, atribuyendo la renuncia del presidente a un complot de elites políticas y, en ese sentido, presentando a los manifestantes como activistas manipulados por esa elite complotada. El periódico partidario opuso a esta interpretación titulares –*El pueblo dice Basta; El pueblo explotado se levanta*- que atribuían la causalidad de la renuncia del ejecutivo nacional al accionar del sujeto *pueblo*. En segundo lugar, también se discutió con aquellas interpretaciones que subrayaban la *espontaneidad de las masas* y de sus movilizaciones. Dado que para TAP lo *espontáneo* significa carente de *reflexión*, sus *caracterizaciones* se dedicaron a señalar el carácter *organizado* de la *rebelión*, en función de una serie de atributos; se dijo que la *rebelión*: a) estuvo “*guiada por un cuadro de ideas y precedida por una reflexión política*”; b) estuvo *orientada* por TAP y las *consignas* que había levantado durante el último año; c) fue el producto de un *proceso histórico de derrumbe* del capitalismo y de *preparación de las masas* argentinas. El *levantamiento* fue presentado como la *culminación* de una *historia de lucha*, cuyo origen fue remontado a un hecho fundacional, acontecido 10 años atrás, el llamado *Santiagueño*. Tal

como lo señaló el periódico, “*Toda la historia de luchas de la última década actuó como escuela preparatoria de la sublevación popular*”.

Pero además, los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre fueron dotados de un carácter de *excepcionalidad* por el cual merecieron el nombre de *rebelión popular* y de *Argentinazo*. Primero, se dijo que era *la primera vez* en la historia argentina que el pueblo echaba a un gobierno electo democráticamente. Segundo, la *excepcionalidad* era también la generalidad del fenómeno, puesto que las fronteras del campo *obrero* se habían extendido, incorporando a la *clase media*: “*Ahora –se dijo- todo el mundo es piquetero*”. Tercero, se trataba de un hecho *excepcional* porque la *rebelión* era *expresión*, no de una *crisis de gobierno* –tal como lo señalaban medios de comunicación y partidos *burgueses*-, sino del *régimen capitalista en la Argentina*. En aquel entonces, todas estas *caracterizaciones* partidarias sobre los hechos fueron minuciosamente construidas y fundamentadas en una lucha contra sus competidoras.

Volvamos entonces a nuestro acto, el cual, ocho meses después de la *rebelión popular*, no hace sino comunicar a los militantes una *caracterización* que incorpora a la coyuntura nuevos elementos de *excepcionalidad*. En primer lugar, si en aquel entonces la *rebelión* no fue expresión de una *crisis de gobierno*, sino de una *crisis* del capitalismo, ahora esa crisis trasciende los límites nacionales y adquiere dimensiones internacionales. Al respecto nuestro dirigente dice:

El punto central de la noche de hoy es en qué lugar nos encontramos 8 meses después de una rebelión popular. El punto de la noche de hoy es comprobar que 8 meses después de la rebelión popular el proceso de derrumbe capitalista y de rebelión popular se extiende a otros países de América latina.

Entonces –y segundo- no sólo es una *crisis económica* lo que se ha generalizado y extendido a nuestros vecinos latinoamericanos; es también la *rebelión popular*. Un tercer elemento de la *caracterización* que prueba la *excepcionalidad* es el *origen de la crisis mundial*:

Y ahora que argentina no sólo contagia sino que es epidemia, clarifiquemos compañeros que el ojo del huracán, el ojo de esta crisis, el ojo de este derrumbe y el ojo de esta bancarrota capitalista no se encuentra en Buenos Aires.

Durante su discurso, el dirigente se detendrá largo tiempo en este punto, señalando que el principio de las *crisis* está situado en el centro neurálgico del capitalismo, Estados Unidos, Nueva York; a través de la exposición de un minucioso conjunto de datos y números económicos, el razonamiento será el siguiente: si el centro de los centros es la fuerza generadora de *crisis*, entonces el capitalismo mismo está acabado, será *incapaz* de sobreponerse.

Ultimo elemento a través del cual el acto dota al momento presente de mayor *excepcionalidad*: “*por primera vez en la historia argentina*” se producen tomas de fábricas que son puestas bajo *gestión y control obreros*. Se trata, dice el dirigente, de “*el embrión de la sociedad que debe parir este hundimiento del régimen capitalista*”.

Una vez más, el carácter *excepcional* de la coyuntura presente se tradujo, inmediatamente, en la noción de *oportunidad* y, aún más, de *necesidad y responsabilidad*. En este caso, se trata del deber de aprovechar la *situación revolucionaria*, esto es, una situación en donde están dadas todas las condiciones para que la *clase obrera* se convierta en *una alternativa de poder*:

Nosotros somos muy concientes de que la historia del país y la historia del momento en general nos ha colocado en una tremenda responsabilidad (...) Nos hemos preparado durante décadas para esta lucha

Así, nuestro acto concluye con una directiva de acción concreta, la de convocar a un “*Congreso de organizaciones piqueteras, asambleas populares, fábricas ocupadas, sindicatos combativos y centros de estudiantes en lucha*”. Dicha *consigna*, aunque vistiendo el escenario, fue sólo mencionada al final del discurso del dirigente como colorario de sus palabras; el llamado a ese congreso respondía a que “*tenemos que desarrollar un poder obrero alternativo*”.

El *Argentinazo* había abierto una *situación revolucionaria*, pero: ¿qué ocurrió ocho meses después? En palabras de la presentadora al comenzar el acto, “*Los cometidos del 19 y 20 de diciembre aún no han sido alcanzados*”. El acto comunica que, a pesar de eso, la *oportunidad* no sólo está vigente, sino que es aún mayor, de modo que la *lucha* y la *intervención partidaria* no sólo constituyen siquiera una elección o una posibilidad, sino un deber de TAP. Vale la pena citar nuevamente al dirigente:

Compañeros, este acto fue convocado en forma extraordinaria y me fue cedida la totalidad del tiempo como orador para reagrupar firmemente las fuerzas de los más consecuentes luchadores de la clase obrera, a los cuales les cabe la responsabilidad de impedir que el progresismo y el izquierdismo embarquen a la clase obrera en un plan mortal para sus intereses

(...) nuestra responsabilidad es impedir que se rife la rebelión popular argentina que se ha gestado durante 10 años y se manifestó el 19 y 20 de diciembre.

La tarea del partido era, entonces, impedir que, una vez más, la fuerza *burguesa* pusiera en peligro la *oportunidad*. En este caso, concretamente a través de la convocatoria a elecciones que, por ese entonces, el gobierno nacional estaba proponiendo para marzo, “*una elección que pretende —y por eso la apoyan todos los sectores de la burguesía— disipar el movimiento de lucha de los trabajadores hacia los canales electorales*”; “*Como si 10 años de lucha piquetera, centenares de*

fábricas ocupadas (...) como si este enorme esfuerzo histórico de la clase obrera argentina se haya hecho para intervenir en una elección trucha en marzo de 2003!"

Ocho meses después de la *rebelión popular*, unas elecciones eran la maniobra del enemigo para paliar la *crisis* y hacer *retroceder* el desarrollo *revolucionario*:

Asistimos a un régimen quebrado. Es en estas condiciones que Duhalde ha convocado a elecciones para marzo (...) Nosotros vamos a defender a muerte la perspectiva de rebelión popular, porque no hay nada en el conjunto del análisis que hemos hecho que nos diga (...) que esta rebelión popular se hubiera agotado y no hubiera más remedio que ir a un batalla electoral trucha. No es cierto! Lo prueba Uruguay, lo prueba Brasil, lo prueban los telefónicos, lo prueba el subte, lo prueba UTA, lo prueban las asambleas populares, lo prueban las fábricas gestionadas!

El acto llama a concretar "un nuevo *argentinazo*", a "echar a Duhalde por medio de la *movilización popular*", "hay que obligarlo a que se vaya", tal como había sido obligado su antecesor. Y a través de sus discursos, imágenes y *pronósticos*, el acto presenta la *prueba*; *prueba* a los presentes que la *oportunidad*, ocho meses después, *todavía* no se ha perdido.

ACERCA DE LO DICHO

Al principio de este capítulo señalé que consideraríamos a los actos como instancias de producción y comunicación de ciertos significados que dicen algo sobre algo. Nada novedoso es que este recorrido concluya señalando algunos elementos que hacen de los actos partidarios un 'decir' que nos remite a algún tipo de 'estructura'. Aquí me centraré en dos de esos elementos: primero, sostendré que en los actos se produce y reproduce una idea específica de espacio, a partir de una universalización de lo particular, esto es, de transformar aquello (aparentemente) local, en fenómeno (realmente) general y universal. Segundo, que todos los actos producen y reproducen una peculiar representación del tiempo, en función de presentar al presente como momento crítico y excepcional y, por lo tanto, oportuno para la acción política.

Sobre el Espacio: La comunidad obrera

En los tres actos los presentadores profieren una serie pautada de discursos – palabras de apertura, lectura de adhesiones y cartas, declaración de apoyo partidario a otros colectivos, convocatorias a manifestaciones, huelgas, reuniones y encuentros, anuncio de la presencia de ciertos personajes sociales y políticos- que suelen inscribir a cada acto en un contexto más amplio, en virtud del cual ciertas significaciones aparecen como siendo compartidas por actores ausentes, distantes en el espacio y a veces en el tiempo. En el

primer acto, no sólo los allí presentes dicen “*Esto no va más*”, sino, también, una multiplicidad de colectivos cuyas prácticas, a lo largo del territorio nacional y fuera de él, están en simultaneidad con el acto, aunándose con él y sus concurrentes. En el segundo, TAP no es sólo TAP, es también todas las fuerzas que, junto a él, conforman un frente electoral mancomunado-con y representante-de un vasto movimiento social y *obrero* de carácter nacional, el *movimiento piquetero*. El último acto no es sólo ese acto, son todos los actos que el partido está llevando a cabo a lo largo del país; la *rebelión* argentina no es sólo argentina, es ahora, la potencial *rebelión* uruguaya y brasilera; la *crisis* argentina no es sólo argentina, es *expresión* de una *crisis* capitalista de carácter internacional.

Lo dicho y hecho en los actos sitúa al presente inmediato y minúsculo –el acto mismo- en un tiempo y un espacio generalizados, de los cuales ese presente localizado no es sino una mínima voz. Y ese micro espacio que es el acto, se construye a sí mismo como “caso” de una totalidad en virtud de generalizarse: generalizar prácticas –incluso el acto mismo-, generalizar significados, generalizar objetivos, generalizar experiencias, generalizar el lenguaje de la lucha. Los actos comunican que “no estamos solos”, sino, como se dijo en el último, que “*con ellos estamos*”, y en este sentido, a través de estos ejercicios de generalización de lo particular, lo que me gustaría llamar comunidad *obrero* es expuesta y manifestada; una comunidad que, gradualmente, va trascendiendo el espacio tangible y concreto de los actos que la construyen.

Si en la militancia durante la campaña electoral, como así también, en la militancia barrial del *círculo* respecto al MC, habíamos advertido una distinción entre el *partido* –político- y la *clase* –social-, en los actos ambos campos se fusionan en las categorías de *luchadores* y *explotados*. Hablamos de comunidad, siguiendo a Weber (1992: 33), para quien la comunidad “se inspira en el sentimiento subjetivo (...) de sus partícipes de constituir un todo”. Aunque Weber asocia ese sentimiento con una acción orientada afectiva o tradicionalmente –y no con arreglo a valores o fines–, aquí me interesa rescatar esa motivación de constituir un todo que, tal como lo señala Weber, es “la contraposición radical de la ‘lucha’” (ibid.: 34). A su vez, siguiendo a Anderson (1993), podemos decir que los actos son condensación de una comunidad imaginada, el mundo *obrero*, o simplemente, los *compañeros*, aquellos que están de nuestro lado.

En este sentido, el acto no es mera instancia comunicativa; es práctica instituyente, de producción de esa comunidad. La creencia en ella es producida y reproducida a través del acto y por el acto mismo: por su concurrencia, por sus banderas, su música, sus imágenes. Cada acto constituye un espacio de intersección entre espacios que en la vida

cotidiana de TAP se hallan disgregados: los distintos *frentes*, los distintos *círculos*, las distintas *fracciones*, los *comités de dirección*, todos ellos, allí reunidos; y cada acto reúne a TAP con los *externos*, con los *compañeros* de otras *organizaciones*, de otras nacionalidades. El acto es hecho que produce hechos, pues esa congregación de colectivos y sujetos condensa y representa – y por tanto instituye– esa comunidad *obrero* potencialmente capaz de abarcar el universo social todo.

Esta comunidad aparece siempre, en el marco de los actos, opuesta a su contraparte *burguesa*, también universalizada. Los actos comunican a sus participantes –‘presentes’ y ‘ausentes’– el hecho de que forman parte de un universo o, más bien, de una porción del universo, la *obrero*, opuesta a otra, la *burguesa*. Y ésta última, sin embargo, dista de poder ser referida en términos de comunidad, puesto que desde la mirada nativa, la particularidad del campo *burgués* es, precisamente, su carácter belicoso y conflictivo: la *burguesía* como clase está atravesada por la *lucha*, por una competencia en función de la cual la supervivencia de unos depende de la aniquilación de otros.

Si el partido construye al campo político relacionadamente, también ahora la referencia al otro *burgués* universalizado es clave para definir ese nosotros *obrero*, cuya diversidad (social, política, partidaria, geográfica, geopolítica, cultural) se esfuma en aquella comunidad, desde el momento en que se enfrenta a un enemigo único y primordial. El espacio de los actos construye y habla acerca de *el* Espacio todo, un espacio escindido en un par de términos contrapuestos y antagónicos. Se trata de un espacio de *lucha*, en función del cual cada polo constituye un campo de fuerzas que atraviesa todas las esferas de la vida: *burguesía/clase obrera*; *prensa burguesa/prensa obrera*; *partidos burgueses/partidos obreros*; *Estado burgués/Estado obrero*. Una escisión de carácter universal, que, aunque puede metamorfosearse y vestir múltiples ropajes, siempre esconde y expresa, en última instancia, la misma esencia: *explotados y explotadores, oprimidos y opresores*.

Nuestros actos construyen y actualizan un conflicto expresado en términos de *lucha*, y de algún modo, las directivas de acción que allí se despliegan, están en referencia a él. Cada acto constituye una interpelación y un llamado a ese nosotros *obrero* a ‘hacer’. En este sentido, digo que los actos no sólo comunican y producen; también movilizan, instigan a la acción. Y que cada uno de ellos llama a un tipo de *intervención* específica, que podríamos clasificar o bien en el marco de la política como Orden o bien en el de la política como Conflicto. El primer acto construye y comunica la *lucha*, de manera cruda y tangible, a través de los *compañeros presos*, presentes allí a través de sus cartas. Y el acto, bajo la consigna de *Actuemos*, llama a una acción *agitadora*, a *salir a la calle, ganar la calle*. Ese acto no era sólo el

comienzo de “pasar a la acción”, era, también y como se dijo, instancia *preparatoria*, el acto *prepara* porque comunica tareas, y ante todo, porque las argumenta, las dota de sentido. Del mismo modo, nuestro último acto llama a una acción *agitadora*, a concretar un nuevo *Argentinazo*, es decir, a concluir la *rebelión popular* que se había iniciado ocho meses atrás. Allí está aún más presente el ataque encarnizado del enemigo *burgués*, con la permanente alusión a los asesinatos de los *compañeros* Kostequi y Santillán, “a los que les prometemos que su sangre será nuestra bandera”. La *lucha* se ha teñido de sangre.

Si estos dos actos llaman a *agitar*, podemos decir que ellos mismos constituyen prácticas de *agitación* situadas en lo que hemos llamado política como Conflicto, desde el momento en que ambos funcionan como instancias para “*reagrupar firmemente las fuerzas de los más consecuentes luchadores de la clase obrera*”, y para accionar o activar formas de expresión y de poder por fuera de los mecanismos institucionalmente establecidos⁹. Nuestro acto de lanzamiento de campaña, en cambio, es bien distinto. No obstante es también un llamado a la acción —esta vez específicamente a la militancia política—, se trata, precisamente, de una acción enmarcada y promovida por el sistema constituido. La tarea a desenvolver —obtener votos— está dada por el sistema mismo. Aún más, hemos visto que el acto mismo es convocado por un tiempo también sistémico, la campaña electoral.

Señalemos un último elemento de la producción de este espacio generalizado y dicotómico. Pues no se trata simplemente de que ese nosotros *obrero* se construya en y a través de su contraparte *burguesa*, sino también que, una vez más, las representaciones sobre lo real que los actos comunican, son construidas en oposición a otras, sus rivales. Y también una vez más, esa lucha simbólica por el espacio social y político es pensada en términos de *clarificación* vs. ocultamiento, *verdad* vs. engaño. Así, por ejemplo, si, como se dijo en el último acto, “*se quiere ocultar el carácter capitalista, de conjunto, internacional, de la crisis*”; la *tarea* del partido es *clarificar*, demostrando que “*allí está la bancarrota de Uruguay y de Brasil*”, que esa *crisis* pretendidamente nacional es mundial; que su verdadero —aunque no aparente— origen está en el corazón del sistema capitalista. O, del mismo modo, si las elecciones son presentadas por el gobierno como una respuesta política a las demandas populares y sociales, el partido debe *clarificar*, demostrando que se trata de “*un plan trucho (...) con el propósito de desviar la rebelión popular*” y que, como lo señalaba un periódico partidario, “*El 2002 será nuestro si no nos dejamos engañar*”.

⁹ Sin embargo, es elocuente cómo, en la práctica, las dos dimensiones de lo político se hallan entrecruzadas. Nuestro último acto, al tiempo que denunciaba las *elecciones truchas*, convocaba a los presentes a firmar los *avales* exigidos por la ley electoral para la re-obtención de la personería jurídica local.

Sin embargo, el objeto de estas luchas simbólicas por lo real que TAP bate contra las fuerzas *burguesas*, no se agota en la representación sobre el Espacio político y social; quiero mostrar ahora que se lucha también, por la representación del tiempo en que esos espacios transcurren.

Sobre el Tiempo ó *Esto puede derrumbarse de un momento a otro*

Hemos podido ver que cada acto construye y argumenta minuciosamente la idea de *crisis*, y junto a ella, la de *excepcionalidad*. El presente *excepcional* al que todos refieren no es sino una *crisis excepcional*: en el primer acto, una *crisis de poder* frente a la cual la *burguesía* se presenta como *incapaz*; en el segundo, la *segunda bancarrota del país* y una *crisis* de los partidos *burgueses* tradicionales, evidenciada por el hecho de que los trabajadores *ya* no quieren votar por sus verdugos; en el último, la extensión, a nuestros vecinos latinoamericanos, de la *bancarrota del capitalismo*, de *rebeliones* y *levantamientos* populares. En los tres casos, la noción de *crisis* está atravesada, una vez más, por una discusión con Otros. En el primero, la (aparente) *crisis* institucional no es sino expresión de una (subyacente) *crisis de poder* tras la cual descansa, a su vez, una *crisis del capitalismo* local; el segundo acto, opone a la idea de *crisis de representatividad*, nuevamente una *crisis de poder* de la *burguesía*; en el último, opone al carácter local de la *crisis* económica argentina, su carácter mundial.

A la *crisis*, entonces, se suma su carácter *excepcional*, y podemos decir que esto tiene efectos políticos sumamente interesantes. Si la creencia en la *crisis* involucra la idea de *oportunidad* para la acción política, o en términos nativos, para la *intervención*, la creencia en la *excepcionalidad* del presente duplica estos efectos. Pero no sólo porque aquello excepcional lo es en relación a lo que ha sido y fue, es decir, en relación al pasado, sino, ante todo, porque la *excepcionalidad* mantiene una particular relación con el tiempo futuro. No sólo involucra un presente extraordinario en relación a lo que fue, sino también, un presente momentáneo en relación a lo que será, pues lo extraordinario es también, efímero y perecedero. La *excepcionalidad* involucra, por tanto, una dimensión temporal por demás significativa que la une, nuevamente, a la noción de *oportunidad*: a las condiciones propicias para la acción propias de la *crisis*, se suma su carácter momentáneo, y por tanto, el deber del militante es *aprovechar* la coyuntura, antes de que ésta desaparezca.

Teniendo en cuenta a quiénes congrega, cuándo, cómo y por qué, dijimos al principio de este capítulo que los actos constituían instancias extraordinarias dentro de la vida partidaria. Esa extraordinariedad se corresponde, pues, con la extraordinariedad del

momento presente que los actos mismos comunican. Los actos son instancias extraordinarias y se convocan de forma extraordinaria porque hablan-sobre y transcurren en lo extraordinario. Mi idea es que el mero hecho de convocar al acto constituye de por sí una clave para el universo partidario, una clave que anticipa, e inaugura una suerte de 'clima de extraordinariedad'; la convocatoria ya es, en sí misma, un hecho significativo que dice algo sobre algo.

La idea de *oportunidad* ha sido subrayada a lo largo de los tres actos. Cada uno de ellos constituye un llamado a la militancia a actuar bajo determinadas *consignas* en función de la *oportunidad*; y cada acto es convocado en virtud de una previa *caracterización* de que se está frente a un momento *excepcional*: "TAP llama a todas las fuerzas militantes y simpatizantes porque esto puede derrumbarse de un momento a otro y necesitamos de un movimiento para estar preparados!", se dijo en el primer acto; "Nadie nos va a hacer perder este momento político", se dijo en el segundo; "Hoy más que nunca se hace presente la necesidad de organizar la lucha", en el último.

Las nociones de *crisis* y de *excepcionalidad*, entonces, no son meros esquemas ideacionales, sino que constituyen fuerzas que movilizan la acción e instigan prácticas concretas. En los actos, de lo *excepcional* se dedujo siempre la posibilidad de llevar a cabo objetivos partidarios, y cada acto no fue sino una convocatoria para hacerlo. Si la *crisis* abre la posibilidad de *intervenir*, la idea de *excepcionalidad* transforma esa posibilidad en *necesidad* y *responsabilidad* que cabe a TAP en tanto partido *revolucionario*. En el primer acto, la *excepcionalidad* imponía al partido el deber de *pasar a la acción*; en el segundo, llevar a cabo una campaña *furiosa*; en el último, concretar un nuevo *Argentinazo*¹⁰.

Si tomamos a los actos en su sucesión temporal, puede verse que cada uno de ellos incorpora y acrecienta los elementos de *excepcionalidad*. Resulta interesante que estos nuevos elementos sean contruidos, precisamente, en base a nuevas operaciones de universalización del espacio local; en el último caso, por ejemplo, universalización tanto de la *crisis* como de los *levantamientos* populares.

¹⁰Turner (1980) argumenta que una de las propiedades de los símbolos que operan en el ritual es la de efectuar un intercambio entre lo emotivo y lo normativo. Uno de los movimientos de ese intercambio – transformar lo obligatorio en deseable, hacer de la norma y el deber algo placentero– está en la base de la eficacia ritual, porque es movilizando el deseo como el ritual moviliza las acciones de los hombres y los grupos hacia cierta dirección; se trata, en definitiva, de una forma, sutil y poderosa, a través de la cual lo social ejerce su control. En nuestros actos, pareciera como si esa eficacia, aquella fuerza que moviliza a los hombres a actuar de determinada manera, no se extrajese de la movilización del deseo, de lo que Turner llama "función oréctica" (ibid: 60), sino precisamente del movimiento opuesto, aquel que hace de lo deseable algo obligatorio y necesario, de lo deseado, un deber normativo.

Así, aquellas operaciones de universalización y generalización de las que hemos hablado, no sólo construyen un espacio, sino también un tiempo. Nuestros actos descansan sobre dos dimensiones que, a simple vista, pueden parecernos paradójicas: si por un lado se esfuerzan en construir la generalidad del tiempo y del espacio, simultáneamente no hacen sino subrayar —a través de la noción de *excepcionalidad*— la particularidad y especificidad de los mismos. El presente evidencia una particularidad que lo diferencia de lo que ha sido y de lo que será, y esa particularidad se construye, precisamente, a partir de la generalidad en que ese presente —espacial y temporal— se inscribe. Al parecer, es este ejercicio aquello que resulta sumamente operativo al momento de producir y reproducir la creencia-en, como así también, instigar y movilizar ciertas acciones políticas: lo particular requiere de lo universal para engrandecerse y afirmarse; lo universal requiere de lo particular para hacer de la posibilidad, *necesidad* y *responsabilidad*; puesto que, —como dijo un *compañero preso por luchar*— *ese Día viene llegando*.

IV. ESPACIO Y SABER

La militancia durante las elecciones, el trabajo político de un *círculo* barrial en relación al Movimiento Clasista, y los actos partidarios, constituyen para nosotros tres contextos en donde ciertas especificidades de la militancia son puestas en juego. Contextos que involucran espacios particulares que nos permiten, a su vez, reconstruir algunos criterios a partir de los cuales el Espacio político y social es clasificado, representado y vivido por los militantes de TAP. Intentaré reflexionar sobre algunos elementos de esta representación que, a mi entender, estructura y otorga sentido a un conjunto importante de prácticas militantes.

Podemos comenzar señalando que en los espacios de militancia hasta ahora presentados, TAP se construye y se relaciona con distintos Otros, en base a una diferenciación primordial entre campo político —de *los partidos*— y campo social —de *las clases*. Mientras que en la situación electoral y en la militancia barrial esos campos se hallan discriminados, en los actos el partido se representa un mundo bipolar en donde cada polo incluye a los actores políticos y sociales; la comunidad *obrero* internacionalizada engloba a la *clase* y al *partido*.

En la contienda electoral TAP batía una lucha con sus Otros políticos, lucha que consistía en un combate simbólico por la representación y clasificación misma del campo político; una lucha, en suma, por el poder simbólico de hacer ver y hacer creer que ciertas apreciaciones de lo real son más verdaderas que otras; finalmente, una lucha extremadamente necesaria, pues, de acuerdo a las teorías nativas de la naturaleza del comportamiento político, es el saber/no saber (la verdad) aquello que define las decisiones políticas de los electores. En aquella oportunidad, como en otras, TAP debía demostrar, primero, que tras la aparente diversidad del campo político se esconden tan sólo dos identidades, la *burguesa* y la *obrero*, la *Derecha* y la *Izquierda*. Y, segundo, que dentro de la polaridad *Izquierda*, la *izquierda revolucionaria* (IR) debía diferenciarse y ser diferenciada respecto a la *izquierda democratizante* (ID).

Aún cuando la diferenciación entre TAP y *el resto de la izquierda* coloque a los militantes frente al problema de la reprochada *unidad de la izquierda*, tal diferenciación es sistemáticamente practicada. Tan importante es que, como vimos, en las reuniones de balance electoral algunos militantes atribuyeron los exiguos resultados partidarios a la

escasa *delimitación* del partido respecto de la ID. Además de pre-ocupación, la *delimitación* es ocupación, documentada y publicitada en el periódico partidario, donde son corrientes las notas dedicadas a denunciar los errores y vicios de la ID¹. Como también pudimos ver, las *consignas* colocan fronteras identitarias, al punto de ser adoptadas o abandonadas según quiénes, dentro del campo político –incluida la *izquierda*–, las levanten o rechacen.

Es interesante que la búsqueda de esa *delimitación* –que bien podríamos considerar “distinción” (Bourdieu, 1991 b)- involucra, práctica y explícitamente, una suerte de carrera y corrimiento permanente hacia la *izquierda*. En una ocasión, un dirigente advertía a sus *compañeros* sobre el peligro de ser confundidos con esa *izquierda pequeño burguesa*: “*mientras más a la izquierda se corren ellos, más nos corremos nosotros. Y si ellos se corren un poquitito más, nosotros nos volvemos a correr más todavía*”. TAP, marginal en la estructura de poder instituida, construye su especificidad, auto-marginándose; y, en efecto, suele ser acusado por sus competidores del campo de *izquierda* como *catastrofista, ultimartista, sectario*. Para los militantes, por ejemplo, concurrir a las elecciones legislativas bajo un frente electoral, constituyó una férrea demostración de que “*no somos una secta como tantos dicen*”.

En suma, en el campo político TAP se mueve en dos registros de Otredad, y su propia identidad es definida, según el contexto, por oposición-a. En ciertos contextos, su máximo otro y enemigo político es el político *burgués*; frente a él el partido se posiciona en el nosotros inclusivo que es la *Izquierda*. En esos casos, la homogenización del enemigo es acompañada por la homogenización de la propia pertenencia. En otros contextos, el campo de *izquierda* se fisiona y el máximo otro es la ID, que suele ser asemejada y acercada al campo de *derecha*, principalmente en lo que respecta a su comportamiento –*oportunista, electoralista, democratizante*. Mientras la *derecha* es siempre un Otro, la ID fluctúa dependiendo de las circunstancias; en general, los atributos asignados a la ID dependen de los acuerdos a los que en cada caso TAP alcance con ella; dado que comúnmente son más los desacuerdos y las fisiones que los acuerdos y las fusiones, la ID suele ser *denunciada* como *contrarrevolucionaria*.

Uno de los criterios que estaban en la base de la distinción entre IR/ID durante la campaña electoral era la discrepancia que una y otra tenían respecto a la *caracterización* de la coyuntura de ese entonces. Si en aquella oportunidad para TAP fue posible conformar un frente con un partido minoritario que históricamente había sido parte del campo de la ID, fue porque, como lo dijo un militante, “*ellos sí ven la crisis de poder*”. TAP, de hecho,

¹ En general se trata de un diálogo recíproco: la prensa de TAP destina espacios a la *denuncia* del *resto de la izquierda*, y ésta destina espacios a la denuncia de lo que para ella es el *resto de la izquierda*, resto en que, por supuesto, TAP resulta incluido.

considera que la ID no *ve ni comprende* la naturaleza e implicancias del momento político presente, no *ve ni comprende* la verdadera naturaleza de la realidad política y social. La ID está equivocada.

Equivocación que no es exclusiva del momento electoral, sino atributo que define la esencia de la *izquierda democratizante*. Frente a su equivocación, las interpretaciones de TAP aparecen como las certeras, aquellas que dan cuenta de la verdad del mundo. En última instancia, es la equivocación la razón que los militantes alegan para explicar el accionar *-electoralista y oportunista-* de ese *resto de la izquierda*.

He dicho que en base a la teoría nativa del comportamiento político del mundo social, y por su vínculo solidario con la acción política, el saber-la-verdad *está* dotado de un valor redentor². Ahora diría que ese saber no sólo *está* valorado, sino que *es* un valor partidario, que como tal, está en la base de las delimitaciones identitarias y de la propia pertenencia. En efecto, si atendemos a las explicaciones que formulan los militantes frente a la pregunta de por qué militan en TAP y no en otro partido, o por qué rompieron con la organización a la que pertenecían e ingresaron a TAP, es posible encontrar respuestas del tipo “tal partido formuló una caracterización equivocada respecto a tal o cual hecho”; “no estaba de acuerdo con el análisis que hicieron sobre...”. Así, por ejemplo, una militante dijo:

Creo que lo que más me gusta es sentir que estoy en un partido que realmente me arma para salir todos los días a la calle. Milite o no milite. Para salir todos los días a la calle y entender lo que pasa, o bueno, tener una mínima comprensión.

Del mismo modo, en una nota del periódico un militante recién incorporado al partido respondía a la pregunta por “qué ventajas encontraba en militar en TAP”, diciendo: “la ventaja es que *adquirís conocimiento*”.

El saber es criterio y signo de autoadscripción; criterio y signo de reconocimiento de pertenencia-a y de pertinencia-para formar parte de TAP³; no menos importante, criterio y signo de distinción, que dentro de la *izquierda* demarca la especificidad de Trabajadores al Poder.

Mientras tanto, la *Derecha* suele ser homogeneizada por la mirada nativa; uno de los objetivos es, precisamente, demostrar que esos políticos ‘son todos iguales’, y que, al contrario de lo que parece y aparece, el campo político es bipolar. Este tratamiento desigual de los polos *derecha e izquierda* —homogeneización en uno y diferenciación en el otro— puede

² Capítulo I.

³ Sería correcto hablar de ‘pertinencia de la pertenencia’, puesto que el nivel de saber y *comprensión* de la realidad constituye un elemento que es tenido en cuenta por los militantes al momento de evaluar la *incorporación* al partido de un nuevo *compañero*.

responder, en principio, a dos cuestiones. La primera, de orden cognoscitivo: mientras en lo cercano-conocido la diversidad es susceptible de ser advertida, en lo lejano-desconocido tal advertencia se torna dificultosa. La ID no sólo es cercana por compartir con TAP ciertos acuerdos 'cosmológicos' básicos y ciertas prácticas como la *discusión*; es cercana en la interacción cotidiana, en marchas y manifestaciones, en espacios de disputa como las *asambleas populares* y las *fábricas recuperadas*. La segunda cuestión es de orden político: la diferenciación del campo de *izquierda* responde a la estrategia de mostrar a TAP como alternativa distintiva, la mejor alternativa posible. En tanto que cercana y similar, la ID es el mayor competidor de TAP y, por tanto, blanco obligado de la *delimitación*.

Pero además, la distinción que preocupa y ocupa de manera particular a los militantes, bien puede deberse a la peligrosidad de ese Otro próximo, a la ansiedad que genera la ambigüedad de sus fronteras y de sus límites (Leach, 1978; Douglas, 1973). Podemos decir que la red de relaciones e identidades que constituyen el Espacio político y social para TAP sería más o menos la siguiente:

	Campo político	Campo social	Universo (social y político)
Nosotros	TAP	Clase obrera	Comunidad obrera
	ID	Clase media	
Otros	Derecha	Burguesía	Frente burgués

Y que en este esquema *ID* y *clase media* constituyen términos liminales, tanto espacial como temporalmente, desde el momento en que, como vimos, se considera que esos estados intermedios *evolucionarán*; tanto el mundo social como el político se dirigen hacia una progresiva polarización, pero mientras, al ser categorías ambiguas –impuras, siguiendo a Douglas, *confusas*, siguiendo a nuestros militantes-, TAP debe alejarse de ellas –acercarse a la pureza. Y esto sucede porque lo ambiguo no sólo desdibuja las fronteras de la propia pertenencia, sino que también amenaza la confianza en un sistema de categorías fuertemente asentado en una dicotomía del tipo *obrero/burgués*⁴.

⁴ Recordemos la noción de *voto confuso* (Capítulo I) como aquel voto impreciso que escapa a la clasificación *izquierda/derecha*, situándose en el seno de las fronteras. También, podemos decir que en aquellas *discusiones* acerca de los resultados, en la discusión sobre si el partido había sido *programático* o *marketinero*, aquello que en última instancia estaba en juego era una preocupación por las fronteras y por el cuidado de las fronteras. Creo que la frontera entre lo político y lo social, aunque con menos observancia, también es motivo de inquietud. Por un lado, los militantes crean y conviven diariamente con condiciones de liminalidad (*contactos, simpatizantes, fracciones*). Por otro, no sólo se esfuerzan porque las fronteras no se desdibujen –un *contacto* no puede hacer lo mismo que un militante; el *movimiento* no el lo mismo que el *partido*-, sino que además se vive con la expectativa de que esos estados intermedios devengan puramente políticos, es decir que los *contactos* devengan militantes, y las *fracciones, partido*.

Pero, evidentemente, TAP también debe construir la distancia que lo separa de la *derecha*. Al saber propio del partido se opone no sólo el error y la equivocación de la ID, sino también la mentira de la *derecha*. Como lo vimos, ese Otro lejano actúa sobre lo real explotando sus apariencias, falsificando la verdad. Podemos decir que la capacidad de engaño supone, precisamente, un saber cómo las cosas son; es el saber lo que diferencia la equivocación del engaño, y es el saber la causa del engaño: si el político *burgués* engaña y miente, es porque es diestro conocedor, que sólo puede capturar a su víctima disfrazando y disfrazándose –adrede- de aquello que no es. Entonces, si la *derecha* ‘sabe’: ¿en qué se diferenciaría de TAP?

En principio, podemos decir que el comportamiento del Otro cercano –la equivocación- y del Otro lejano –el engaño- involucra no sólo una distinción cognoscitiva entre saber/no saber, sino también, una diferencia de orden ético-moral: mientras que el accionar de la ID está basado en un desconocimiento, en una ignorancia cuyas consecuencias pueden ser no deseadas, el accionar *burgués* se presenta como absolutamente premeditado y calculado. El accionar político de la ID –como el del agente social falto de *conciencia*- estaría signado por cierta ingenuidad e inocencia. Así como el votante no estaría “eligiendo” en el sentido estricto del término, la ID tampoco estaría haciéndolo o actuando con total *comprensión* de su acción⁵. En cambio, la *derecha* sí sabe; estudia, especula, y utiliza estratégicamente su saber para impedir que los otros sepan. Éticamente su accionar está signado por una intención perversa y maliciosa que la diferencia de la benevolencia de la ID (o al menos de sus bases militantes).

El campo político, en suma, es eticizado, y es esto, aquello que imprime una primera diferencia entre la *derecha* y TAP. En base a estos dos criterios, el saber y el proceder ético moral, la clasificación que TAP establece sobre el campo político sería la siguiente:

	Derecha	ID	IR
Saber	+	-	+
Ética	-	+	+

Y sin embargo, este cuadro está simplificando una dimensión sumamente significativa. En el recorrido por los tres actos partidarios, vimos que al menos en ciertos

⁵ Resulta sumamente interesante que aquí aparezca una discriminación entre el comportamiento de las bases militantes de la ID, por un lado, y el de sus dirigentes por otro. Mientras se considera que las bases no saben –y, por tanto, *creen estar luchando*-, se piensa a las cúpulas dirigentes de la ID como conocedoras y, por tanto, concientes de su accionar *contrarrevolucionario*.

momentos de *crisis*, el saber de la *Derecha* parece desmoronarse. Recordemos algunos fragmentos de los discursos allí proferidos:

Solamente Trabajadores al Poder señaló que el derrumbe económico de Argentina era, por su contenido, una crisis capitalista y mundial, (mientras que) profesionales y académicos, graduados en las universidades más caras del mundo, actuaron en función del pronóstico de que la crisis argentina y la rebelión del pueblo argentino era un fenómeno local (...)

Estos políticos antiobreros, miserables, patronales, derechistas (...) Ni sospechan que la crisis es la expresión de un sistema que se cae (...)

Estamos ante una crisis del conjunto de un régimen social y no ante una crisis meramente institucional como ellos creen (...)

Era sólo TAP quien aparecía con la capacidad para *pronosticar* y advertir correctamente lo que iría a acontecer. En los actos, la *derecha* aparece no sólo sabiendo y engañando, sino también, equivocándose, presa de la creencia y de la incapacidad para apreciar la verdadera naturaleza de las cosas. Y TAP, por contraste, como aquel actor político que sabe, actúa de forma transparente, desenmascara las mentiras y las equivocaciones de los Otros; como lo dijo un dirigente, TAP ve "*más lejos que lo demás*".

Mi idea, entonces, es que la *derecha* oscila entre dos registros del saber: sabe, pero, en última instancia, no es la que más sabe, pues es falible. Y si la *derecha* es falible es porque no sabe un Saber, aquel a través del cual TAP analiza e interpreta el mundo social presente, pasado y futuro. Es la posesión de este Saber, en tanto que cuerpo de conocimiento específico, aquello que diferencia el saber-la-verdad de la *derecha* y el saber-la-verdad de TAP, y aquello que permite que el saber de aquella sea notablemente más vulnerable y falible que el saber de éste. Trabajadores al Poder sabe un cuerpo de Saber al que atribuye estatuto científico. Nos referimos al Saber marxista, leninista y, también, trotskista⁶.

El estatuto de verdad que los militantes atribuyen a su representación sobre el mundo social y político está sustentado y legitimado por la creencia en la validez de este Saber, el cual establece un conjunto de acuerdos básicos y valores fundantes, entre los que se encuentra él mismo y su necesidad, construida ésta en términos de eficacia política: no puede haber un partido *revolucionario* sin la existencia de una rigurosa orientación teórica.

Ahora bien, si el Saber-marxista es uno de los elementos que distingue a TAP de la *derecha*, es, por otro lado, aquello que lo acerca a *el resto de la izquierda*; es, en una palabra, el elemento clave que configura el nosotros que es la *izquierda*. Efectivamente, la ID posee este Saber, pero aquello que no sabe es usarlo correctamente. Porque el Saber-marxista se

⁶ Aunque la idea de 'Saber-marxista' fue originariamente introducida en mi análisis como equivalente a la de 'corpus de conocimiento', el lector podrá ver que la noción, tal como aquí es usada, tiene una carga más densa, con ciertos elementos del sentido foucaultiano del saber como práctica discursiva (Foucault, 1984).

usa; es un cuerpo teórico de saber, pero es, ante todo, un saber práctico, un saber que se practica.

Las prácticas de *análisis* e interpretación de la realidad –esto es, la producción de *caracterizaciones* y *pronósticos*– se desarrollan bajo el prisma de este Saber y sustentan su validez en él. A este Saber se apela para fundamentar afirmaciones y, en cierto casos, para salvaguardar una conformidad cognoscitiva amenazada. Recordemos, por ejemplo, la interpretación ‘oficial’ del partido sobre los resultados electorales de 2001. Un hecho era inexplicable: el triunfo abrumador de algunos partidos de la ID. De todos los argumentos ensayados para explicarlo, sólo uno, aquel reproducido por el *responsable político* en la última *reunión abierta* a partir de las notas de la prensa partidaria, bastó para acabar con los cuestionamientos:

Todos sabemos que históricamente, los que inician los movimientos transformadores y revolucionarios son las alas más moderadas y que sólo después irrumpen los sectores revolucionarios. La revolución francesa, la revolución rusa son ejemplos de esta lógica.

El Saber marxista, entonces, es parte de la matriz nativa a través de la cual se produce lo evidente –por sí mismo y para todos; constituye un método de percepción a partir del cual los “hechos” no sólo son significados, sino producidos. En definitiva, *caracterizar* y convertir la *caracterización* en *pronóstico* no sólo son prácticas de producción de representaciones, sino, ante todo, de producción de *hechos*. Dentro de los “productos políticos” que fabrica el campo político (Bourdieu, 2002), se encuentra también la producción de acontecimientos; el acto mismo de nombrar con el lenguaje de *la lucha* – *rebelión popular, crisis, excepcionalidad, revolución, derrumbe*– no es sino crear aquello que se nombra. En el acto de interpretar, aquello que acontece es incorporado como dato a un sistema específico de creencias, valores y símbolos, que funciona él mismo como patrón de observación y conocimiento, a partir del cual “algo” deviene signo, indicio, expresión, causa o consecuencia. Es en este sistema de percepción como algo puede devenir *crisis, excepcionalidad y derrumbe*⁷.

Precisamente, lo que me interesa subrayar está vinculado a esta cuestión. Pues entiendo que aquello que está en la base de las distinciones al interior de la *izquierda* es la discrepancia en cuanto la interpretación de la realidad (a través del Saber marxista), y no, como se ha dicho⁸, en cuanto a la interpretación de ese Saber en sí mismo. No se trata de si la ID interpretó acertada o incorrectamente las palabras de Marx, sino de cómo interpreta

⁷ Y es bajo este sistema donde debemos situar, también, aquella actitud epistemológica con que TAP conoce –lo que hemos llamado, siguiendo a Ricoeur, ejercicio de la sospecha. En la interpretación concebida como desciframiento de los signos de una verdad oculta tras las ilusiones que la tergiversan, está la base de la producción de *caracterizaciones* acerca de lo que es y *pronósticos* acerca de lo que será.

⁸ Ver, por ejemplo, Tarcus (1998).

las elecciones, la *crisis* argentina, la guerra contra Irak, etc., etc.; es decir, el problema es cuáles Evidencias percibe (o produce) y cuáles no.

El Saber se practica, además, en *actividades* cotidianas como la *discusión*. Para ser competente en el *discutir*, se requiere poseer este cuerpo de conocimiento, y por sobre todo, saber manejarlo y utilizarlo correctamente. En función de este privilegio otorgado a la persuasión argumentativa como modo de vinculación entre el mundo partidario y el extrapartidario, se comprende que el partido preste particular atención a la *formación teórica* de sus militantes, como así también, a su entrenamiento en la actividad de *discutir*. Un desafío propio de los militantes es *ganar* la discusión con sus contrincantes; es atributo del buen militante saber-discutir, y TAP se reconoce como superior en este saber con respecto a *el resto de la izquierda*. Estas eran las palabras de una militante, relatando su experiencia en otro partido, antes de llegar a TAP:

Y bueno, no han cambiado, y... la que cambió fui yo que terminé en TAP. Había toda una mitología con respecto a que con la gente de TAP no se puede discutir porque son sectarios. Esa era la categoría, la gran categoría que te posicionaba frente a TAP. Pero básicamente yo creo que lo que escondía eso, y además a mí me pasó, que las pocas veces que yo trataba de discutir con un militante de Trabajadores al Poder, me hacía pelota.

Como era de esperar, la iniciación en el Saber-marxista es componente fundamental en la *formación política* de los militantes. La transmisión del Saber y el entrenamiento en su uso tienen lugar en *reuniones de discusión, informes políticos, cursos de formación, lectura de la prensa, lectura y producción de publicaciones partidarias* –revistas, libros, boletines–, elaboración y lectura de *documentos internos* como medio de comunicación al interior de la estructura partidaria. Si dijimos en algún momento que lo político parecía estar localizado en una porción específica del ser –la cabeza, el pensamiento– podemos agregar que esta concepción cristaliza en la marcada cultura escrita que rige las relaciones e interacciones de los militantes.

Hasta aquí hemos visto algunos aspectos de la relación de TAP con sus Otros políticos. Pero tanto en la circunstancia electoral, como en la militancia del *círculo* con el Movimiento Clasista, el partido se vincula con otro ‘Otro’, esta vez profano, es decir, situado por fuera del campo político. El criterio que ahora demarca los términos Otros/Nosotros no es ya la escisión *obrero/burgués* o *derecha/izquierda*, sino aquella que separa lo político de lo social. De modo que las distinciones que hemos reconocido en el campo político partían, no obstante, de la identificación de un nosotros primordial, el

“Nosotros político”. ¿Cuál es, entonces, la relación entre el orden de lo político y de lo social?

Aunque hemos inscripto la militancia de TAP en la política como Conflicto, podemos decir que comparte con la metáfora del Orden la idea de la política como un subsistema de lo social —en la versión marxista, la política como *superestructura*. Los partidos se presentan como la prolongación de las divisiones del mundo social, clasificándose en *burgueses* y *obreros*, y compartiendo un rasgo común: el de *representantes* de las *clases*. Esa *representación* no es entendida en el sentido “institucional” de delegación a través del sufragio, sino como encarnación o *síntesis* por parte de una minoría (el *partido*) de los intereses y aspiraciones de una mayoría (la *clase*). Y, precisamente, esos dos registros de la representación política —como delegación del gobierno, en un caso, y como encarnación de intereses, en otro— han estado históricamente divorciados para TAP: la *clase obrera* vota por el representante de otra *clase* y no por el de la propia, quien ocupa un lugar marginal en términos de obtención de votos; quien, en palabras de Manin (1996: 17), no forma parte de “los elegidos”.

A lo largo de nuestros capítulos “etnográficos” hemos podido ver la relación del militante con el profano en distintos ámbitos y circunstancias. Tanto en el caso del MC como durante las elecciones, TAP se relaciona con el Otro no político, en función de una teoría que explica su comportamiento en el campo político, que no es sino una teoría sobre la distribución del saber, esta vez, en el Espacio social.

Esta distribución es aquello que determina, por ejemplo, cuáles son los comportamientos que requieren de explicación y cuáles no. El hecho de que la *clase obrera* no vote a sus *representantes*, es explicado, como vimos, por una insuficiencia de saber. Por su parte, si bien la *clase media* —como la ID en el campo político— fluctúa de acuerdo con el contexto del nosotros *obrero* al otro *burgués*, su comportamiento político es igualmente explicado en base a la noción de *conciencia*; se espera que poco a poco la *clase media evolucione*, y que al menos parte de ella se sume al campo *obrero*. Mientras tanto, la *burguesía* se presenta como incorregible, su comportamiento político es nada cuestionado y no necesita de explicación. Esta asimetría resulta interesante: el sujeto social que pertenece al nosotros *obrero* vota equivocadamente en virtud de su desconocimiento —de su mundo, del mundo político. El sujeto social al que representan los Otros votaría acorde a sus intereses. En el campo social, también el saber parece ser monopolizado sólo por algunos.

Entonces, dentro de la comunidad *obrero* es posible trazar una distinción primordial, apelando, una vez más, como criterio al saber (la verdad). La *clase* se *equivoca* frente a los

aciertos del *partido*. *Se equivocaron*, por ejemplo, al *creer* en Menem; *se equivocaron*, una vez más, al *creer* en Chacho Álvarez; fueron *confundidos* (o *se confundieron*) en las elecciones de octubre de 2001; acertaron el 19 y 20 de diciembre, acierto dado tanto por la *experiencia* de 10 años de *lucha*, como por la *reflexión* a la que instaba TAP, a través de sus *consignas* y *caracterizaciones*.

La práctica del *discutir*, como las *tareas* de *orientar* y *organizar*, están destinadas a dotar a ese mundo social de saber, convertirlo así en mundo político, mundo que no *cree*, sino que sabe.

LA PRUEBA DEL SABER

El saber, entonces, es valor partidario que define a Trabajadores al Poder, no sólo en relación a Otros políticos, sino también a Otros sociales. Mi idea es que en la vida partidaria el saber de TAP es sistemáticamente probado y publicitado, precisamente por constituir el rasgo fundamental a partir del cual los militantes definen su propia pertenencia y su especificidad.

Podemos pensar en prácticas cotidianas a través de las cuales los militantes prueban ante los Otros y ante sí mismos su saber y el de su partido. Un ejemplo es la lógica bajo la cual se desenvuelve la *discusión*. Allí el militante a cargo del *informe político* debe rebatir los contrargumentos de sus interlocutores, evidenciando, así, la solidez del saber transmitido y la solidez de su propio saber-discutir. Esta lógica se da, también, en las *discusiones* con integrantes de otros partidos, cuando, como en un campo de batalla, los militantes deben *ganar*, demostrando que saben más que su contrincante. Podemos pensar, por último, en las *reuniones* y *cursos* que organiza el partido para el MC; en ellas es el militante el encargado de transmitir su saber, y ya el acto mismo de transmisión, cristalizado en quién es el que tiene la palabra, quién habla y quién escucha, quién pregunta y quién responde, es aquello que deviene prueba del saber.

Sin embargo, hay una práctica sumamente potente y fundamental a la que el partido recurre cotidianamente como prueba del saber: me refiero al *pronóstico*. *Pronosticar* y publicitar la *confirmación* del *pronóstico* no es sino un modo de probar la sabiduría de la verdad frente a aquellos que no saben. A lo largo de nuestro recorrido hemos tenido oportunidad de advertir una considerable cantidad de *pronósticos*; *pronosticar* consiste en anticipar un futuro, pero siempre a partir de la interpretación y *análisis* del presente. La práctica del *pronóstico* descansa en la presunción de que los hechos presentes hablan acerca de los hechos futuros o, concretamente, constituyen signos en relación al futuro.

Si hay algo que para los militantes es atributo de su partido, es la capacidad para efectuar interpretaciones *correctas* sobre la realidad, hecho evidenciado por la confirmación de sus *pronósticos*. Y pudimos ver, específicamente en el caso de los actos, que este atributo es cuidadosa y sistemáticamente publicitado. También las reuniones son instancias de publicidad, y el periódico lo es por excelencia. La ventaja del *pronóstico* es, precisamente, el ser una práctica que puede hacerse pública y visible, a través de prácticas –también públicas y visibles- como los actos o el periódico partidario.

Se trata, por otra parte, de una práctica generalmente monopolizada por los dirigentes. Los *órganos de dirección* son instancias de producción de representaciones-sobre, tanto bajo la forma de *pronósticos* como de *caracterizaciones* –diagnósticos. A través de las *reuniones*, del periódico partidario o de eventos como los actos, esas representaciones son transmitidas y publicitadas, asumiendo o cristalizándose en la voz de “el partido”. Al menos en las instancias públicas, y aún cuando sea un dirigente el que comunica *caracterizaciones* o *pronósticos*, los mensajes aparecen siempre despersonalizados en un “nosotros Trabajadores al Poder”.

Es significativo que en el momento en que son producidos esos pronósticos no son categorizados como tales. La noción de *pronóstico* suele aparecer allí cuando ciertos hechos que ocurren pueden ser interpretados como confirmación o refutación de lo dicho en algún pasado, cercano o lejano. Antes que *pronosticar*, el partido produce *caracterizaciones* que luego son reinterpretadas como *pronósticos*. La noción de *pronóstico* siempre aparece en tiempo pasado “el partido pronosticó que”, mientras que en presente se dice “el partido caracteriza que” tal o cual hecho va a acontecer. En definitiva, el *pronóstico* suele aparecer de la mano de su confirmación o, algunas veces, de su refutación, pero siempre lo hace a posteriori, a la luz de *los hechos*.

En nuestra investigación, detectamos una única oportunidad en que el partido dio a conocer un *pronóstico* refutado por *los hechos*. Se trataba de las elecciones presidenciales de 1999, en donde TAP obtuvo muchos menos votos de lo que sus *pronósticos* habían previsto. En el periódico publicado luego de conocer los resultados, el artículo principal, titulado “TAP, a prueba”, intentaba analizar el fenómeno. Y este *análisis* tiene para nosotros un interés notable para entender la trascendencia que tiene el *pronóstico* en la vida partidaria, y la significación que tiene para sus militantes.

En ese artículo, un dirigente afirmaba que “*los hechos desmintieron nuestros pronósticos políticos, que preveían una duplicación (y hasta triplicación) con relación a los resultados de las elecciones*”

pasadas". Hechos que desencadenan la pregunta clave: "¿En qué consistiría, entonces, la naturaleza del desacierto de la caracterización de la situación política de TAP?"

El interrogante señala un interés primordial que versa no tanto en la explicación del comportamiento del electorado, como en la explicación de por qué falló la *caracterización* partidaria acerca de dicho comportamiento. Es interesante, entonces, no sólo cómo se explica, sino qué es aquello a lo que se busca explicación. Lo que en aquella oportunidad pareció inquietar a TAP no fue sólo la pérdida de votos, sino las discrepancias entre su *análisis* de la realidad y los *hechos* mismos. Como lo dijo el dirigente, es la conjunción de ambos fenómenos lo que pone al partido "a prueba":

Pero entonces, ¿en qué sentido el revés electoral y el inadecuado pronóstico políticos 'ponen a prueba' a TAP? En el siguiente sentido: para un partido que pretende desarrollar una fuerte organización revolucionaria (...), que toma en cuenta como factor fundamental a la experiencia de las masas y al desarrollo de su conciencia de clase, los desaciertos de análisis y previsión respecto de los resultados del domingo constituyen una advertencia. Hemos abordado con relativa superficialidad la cuestión del desarrollo de las masas (...)

El dirigente pasa a preguntarse si acaso había sido desacertado calificar, durante las semanas previas a esas elecciones, a la situación política del país como *excepcional*, en virtud de los profundos niveles de rebelión y de protesta en diversos puntos del país:

¿Partió de aquí el error de prever un crecimiento de la influencia electoral y de la organización partidaria que se apoyaba en esa caracterización?

La respuesta sugiere que no fue la *caracterización* de una situación política de ebullición aquello que estaba errado, sino, en todo caso, una sobreestimación de los alcances de la movilización popular. Además —argumenta—, a la luz de los resultados electorales, "esta *derechización* del escenario político (...) confirma el carácter excepcional de la situación política del país"⁹. Finalmente, el autor ensaya una respuesta que explica tanto el desacierto del partido en su *pronóstico*, como la inesperada *derechización de la clase*. Es cierto, sostiene, que los últimos meses asistieron a una profunda *experiencia* de *lucha de clases*; lo que ocurrió es que esa *experiencia* no estuvo acompañada por una auténtica *reflexión*.

Ya hemos visto que la *conciencia* se construye y desarrolla en base a la interacción entre *experiencia* y *reflexión*. Al parecer, aquello que en esa circunstancia permitió explicar el fracaso del *pronóstico* era el hecho de que el partido habría tomado uno de esos elementos como signo —la *experiencia*—, y olvidado o subestimado el otro —la *reflexión* sobre esa

⁹ Una vez más, las mismas certezas que aseguraban una elección favorable, son releídas para justificar resultados no satisfactorios: en el momento previo a la elección, el carácter *excepcional* de los niveles de movilización constituyó el fundamento de la certeza de la victoria; la evaluación y explicación posterior a los hechos recurre al carácter *excepcional* de la situación política, esta vez en virtud de la *derechización* de las masas y del *retroceso* de su *evolución política*.

experiencia. Como lo señaló el dirigente, una victoria “*exige también agrupar a los trabajadores que han salido a la lucha en los últimos años y que necesitan con urgencia sacar una conclusión clara de esa experiencia*”.

La refutación del *pronóstico* tuvo en aquel entonces tal relevancia que *ponía a prueba* al partido, es decir, ponía en tela de juicio su especificidad y su competencia distintiva, dudaba de su efectivo poder-ver y poder-saber. Tal significación tuvo este hecho que, tres años después, en el último congreso partidario, el dirigente a cargo del *informe anual* dijo ante la militancia allí presente:

Todo este trabajo, todo esto que estoy diciendo (se refiere al crecimiento de la estructura partidaria) salda una cuenta compañeros. TAP es el único que paga sus deudas, salda la cuenta de la tapa del periódico de 1999 que decía “TAP a prueba”. En octubre del 99, ante un retroceso político de TAP sacamos una editorial, analizamos nuestros errores, los pusimos a la luz, y dijimos que teníamos que superarlos, y que ese retroceso ponía a prueba a nuestro partido. Con su intervención gigantesca en el movimiento de masas, mucho antes de la rebelión popular, TAP pagó la cuenta planteada en esa crítica (...)

Nosotros no somos un partido que viene a tambor, redoblante y a son batiente, registramos nuestros problemas, los incorporamos a nuestra historia y buscamos superarlos sistemáticamente.

El *pronóstico* —y su publicidad— ocupa un lugar privilegiado en la vida partidaria, desde el momento en que su confirmación constituye la prueba de que el partido “tenía razón”; y si el partido “tenía y tuvo razón”, por qué ahora no habría de tenerla. En otras palabras, el *pronóstico* y su confirmación sustentan y construyen la verdad de la representación de lo real que el partido comunica en sus prácticas militantes. Y si a cada vez se recurre a *pronósticos* anteriores, confirmados por *los hechos* mismos, es porque ello tiene efectos notables a la hora de legitimar los mensajes que se están transmitiendo. En los actos, por ejemplo, se apela permanentemente a una historia y a una trayectoria en donde la desigual capacidad, entre TAP y el resto de los partidos, para interpretar y *pronosticar* aparece como regla. Creamos en lo que estamos diciendo, porque lo que hasta ahora hemos dicho se ha demostrado cierto.

El *pronóstico* —prueba del saber— expone la diferencia entre TAP y los Otros políticos, y también entre TAP y el Otro social. Es aquello que permite al partido producir “*un nivel de caracterizaciones que superan a esa conciencia de las masas*”; gracias a su capacidad para *pronosticar*, TAP anuncia —según sus militantes, a veces *prematuramente*— aquello que otros no ven.

Lo que es más importante, el *pronóstico* no sólo es prueba del saber, sino también, del “poder-saber” lo que acontece y lo que acontecerá. Es prueba de una competencia, de una capacidad que descansa tanto en la lucidez intelectual de los dirigentes de TAP, como en la *superioridad* del Saber-marxista, saber que permite apreciar fiel y religiosamente al

mundo. Los *pronósticos* y sus confirmaciones elevan a TAP por encima de sus competidores dentro del campo político, y por encima de su representado en el campo social, precisamente porque elevan su representación acerca de lo real. En cada instancia, los *pronósticos* dicen y demuestran a los *externos* que es válido y eficaz creer en TAP, y a sus militantes que es válido continuar creyendo y formando parte de la comunidad partidaria. Y en esta reactualización de la creencia-en, está la base del accionar militante que se espera de allí en adelante.

SABER Y PODER

En los actos partidarios, la comunidad *obrera* como un todo se presenta, frente al campo *burgués*, como aquella que demuestra haber tenido y tener razón. Frente a los poderosos, los débiles y marginados tienen un poder particular, el poder-saber. Para TAP, este poder se transforma, de inmediato, en términos de poder-hacer o, más específicamente, de poder tomar el poder. Recordemos las palabras del dirigente en el último acto:

este contraste entre el fracaso intelectual de los capitalistas y la victoria intelectual de los obreros, es una demostración práctica de que es la hora del gobierno obrero y de la dictadura del proletariado!

Y sin embargo, no es sólo esa la relación entre saber y poder que la representación nativa del espacio social y político involucra. El saber, en su uso, se traduce en poder, porque como el poder, el saber se ejerce y publicita. O, en definitiva, porque el saber es poder sobre los Otros que no saben. En primer lugar, atribuir a un determinado Saber el carácter de ciencia, no significa solamente mostrar su racionalidad y su validez; implica, ante todo, vincularlo con el poder y darle efectos de poder sobre otros saberes (Foucault, 1984). En segundo lugar, hemos podido advertir que el saber es aquello que está en la base de la *representación* política que el partido se atribuye respecto de la *clase*; el partido es *representante-de*, y esa representación es sustentada y legitimada en el saber-la-verdad y en el Saber-marxista de TAP.

Los militantes presumen, entonces, una desigual distribución de poderes intelectuales y culturales (Said, 1990): culturales, porque TAP posee y utiliza un Saber científico que la *derecha*, como la *clase*, no tienen; intelectuales, porque el partido posee la capacidad para leer la realidad mejor que otros, inclusive mejor que esos otros que sí poseen aquel Saber *científico*, como es el caso del *resto de la izquierda*.

Al analizar la constitución del Movimiento Clasista, vimos que el poder de representación se veía obstaculizado por otro poder, esta vez en manos de Mario: era el poder de movilización. Bien podemos decir que la movilización o el poder de movilización es un componente –incluso un componente central, desde el momento en que es visible– de la representación. La movilización es prueba del poder de representación, y probablemente es esta, una de las razones por las que Mario, a pesar de los inconvenientes y disputas que implicaba, era conservado como *interno* del partido. Mario no sabe el saber de TAP, pero sabe otra cosa, aquello que precisamente le permite movilizar: sabe de la gente; conoce a la gente¹⁰. En cambio, el poder que los militantes del partido tienen sobre los *externos* del MC no se expresa en poder de movilización, sino en poder sobre un lenguaje –el lenguaje de la *lucha*– y poder sobre unas palabras. En las *reuniones de discusión*, los *cursos de formación*, la lectura del periódico, no sólo está involucrada una transmisión de saber, sino una enunciación de quién sabe, dicha a través de quién tiene derecho al uso de la palabra y quién no, quién está capacitado para usar cierto lenguaje y quién no, como dijimos, quién pregunta y quién responde. En estas instancias, el poder nombrar las cosas por su nombre –esto es, con el nombre apropiado según el lenguaje de la *lucha*– se traduce en un poder sobre los hombres (Godelier, 1999; Foucault, 1985).

Es interesante que los efectos de poder del saber no se agotan en la relación *partido/clase*, sino que entran en juego en el interior de la estructura partidaria. Mi idea es que existe una homología en la distribución diferencial de valores –saber y poder-saber– entre el *partido* y la *clase*, por un lado, y la dirigencia y las bases militantes, por otro. Esta homología se expresa en prácticas como la *discusión*, e incluye las funciones y tareas que partido y dirigentes se atribuyen respecto de la *clase* y de las bases militantes, respectivamente.

En TAP, el saber la verdad y el saber el Saber constituye uno de los mecanismos fundamentales que establece jerarquías internas dentro de la militancia. El *dirigente* es aquel militante que conoce la verdadera naturaleza de las cosas porque posee la capacidad para usar la teoría en el *análisis* de la realidad, y así diagnosticar el presente –*caracterizar*– y *pronosticar* lo que vendrá. El saber está distribuido diferencialmente en cada nivel partidario, no sólo en cuanto a su posesión, sino principalmente en cuanto a su uso. La distribución diferencial del saber se corresponde con la noción de *dirección*: los líderes *dirigen*, es decir,

¹⁰ Este punto fue trabajado en: Rosato, A. y J. Quirós. *De militantes y militancia: el trabajo de dos partidos políticos en las elecciones legislativas de 2001 en Argentina*. Ponencia presentada en 23a. Reunión Brasileira de Antropología. Gramado (RS). Junio 2002.

marcan el norte que debe tomar el partido, en base a su reconocimiento como personas capacitadas para leer e interpretar correctamente lo que acontece. Se presume que el *dirigente* marca la dirección *correcta*, y, en este sentido, si todos conocen a dónde se quiere llegar, sólo unos pocos saben por qué camino. Esta concepción presenta una continuidad en el mundo extrapartidario: líderes y militantes, englobados en un nosotros partidario, postulan a su partido como un *orientador* de la *clase*, como su *dirección*.

El papel que el saber cumple al momento de configurar relaciones jerárquicas al interior del partido puede advertirse en términos de resultados. Podemos decir que todo líder se erige y mantiene en tanto y en cuanto sea reconocido como tal por la militancia; y este reconocimiento depende, en gran medida, de que esos líderes logren acreditar algún tipo de éxito. En TAP, la “prueba” está dada por la habilidad de los dirigentes para efectuar *análisis* acertados de la realidad, hecho que se expresa en la *confirmación* o no de sus *pronósticos*. Ante el fracaso de las elecciones de 1999, aquello que el dirigente debía explicar y justificar en primer lugar, no eran los resultados, sino el por qué los *pronósticos* partidarios no habían sido confirmados por *los hechos*.

Una segunda dimensión del saber estructura las relaciones jerárquicas del partido; aquella que no es causa de poder, sino su consecuencia, y también, una de sus simbologías. Al interior del partido, el poder se traduce en saber, no ya la Verdad del mundo social y político, sino en saber sobre el partido. El militante que tiene cierta jerarquía, sabe más que los otros acerca de su *organización*: sólo algunos acceden a ciertos *documentos* y *boletines internos*; sólo algunos tienen derecho a participar de instancias como el congreso partidario; sólo algunos tienen conocimiento de la toma de decisiones en lo que respecta a estrategias políticas. Ahora no es el saber el portal hacia el poder, sino a la inversa: es el poder el que posibilita el acceso a estos saberes.

Si el saber-la-verdad es un saber que debe ser transmitido y conocido por todos, sus contextos de producción, en cambio, son vedados para la mayoría. El contexto de producción de *caracterizaciones* y *pronósticos* es reservado; una vez producidos, estos “productos políticos” deben transmitirse y circular como la voz del partido. Estar cerca de esas instancias reservadas de producción de saber es, por tanto, estar cerca del “centro”, del “corazón de las cosas” (Geertz, 1994); centro que —como tal— es dotado de una sacralidad inherente. En una palabra, lo que se sabe del partido es símbolo del lugar jerárquico que se ocupa. Si dijimos que el saber es un valor partidario por constituir una pauta de demarcación de la identidad TAP, ahora debemos agregar que el saber vale en un último

sentido, vale porque es un bien escaso; su monopolio y posesión son símbolo del poder que a través de él, a su vez, se reproduce. Mi sensación es que la estructura partidaria está asentada en sucesivos niveles de 'secreto' que mantienen un vínculo solidario con los sucesivos niveles jerárquicos.

El derecho a participar del centro —y por tanto, del saber— no sólo se halla vinculado con las capacidades del militante, sino, también, con su *compromiso* y entrega al partido. Así como los *externos* no tienen *derecho* a participar de la trastienda de ciertas *discusiones*, los *internos* también tienen vedados espacios de esta índole. Por ejemplo, en una ocasión un militante del partido que, luego de militar unos 10 años, había abandonado su actividad política y pasado a la condición de *simpatizante*, pidió a sus *compañeros* participar de una *reunión de círculo*, ya que quería *discutir* algunas cuestiones que, a su entender, no eran pertinentes para las *reuniones abiertas*. El *responsable político* negó tal posibilidad, argumentando que las reuniones eran de los *internos* y que allí se hablaban cuestiones que un *externo* "no tiene por qué saber". Sólo cuando el militante se reincorporó al partido, pudo volver a las *reuniones* con sus antiguos *compañeros de círculo*. La definición de la participación en el congreso partidario —centro de los centros— presenta elementos similares. En primer lugar, un criterio clave para la elección de los delegados es su nivel de *compromiso* con la militancia; un militante que no cumple con sus *responsabilidades*, aún llevando años de trayectoria, "*después que no venga a reclamar que quiere ir al congreso*". Ser elegido para el congreso es realmente formar parte de "los elegidos"; son muchos los que se angustian por no serlo, y muchos otros los que se esfuerzan por ser designados como asistentes, fotógrafos, organizadores y agentes de prensa. Lo importante es, bajo el carácter que sea, *estar ahí*, porque estar ahí es estar cerca del corazón de las cosas.

A pesar de que las cúpulas de dirección son bastante estables en el tiempo, los niveles intermedios gozan de una movilidad notable: un militante puede estar cerca de los centros, y luego, en función de la evaluación —de sus propios *compañeros*— volver a ser 'uno más'. El saber sobre el partido es aquello que la estructura da a quien se entrega constante e incondicionalmente a la militancia; es, de algún modo, el contradon que el militante recibe por el tiempo y el *compromiso* que, día a día, prueba dar.

He considerado al saber en su doble dimensión —el saber-la-verdad y el Saber marxista— como un elemento a partir del cual TAP produce su representación del Espacio

social y político; a la luz de una teoría sobre la desigual distribución del saber en esos espacios, el partido se construye a sí mismo en relación a sus Otros posibles, y adquieren un nuevo sentido prácticas tan significativas para la vida partidaria como la *discusión*, la producción de *caracterizaciones* y de *pronósticos*, la *delimitación*, la *formación política* de los militantes.

Si los tres contextos de militancia que hemos recorrido constituyen espacios de relaciones que nos hablan de los modos en que el Espacio es pensado, lo cierto es que constituyen, también, tiempos particulares. Resta, entonces, indagar esta segunda dimensión a través de la cual los militantes construyen su pertenencia y estructuran su experiencia política.

V. LA MILITANCIA, ENTRE LA *INTERVENCIÓN* Y LA *ESPERA*

*Un profeta anuncia la inminencia del fin del mundo por un cataclismo que
lo destruirá todo (...)*

*Por ello la gente se prepara para el Día.
Peter Worsley, 1980*

De los tres contextos de militancia, aquel que nos permite tener una primera aproximación a la representación nativa de la temporalidad es el de los actos partidarios. Hemos dicho que los actos construyen, minuciosamente y bajo un vínculo solidario, la idea de que el tiempo presente es de *crisis* y *excepcionalidad*. ¿Qué hay detrás de estas ideas? ¿Por qué ocupan un lugar tan privilegiado en la retórica partidaria de todos los actos? ¿De dónde extraen la energía que las hace fuerzas movilizadoras de la acción política? Si bien estas nociones son meticulosamente construidas con datos y argumentos, presumo que eso no necesariamente basta para transformarlas en *hechos* auto-evidentes, más aún teniendo en cuenta que distan de serlo para ciertos Otros con los que TAP discute. Mi hipótesis es que detrás de las ideas de *crisis* y de *excepcionalidad* están operando ciertos sistemas de creencias, esta vez relativos al Tiempo, en función de los cuales esas categorías pueden devenir parte de la naturaleza de las cosas.

Sabemos que TAP se declara marxista y que, de hecho, apela al Saber marxista en su militancia cotidiana; la producción y reproducción de la noción de *crisis* debe inscribirse, entonces, en la idea –marxista– de que el capitalismo produce *crisis* cíclicas cada vez más profundas, constituyendo, en este sentido, un sistema que contiene dentro de sí las condiciones de su propia destrucción. Este fenómeno es, para los militantes de TAP, un *hecho objetivo*, es decir: si la *revolución socialista* depende de una construcción militante, uno de los términos de su posibilidad –el *derrumbe del capitalismo*– es, al contrario, cuasi ajeno a las voluntades sociales, pertenece al registro de la necesidad, de las llamadas *condiciones objetivas*¹.

La representación nativa del tiempo se erige, así, sobre un *pronóstico* fundacional: la llegada de un Momento que pondrá fin al actual estado de cosas. Es este Momento, a la vez

¹ Con este término los militantes refieren no sólo a las condiciones económicas y materiales (*crisis económica*), sino también a otros *factores* como las condiciones de la hegemonía *burguesa* (*crisis política o de poder*, dada por el nivel de conflictividad social), y como la situación política y económica internacional. En el universo de TAP, la relación *objetivo/ subjetivo* no se corresponde siempre ni unívocamente con la distinción marxista *estructura/ superestructura*.

deseado y necesario, una instancia destructiva que encierra, potencialmente, las condiciones para el surgimiento de lo nuevo –a lo que TAP suele referir en términos de *un gobierno de trabajadores*. Mi idea es que la creencia en el Momento está en la base de buena parte de –si no todas– las prácticas de militancia en el campo político; y que así como el Saber que define a TAP en el espacio político y social debe ser continuamente probado, aunque fundante, la creencia en el Momento debe ser construida y reconstruida de modo permanente, pues de modo permanente ella es amenazada. Interpreto que en el marco de los actos, la construcción de las ideas de *crisis* y de *excepcionalidad* constituye una forma sumamente efectiva de reconstruir esa creencia-en y, con ella, la pertenencia al colectivo TAP.

La representación del presente como *crisis*, y como *crisis* cada vez más profunda y estructural que roza el *colapso* del capitalismo, produce y confirma la creencia en el Momento y, en un nivel más general, en el sentido mismo de la historia, dirigido hacia un desenlace último y necesario. La *excepcionalidad*, por su parte, no habla tanto de la efectiva existencia del Momento, como de su distancia en el tiempo. Lo *excepcional* es, en definitiva, la *excepcional* cercanía del Momento o, en términos nativos, la *prueba* de su *inminencia*.

“*Esto puede derrumbarse de un momento a otro*”, sostiene TAP, una y otra vez, en una lucha simbólica por lo real en relación a la *caracterización* del presente. Si la *derecha* se empeña en sostener que las *crisis* son meros traspiés institucionales del orden establecido, TAP debe demostrar a sus militantes y seguidores que, por el contrario, el capitalismo está en *estado terminal*.

El Momento –como el saber– funciona también como criterio de demarcación de identidades: mientras la creencia/no creencia en el Momento clasifica el campo político en *Izquierda* y *Derecha*, la creencia/no creencia en su *inminencia* clasifica al campo de *Izquierda* en *izquierda revolucionaria* e *izquierda democratizante*. La construcción de la *excepcionalidad* constituye un criterio de demarcación entre aquellos que, como TAP, interpretan los signos de anunciación del Momento en términos de cercanía, y aquellos que, como la *izquierda democratizante*, por el contrario, los interpretan –*incorrectamente*– como lejanía. En última instancia, esta sería la base en la que descansa la *equivocación* de la ID, quien lee de forma errada los signos del Momento y, así, planifica de forma errada y *oportunistamente* su estrategia militante. Como la ID no lee *correctamente* los signos que anuncian la *inminencia* del Momento, se acomoda al orden vigente y aprovecha las oportunidades “sistémicas” de participar en él.

Dijimos en el capítulo III que los actos hablan por sí mismos de la *excepcionalidad*, a través del mero hecho de su convocatoria. Y creo que, porque la *excepcionalidad* es la construcción de la *inminencia*, y porque la creencia en la *inminencia* es otro de los rasgos que distingue e instituye al colectivo TAP, la cotidianeidad del partido consiste, precisamente, en construir lo extracotidiano. Lo ordinario en la vida política de TAP es construir lo extraordinario y *excepcional*.

Ahora bien, aunque la ID es acusada de *oportunist*a, diferente es la idea de *oportunidad* que se desprende de la *excepcionalidad*. Como vimos, lo *excepcional* —y por tanto lo oportuno— actúa como fuerza instigadora de la acción militante. En este sentido, no obstante la *descomposición* del régimen capitalista es un *hecho objetivo*, la actitud frente a ella no es de carácter contemplativo. Al contrario, el papel de la fuerza obrera es la *intervención*. Es ella la que posibilita y da sentido a la práctica política, y a la política como campo de transformación del espacio social. Si, por un lado, la concepción del Momento como hecho *objetivo* indica que su naturaleza y concreción no dependen de las voluntades sociales —sino de la lógica misma, de las *condiciones objetivas*, del sistema capitalista—, por otro, y al mismo tiempo, el sujeto tiene ingerencia sobre ese devenir.

La categoría de *intervención* es por demás significativa, pues supone precisamente la idea de intromisión en algo ajeno. De algún modo, intervenir implica un entrometerse en el ‘curso natural de las cosas’ —esto es, en el desarrollo *objetivo* del devenir histórico— para dirigir su trayectoria y desenlace. La idea de *intervención* nos permite pensar que las *condiciones objetivas* ‘son y no son’ al mismo tiempo, ‘son y no son’ necesarias y ajenas a la voluntad².

A la luz de los contextos de militancia presentados, mi idea es que tres son las formas de *intervención* en relación al Momento: su advertencia; su acercamiento; y la *preparación* para su llegada. Interpreto que es aquí donde cobra sentido aquella clasificación tripartita de *tareas* en *agitación*, *orientación* y *organización*. Sostengo, en este sentido, que las prácticas de *agitación* constituyen la principal herramienta con que TAP acerca el Momento,

² Mi sensación es que hay ‘niveles’ de injerencia, puesto que, por ejemplo, el núcleo más duro de las *condiciones objetivas*, el económico, estaría fuera del alcance de la acción política. No obstante, el análisis de las articulaciones de estos dos “registros” del cambio —*objetivo*/*subjetivo*— dista de estar resuelto en nuestro trabajo y constituye, de hecho, un punto que requiere de una problematización especial. La cuestión, inclusive, no se reduce a una teoría nativa sobre el tiempo, sino que se trata, más bien, de lo que podríamos llamar una teoría nativa sobre el sujeto. Parte del problema al que me refiero ha sido planteada por algunos autores con respecto al ‘marxismo de Marx’. Laclau (2000), por ejemplo, señala que la teoría marxista se debate entre dos fuerzas que guiarían el cambio: o bien la contradicción —*objetiva*— entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, o bien aquella —*subjetiva*— entre capital y trabajo, es decir, la *lucha de clases*. O la historia es la historia de la lucha de clases o es la inexorabilidad y necesidad del colapso del sistema capitalista. Nisbet (1998) también aborda el debate dentro del marxismo, en términos de la tensión entre la “fase del desarrollo histórico” y la “voluntad individual”.

pues visibilizar el conflicto es restituirlo y renovarlo, en última instancia, producirlo. La idea de que el conflicto –y su radicalización– constituye una fuerza motora del cambio social es, como lo señala Nisbet (1998), constitutiva del Saber-marxista. *Agitar* desordena el orden *burgués*, poniendo a los ojos de todos, las contradicciones y vicios que la fuerza *burguesa* intenta, día a día, enmascarar. *Agitar* no es sino la contrapartida de ese accionar: el orden y el ocultamiento deben ser corroídos por el desorden y el desenmascaramiento.

Es claro, por otra parte, que no sólo la comunidad *obrera* tiene ingerencia en el devenir; también la fuerza *burguesa* interviene en el curso histórico y, por tanto, en relación al Momento: precisamente, su estrategia política está orientada a diferirlo. El accionar de los partidos es siempre teleológico: la fuerza *obrera* interviene para acercar la llegada del Momento, la *burguesa* lo hace, en cambio, para aplazarla, las más de las veces, de aquella forma que le es específica, ocultando sus signos y ocultándose a sí misma. A través de estas artimañas, enmascarando la *lucha* (real) en un (aparente) orden armónico y estable, el campo *burgués* consigue mitigar el conflicto social. Y lo hace, no obstante, siempre provisoriamente. A más de un año de la *rebelión popular* del 19 y 20 de diciembre, cuando el gobierno provisional finalmente logra convocar a elecciones presidenciales, se decía en una *reunión abierta*:

tenemos que tener claro que esto es una salida de momento; lo que ha logrado la burguesía es patear la pelota para adelante. Esto va a ser el preámbulo para la segunda parte de la rebelión...

En suma, dado que el fin del capitalismo, en tanto que *hecho objetivo*, tiene carácter de necesidad, tarde –por la acción de las fuerzas *burguesas*– o temprano –por la acción de las fuerzas *obreras*– ese Momento ocurrirá.

A la luz de la representación nativa del accionar *burgués* en relación al Momento, el vínculo solidario entre *excepcionalidad* y *oportunidad* se refuerza aún más. Lo *excepcional* no sólo es cercanía, ni solamente hecho circunstancial y pasajero; es también, objeto codiciado por el enemigo. Toda *excepcionalidad* encierra la amenaza del enemigo *burgués*. Volvamos a nuestros actos. Allí el Momento está a punto de llegar. Si son *ellos* los que se apropian de la *excepcionalidad*, entonces, lo cercano devendrá, una vez más, lejanía. Y decimos “una vez más” porque, de hecho, se piensa que el devenir presenta y ha presentado múltiples *oportunidades*, sólo que hasta ahora, la fuerza *burguesa* ha tenido la capacidad para apropiarse de ellas, para *recomponerse*, mientras la fuerza *obrera* no ha sabido ni ha podido impedirlo. Así narraba esta historia un dirigente partidario en nuestro último acto:

Cuando el país ya iba madurando para el proceso revolucionario, apareció la pequeña burguesía progresista del Chacho Álvarez, y hablando de transparencia, con maniobras mediáticas, explotando los prejuicios la clase media, puso una barrera al movimiento obrero.

Puede decirse que parte de la acción a la que los actos convocan está íntimamente vinculada al comportamiento del campo *burgués*. Los dos últimos son los más representativos al respecto: en el segundo, el partido debe contrarrestar las *confusiones* desplegadas por la *burguesía*, *clarificando*; en el último, debe, tal como se dijo, “*impedir que el progresismo y el izquierdismo embarquen a la clase obrera en un plan mortal para sus intereses*”. Para TAP el devenir ofrece sucesivas *oportunidades* a la llegada del Momento; *oportunidades* para el campo de *izquierda* y amenazas constantes para el campo de *derecha*. El tiempo nativo, aunque lineal y dirigido hacia un sentido último, es también, tiempo cíclico, en el que las oportunidades y los signos se repiten una y otra vez. Linealidad y circularidad que parecen coexistir, en parte porque el tiempo cíclico es pensado como acumulativo; la repetición –de *crisis*, de *luchas*– sigue una linealidad y apunta a una dirección final.

Pero, además, es precisamente ese movimiento pendular y repetitivo del tiempo aquello que permite a TAP mantener la creencia en el *derrumbe*, aún cuando la *burguesía* haya logrado una nueva *recomposición*. La vida de un militante oscila entre largos períodos de quietud y cortos períodos *revolucionarios*, largos períodos de *preparación* y cortos períodos de cercanía del Momento. Son éstos últimos los que constituyen el auténtico “tiempo de la política”; el tiempo verdaderamente político para TAP no es el tiempo sistémico, cuyo punto culminante son las elecciones, sino el tiempo regido por el Momento, cuya cúspide es la *excepcional* cercanía del *derrumbe*. Y es por ello que, si en las elecciones el partido desplegó cuotas extraordinarias de energía militante, doblemente extraordinarias fueron las fuerzas desplegadas a partir de *la etapa revolucionaria* abierta el 19 y 20. No sólo la estructura del *círculo* y el tiempo disponible eran insuficientes para cubrir todos los espacios de militancia necesarios, sino que una euforia descomunal atravesó la actividad militante durante meses, euforia y exaltación por las que es posible concebir al tiempo de la política como una suerte de tiempo sagrado, diferenciado y opuesto a otro, lánguido, cotidiano, profano (Mauss, 1971; Palmeira, 1996; Palmeira & Heredia, 1995).

Y la tarea del partido es, precisamente, alcanzar la capacidad de apropiarse de ese tiempo de la política, de apropiarse de las *oportunidades*, e *intervenir*, dirigiendo su desenlace. Aquel “*Esto puede derrumbarse de un momento a otro*”, fue seguido de su consecuencia lógica: “*necesitamos de un movimiento para estar preparados!*”. Tal como lo señalaba un militante, “*se supone que un partido se prepara toda la vida para momentos como el 19 y 20. Aprovecharlos o no depende de la intervención que tengamos en esos momentos*”. Podemos pensar, en principio, que la *preparación* involucra, no tanto una *intervención* en el curso de las cosas, como una *espera*. Ya pudimos advertir esta noción en palabras de algunos dirigentes durante los actos:

Hubo que esperar que esta experiencia chachista pequeño burguesa progresista, charlatana, izquierdosa y sin fundamento perdiera su brillo. No hubo que esperar solamente: luchamos por clarificar lo que significaba! Pero pasaron dos años hasta la rebelión popular.

De modo similar, “Ya llegará nuestra hora” fueron parte de las palabras con que, luego de las elecciones de octubre de 2001, el responsable de círculo trataba de esperar a los militantes, decepcionados a la luz de los resultados. Por último, interpretando lo acontecido el 19 y 20, una militante me explicaba:

en el 76, cuando yo militaba en (nombre de otro partido de izquierda), se dijo que iba a venir una radicalización de la izquierda, pero no, tuve que esperar... cuánto... veinte pico de años (...) es que esto no es pavada, acá se echó a un gobierno... capaz que esto es 1905 y no 1917, puede ser así... Hay que ver, hay que esperar y mientras tanto seguir con lo que venimos laburando desde siempre (...)

Entonces, no se trata de una espera pasiva; es una espera activa y, en este sentido, una acción en el presente con efectos de *intervención* a futuro. Ahora bien: ¿en qué consiste esta *preparación*, este *mientras tanto*, que ha recorrido los distintos contextos de militancia abordados? Mi idea es que si la *agitación* es la tarea privilegiada de acercamiento, *organización* y *orientación* constituyen las tareas destinadas a *prepararse* y, no menos importante, a preparar a Otros. De no estar *organizada* bajo el partido y *orientada* por él, la *clase* puede perder el Momento, y la *burguesía*, apropiarse de él una vez más. Mientras el partido acerca, *agitando*, también *prepara* su capacidad para actuar exitosamente en el futuro. Según los militantes, gracias a la previa *preparación*, el movimiento piquetero pudo llevar a cabo *tareas* de *agitación* tan trascendentes como la *rebelión popular*. Por estar preparados, los piqueteros pudieron “*trazar las perspectivas del derrumbe*”; y de estar preparados, “*el desenlace del colapso será nuestro*”.

Podemos decir, entonces, que si *agitar* involucra una *intervención* directa, a corto plazo, que acerca el Momento, *orientar* y *organizar* es *intervención* mediada, pues a través de ellas el partido espera –*acumulando fuerzas*– el tiempo de la política, la *inminencia*.

En este sentido, aún cuando *intervención* y *espera* podrían considerarse a primera vista como términos contradictorios, en la práctica parecen integrarse mutuamente. En esta idea de *preparación* la *espera* aparece como una suerte de *intervención* mediada en la que debemos inscribir, por ejemplo, la participación partidaria en espacios de la política instituida, es decir, la participación en el Orden. En última instancia, el Orden es espacio –y, mientras dure, tiempo– de *preparación*. Mi sensación, de hecho, es que para los militantes las *condiciones objetivas* suelen estar *maduras* –las *crisis económicas* se profundizan, la *burguesía* cae en *crisis de poder* una y otra vez; mientras que aquello que urge es la *maduración* del saber; aquello que resta es que el sujeto social devenga sujeto político; dado que el saber es lo que para TAP

moviliza el comportamiento político, es el que sabe quien puede dirigir la consumación de la *oportunidad*.

Quisiera mencionar una última práctica relativa al Momento; aquella orientada, no a acercarlo ni a prepararse, sino a advertirlo. Me refiero al *pronóstico*. En el capítulo anterior, abordamos el *pronóstico* en tanto que prueba del saber y del poder-saber de TAP; prueba que reactualiza las identidades dentro del espacio social y político, como así también, el rol histórico que corresponde al partido en dichos espacios. Aquí el *pronóstico* funciona también como prueba, esta vez como prueba que confirma la Verdad del Momento. Es pertinente una última cita de las palabras de un dirigente partidario:

TAP fue el único que llamó la atención sobre el significado del Frepaso y del Chacho (...) Nosotros caracterizamos que el Frepaso representó la tentativa más extremista de la pequeño burguesía profesional para dar una salida política al país. Ellos inventaron lo de la crisis de representación, el problema de la transparencia, la categoría de clase política y la tesis de que la solución del país pasaba por depurar el aparato político, y no por un cambio económico (...) Y dijimos, en ese momento, que metodológicamente, metodológicamente y no real o factualmente, sino metodológicamente, el crecimiento de un partido tan definitivamente pequeño burgués era el prólogo para la revolución obrera. ¿Qué había pasado? La derecha había fracasado. Cuando la alternativa pequeño burguesa fracasara, ¿qué quedaría? La revolución obrera (...) Esto caracterizó TAP. Y se produjo el 19 y el 20.

Los *pronósticos* de TAP y sus confirmaciones no sólo fortalecen la creencia-en y prueban la verdad-de cierto sentido del Tiempo histórico, aquel que conduce al fin del dominio *burgués*. La práctica de *pronosticar* tiene un valor clave en tanto que medio privilegiado para advertir el Momento, leer los signos de su anuncio y su distancia con el tiempo presente. De no reparar su advenimiento, es decir su *inminencia*, el Momento puede ser aprovechado y apropiado o bien por la *burguesía* –transparente o enmascarada- o bien por *el resto de la izquierda* no auténticamente *revolucionaria*. Aquello que ha recorrido los tres contextos de militancia de forma recurrente –el *pronóstico*- cobra aquí un nuevo sentido, si es tomado como una de las prácticas partidarias en relación al Momento, en este caso, a su advertencia. Esta dimensión establece un vínculo solidario entre *pronóstico* y acción política: se presume que aquellos que puedan leer correctamente los signos detrás de los cuales cierto futuro se esconde, podrán desarrollar una estrategia militante –una *intervención*- políticamente eficaz, que les permitirá apropiarse del Momento y dirigir su desenlace. El *pronóstico* constituye un medio al servicio de la planificación de la acción, y en efecto, la regla es que cada *pronóstico* esté seguido de un llamado a la fuerza militante a realizar o profundizar ciertas *tareas*. Debemos agregar, por tanto, un plus de valor al saber: el saber lo que será –prever- es lo que encierra la posibilidad del poder-hacer.

ACERCA DEL MARXISMO Y DEL MILENARISMO

Si suele decirse que todo grupo social tiene un mito de origen que explica su lugar en el mundo, podemos decir que TAP tiene, además, un mito de futuro, que cumple similares funciones, explicando su lugar no sólo en el Espacio, sino, también, en el Tiempo. La particularidad de la concepción nativa de la temporalidad es que pasado y presente históricos se encuentran orientados a ese Futuro, necesario pero al mismo tiempo deseado, cercano pero permanentemente diferido, conocido a través de sus anuncios, pero en sí mismo nunca experimentado. Son estos atributos los que, precisamente, TAP debe reproducir cotidianamente para reafirmar la creencia en el Momento, y protegerla de sus amenazas, es decir, debe probar su necesidad, su cercanía y los signos de su anunciación.

Se ha dicho repetidamente que la creencia en un cambio radical que acaba con el presente funesto e inaugura un orden justo configura una representación milenarista de la temporalidad en el seno del pensamiento marxista. Así como algunos estudios sobre milenarismo han intentado mostrar el componente político y social de esos movimientos religiosos (Pereira de Queiroz, 1969; Worsey, 1980; Lanternari, 1965), diversos autores (Löwy, 1997; Nisbet, 1998; Cohn, 1983; Tarcus, 1998) han señalado la existencia de un componente religioso y milenarista en el seno de pensamientos políticos como el marxismo. Para todos ellos, ese componente estaría dado por la utopía de la salvación, es decir, por la creencia en la llegada de un orden futuro y terreno que acaba con las injusticias del pasado y el presente (en el caso del marxismo se trataría del orden socialista). Política y religión, sagrado y profano, serían, entonces, esferas intrínsecamente entrelazadas.

No es mi propósito discutir aquí lo acertado o no de estas formulaciones, mucho menos la relación entre milenarismo y marxismo. Primero, porque ello escapa los límites y las pretensiones de esta etnografía; segundo, porque TAP, partido marxista, no es equivalente a "marxismo". Sin embargo, sí me gustaría esbozar algunas reflexiones que nos permitan considerar hasta qué punto la concepción nativa de temporalidad, centrada en el Momento, podría asociarse a una creencia de tipo 'milenarista'. Aunque esta tarea merecería un estudio aparte que contemplara, por lo menos, parte de la exhaustiva producción de investigaciones y evidencias etnográficas acerca de los movimientos milenaristas, creo que es válido apuntar algunos elementos que considero significativos, no sólo para sugerir posibles puntos de partida para una investigación futura, sino porque la noción de Momento que he utilizado para reconstruir la representación nativa de temporalidad puede dar lugar a analogías apresuradas.

Partimos de la base de que la teoría nativa acerca del Tiempo –como aquella acerca del Espacio– constituye un sistema de significados a través del cual el mundo es pensado y conocido, y la propia acción movilizada y dotada de sentido. La creencia en el Momento no es sólo una matriz de aprehensión y conocimiento del mundo, es también un modelo para actuar en él. En este sentido, si hasta ahora el elemento que ha unido marxismo y milenarismo ha sido la esperanza en un futuro redentor, sostengo, en primer lugar, que esa interpretación difiere de lo que hemos dicho en un punto fundamental. Pues la creencia en lo que llamamos Momento es la creencia, no en el advenimiento de un orden justo, sino en la destrucción del orden constituido, la explosión del capitalismo como sistema. Si bien es esa destrucción aquello que encierra la condición de posibilidad para un nuevo orden, exento de *explotación del hombre por el hombre*, me interesa subrayar que TAP transcurre su cotidianidad pensando, analizando, interviniendo, preparándose y creyendo-en –sabiendo, en términos nativos– el Momento como Momento de *derrumbe*³.

En la retórica partidaria, en el día a día, la referencia a un futuro posterior al Momento pocas veces es especificada y descripta en términos precisos, pues ello sería, tal como lo señalan los militantes, *futureología* y mera *especulación*. Para TAP, ese componente utópico es un contrasentido, de carácter no científico; pertenece al orden de la creencia, y no del saber. Claro que todos ‘creen-en’ y apuestan al socialismo, por eso militan en un partido marxista-leninista. Es el socialismo el objetivo último y explícito del partido; lo particular es, en todo caso, que esto es situado en el orden del deseo y no del saber.

Mi idea es que lo que todos *saben* es la destrucción del capitalismo –y no el advenimiento del socialismo; aquello que se *sabe* es que el capitalismo, tarde o temprano, se desmorona, y es esa certeza lo que, día a día, moviliza las prácticas militantes.

N. Cohn (1983) sostiene que el milenarismo no es sino una modalidad particular de escatología cristiana, aquella según la cual Cristo, en su segunda venida, establecería un reino mesiánico sobre la tierra, que duraría mil años antes del Juicio Final. Cohn señala que el término milenarismo se ha generalizado, adquiriendo un significado más amplio, al referir a ciertos tipos de salvacionismos mundanos. Escatología, por su parte, es una doctrina sobre los tiempos finales, los últimos días o el estado final del mundo, de la cual el milenarismo sería tan sólo un tipo. La escatología es un componente central del milenarismo (Lanternari, 1965), pero no un equivalente. Siguiendo este razonamiento, podemos decir que el sistema a partir del cual TAP piensa y experimenta el Tiempo, está

³ Tarcus (1998) usa la noción de “Momento” para analizar lo que él llama “secta política”, pero lo hace precisamente en el sentido de redención revolucionaria.

asentado, no tanto en una 'creencia milenarista', como en una escatología apocalíptica, esto es, una teoría sobre los tiempos finales.

Sí, como lo señalé, pensamos que la representación de la temporalidad no es sólo un sistema de pensamiento, sino también, un sistema de acción que instiga una forma particular de actuar –*intervenir*– políticamente en el mundo, creo, entonces, que es esa escatología –y no la creencia en un futuro redentor– aquello que efectivamente opera como sistema de movilización de las prácticas militantes. No sólo ellas son activadas por la creencia en el *derrumbe*, sino que están orientadas a reactualizarla y reafirmarla. Del mismo modo, los signos permanentemente leídos y cristalizados en *caracterizaciones* y *pronósticos*, son los signos relativos al *derrumbe*, y no a la renovación. Son estos signos los que transforman la acción política en *necesidad* y *responsabilidad* histórica.

En última instancia, mi idea es que es la creencia en el fin la que organiza la experiencia política de los militantes, estableciendo un conjunto de verdades fundantes que dan cuenta, no sólo de cómo las cosas son, sino, también, de la especificidad del partido en relación a sus Otros. Aquello que debe ser recreado y debe devenir Evidencia es la verdad de que el estado vigente de cosas está a punto de llegar a su fin, de que, efectivamente, el presente es el tiempo final.

Partiendo de esta base, ahora sí puede decirse que, dado que los llamados movimientos milenaristas asumen también una escatología, puede haber entre ellos y la forma de hacer y pensar a la política en TAP, similitudes interesantes de ser pensadas. Esbozaré sólo algunas de ellas, con el fin de sugerir la posibilidad de todo un campo de investigación antropológica centrado, no tanto en las vinculaciones entre política y religión o entre marxismo y milenarismo, como en las implicancias que para la acción social –del campo que sea– tiene una representación del Tiempo orientada a un cambio disruptivo, cercano y certero, pero siempre diferido. Es decir, qué implicancias tiene para la vida de las personas organizar y estructurar su experiencia presente alrededor de un momento futuro que es siempre –como dicen los militantes– *no muy lejano*.

Un primer elemento a señalar es que los tiempos finales son pensados y vivenciados como catástrofes. En los movimientos milenaristas, la redención va precedida de un camino de destrucción, decadencia y sufrimiento. En la lógica de TAP, no sólo el Momento es de destrucción, sino que su progresivo acercamiento involucra un desarrollo cada vez mayor de padecimiento y sacrificio, no sólo de los *explotados*, sino también de los *explotadores*. Si en los llamados movimientos milenaristas los signos de renovación se

expresan en imágenes de catástrofes naturales, en nuestro caso etnográfico los signos de la destrucción —y de su cercanía— se expresan en catástrofes de orden social: *crisis políticas* —guerras, levantamientos, caídas de gobiernos— y *crisis económicas* —hambre, carestías y miseria.

Esto configura una percepción muy particular por parte de los militantes, pues el éxito de la militancia se acrecienta mientras ‘peor estén las cosas’ en el presente. Dije que a partir de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre se inauguró una euforia extraordinaria entre los militantes; y se trataba, además, de alegría y complacencia: “*Qué lindo momento para militar, este sí que es un buen momento para militar*”; “*este es un momento sin precedentes, todo el mundo te escucha en las discusiones*”.

Por otro lado, si bien, como señala Worsley (1980), hay movimientos que ven al milenio como un acontecimiento remoto y distante en el tiempo, desarrollando así actitudes de resignación y abandono de este mundo, la mayoría de los autores coincide en que una de las características del milenarismo es que la salvación es de carácter *inminente*, es decir, tendrá lugar en un futuro próximo. El milenio está a la vista, y constituye un plan predeterminado que llegará a su consumación en un futuro inmediato. De allí el perfil activista de estos movimientos; el creyente no sólo espera, sino que *se prepara*. El carácter activo y no contemplativo que involucra la *inminencia* es aquello que, para muchos, está en la base del milenarismo como sistema de acción y de transformación del mundo⁴.

Pero, paralelamente a la acción humana, suelen intervenir fuerzas de otro orden, de las que dependen el fin de lo existente y el nacimiento —o renacimiento— de lo nuevo. El fin es, en buena medida, independiente de las voluntades sociales, estando en manos del orden de lo sobrehumano. Así, la *llegada* suele conjugar lo deseable, aleatorio e incierto con lo inevitable, obligatorio y necesario. Esta dualidad, por cierto, puede ser identificada en la escatología de TAP. Allí vimos que el Momento adviene tanto por la *intervención* política y el desarrollo de las fuerzas *subjetivas* regidas por la voluntad, como por la maduración de las *condiciones objetivas* de descomposición del régimen capitalista.

Las llamadas “fuerzas sobrenaturales”, en un caso, las llamadas “fuerzas objetivas” en otro. Antes que decir que las segundas son una suerte de secularización de las primeras, me interesa, en cambio, señalar que la coexistencia de estas dos dimensiones —un poder de agencia, por un lado, y un conjunto de fuerzas que parecieran tener vida propia, y estar fuera del alcance y control del sujeto, por otro— es un fenómeno digno de ser pensado.

⁴ Antes dijimos que la idea de un tiempo cíclico y pendular era central para continuar manteniendo la creencia en el Momento y movilizar la acción. Cabe señalar ahora que Pereyra de Queiroz (1969: 311) habla del tiempo mesiánico —el mesianismo es para ella un tipo particular de milenarismo— como un “tiempo híbrido”, cuya particularidad es amalgamar linealidad y circularidad.

Por lo pronto, me atrevo a conjeturar que una creencia en el fin de lo existente, que discute radicalmente con las representaciones hegemónicas del mundo y que separa radicalmente a sus creyentes de los no creyentes, pareciera requerir fuerzas ajenas para reproducirse y tener efectos concretos en términos de acción social. Como si esa representación escatológica, que postula una ruptura tan primordial, necesitara extraer energías de la Necesidad, es decir, requiriera suplir las fuerzas que del mundo terreno no obtiene, por fuerzas poderosas, situadas fuera del alcance humano, sean ellas llamadas “sobrenaturales” o llamadas “objetivas”.

Por último, quisiera mencionar una práctica que parece ser constitutiva de la creencia en la *inminencia*: aquella orientada a advertirla. Un elemento común entre algunos milenarismos y la representación temporal de TAP es la actividad de profetizar, es decir, de anunciar los signos de la cercanía, ya sea de la renovación o de la destrucción. En ambos, el anuncio de lo que acontecerá mantiene un vínculo solidario con la movilización de la acción de los creyentes. En TAP el uso del *pronóstico* como práctica de advertencia de los signos de anunciación del Momento constituye una actividad clave en la vida partidaria, y suele estar reservada a un grupo específico de la estructura, los dirigentes. Son ellos los intérpretes habilitados para producir *caracterizaciones* y *pronósticos*, y esta actividad de interpretación está basada, como dijimos, no sólo en un poder cultural –la posesión del Saber (marxista)- sino en un poder intelectual, en ciertas facultades personales que les permiten usar ese Saber correctamente. Tal como lo señala Weber (1992), a diferencia del sacerdote, el profeta ancla su figura en poderes extraordinarios que le son intrínsecos; son facultades personales, y no emanadas de la posesión del Saber instituido. Sin embargo, cabe señalar que, a diferencia de lo que ocurre con el profeta, en TAP, los *pronósticos* rápidamente se despersonalizan y adquieren la voz del partido. Si bien los líderes son reconocidos como tales por el saber ver y el saber leer la realidad, antes que una sacralización de las personas, la vida militante transcurre en una sacralización –racionalizada en términos de su eficacia para la acción política- de la práctica del interpretar y del anticiparse, que distingue a su partido del resto de los actores del campo político.

La interpretación de la acción como *preparación*, la lectura permanente de los signos, la construcción de la *inminencia*, la conjunción de acción humana y acción de fuerzas ‘sobrehumanas’, son algunos rasgos inherentes a la percepción y a la vivencia del presente, que parecieran estar vinculados a una forma particular de concebir la temporalidad. A la luz de ellos –aquí someramente bosquejados- insisto en la posibilidad de un campo de

investigación capaz de dar cuenta de los 'imperios' del Tiempo, y de las interfaces entre política y religión, no meramente atendiendo al universo de las ideas, sino, por sobre todo, a las prácticas mismas.

FINAL

Entendí que sin tiempo no hay movimiento (ocupación de lugares distintos en momentos distintos); no entendí que tampoco puede haber inmovilidad (ocupación de un mismo lugar en momentos distintos).
Jorge Luis Borges, *Historia de la Eternidad*, 1936

Comencé esta etnografía señalando que ella tenía una historia, y que el principio de esa historia había sido, en su momento, una inquietud de índole política. Ahora, a la distancia –puesto que por diversos motivos este final fue escrito con cierta (probablemente demasiada) distancia del trabajo de campo y la redacción de los capítulos centrales- puedo decir que algo más que una pregunta política es aquello que me llevó al campo “partido político *de izquierda*”. Se trata de algunas inquietudes vinculadas a ciertas especificidades de la antropología del mundo propio, que considero pertinentes de ser mencionadas aquí, puesto que, en definitiva, son parte constitutiva de esta etnografía y de su historia.

Mucho antes de que la antropología echase su mirada sobre el Nosotros, la disciplina estaba frente a una suerte de ‘crisis de identidad’: la sociedad primitiva ya no era primitiva, o hacía mucho que no lo era, si es que alguna vez lo había sido. Basta con atender a las peripecias que suscita la pregunta de qué es la antropología o qué hace un antropólogo para percibir que esa ‘crisis’ dista de estar resuelta. Los únicos que se encuentran exentos de obstáculos al momento de dar una respuesta son aquellos que estudian grupos indígenas, o grupos étnicos, o como más políticamente correcto resulte hoy día llamar a aquello que nuestro sentido común considera objeto-sujeto de la antropología.

Los que no corremos tal suerte, como es mi caso, nos vemos atrapados en diversas alternativas, por cierto una más incómoda que otra: 1) simplificar sobremanera la definición de la disciplina, quedando ésta completamente empobrecida y desdibujada, como un equivalente de la sociología, *pero con otros métodos*; 2) en el extremo opuesto, zambullirnos en una intrincada red de explicaciones exquisitas, que la antropología no se define por su *objeto*, sino por su *mirada*, que no estudiamos *algo* en particular, sino desde una *perspectiva* particular; 3) a regañadientes, compadecemos de nuestro interlocutor profano, buscando el objeto que él espera, y diciendo algo así como que históricamente la antropología ha estudiado *lo*

diferente, y así surgen interrogantes del tipo “¿Pero entonces vos qué hacés estudiando un partido político?”; 4) resignación absoluta, como cuando la madre de mi madre, pertinaz y voluntariosa, me trae un nuevo recorte del diario La Nación, esta vez sobre el fenomenal hallazgo de una tibia en Tanzania, *que a vos te va a interesar*.

En fin, cuál de todas estas cosas efectivamente hacen los antropólogos; me parece que un poco de todo. No podemos negar que la antropología ha intentado conservar su especificidad a través de la búsqueda de *su* objeto en el seno del mundo propio. Sin explicitarlo, ha procurado y fabricado “primitivismos” en el seno de la “modernidad”, desafiándola y desafiando a sus portavoces; lo elocuente es que la *diferencia* se ha traducido – y reducido– en términos de desigualdad, el *Otro* en términos de lo minoritario, lo marginal y marginado (Bevilaqua e Camargo Leirner, 2000). Rescato, en este sentido, el cuestionamiento que estos y otros autores hacen a la asimetría en la que se incurre al trasladarse al universo de las llamadas sociedades complejas; si como ellos sugieren, la antropología intenta dar cuenta de la lógica de los mundos estudiados y, también, restituir aquello que para esos mundos es significativo, entonces cabría esperar una antropología que se ocupe de los puntos neurálgicos de nuestra vida social, de los actores, procesos e instituciones hegemónicos, en una palabra, de lo dominante, mayoritario y central.

Quisiera subrayar que con esto no intento plantear un deber-ser de la disciplina ni tampoco de su presunto “objeto”; más bien, intento explicitar aquello que nosotros mismos parecemos haber naturalizado, e intento, sobre todo y ante todo, reflexionar acerca del por qué de este mi campo etnográfico, “un partido político *de izquierda*”, y acerca del por qué de ciertas perspectivas a través de las que ese campo fue abordado en este trabajo de tesis.

Mi idea es, precisamente, que ese campo etnográfico sintetiza una preocupación, o mejor, una tensión, entre lo central y lo marginal. El “partido político” era aquello que me permitía participar de procesos y estructuras centrales en las que siempre estuve interesada; el “*de izquierda*” imprimía aquel sello antropológico, situándome en los márgenes y, también, en una suerte de microclima cultural. Hasta podría decirse ‘tribal’, teniendo en cuenta que dentro del campo de *izquierda* elegí trabajar con un partido trotskista, claramente minoritario, a veces acusado de *secta* por parte de la propia *izquierda* política.

Pero la antropología que trabaja en el mundo propio no sólo –ni siempre– construye la diferencia en términos de marginalidad; allí cuando los antropólogos trabajan en los centros, un típico ejercicio a través del cual procuran preservar la especificidad disciplinar es capturando la ‘dimensión cultural’ de los fenómenos en cuestión. En una

palabra, 'culturalizamos'. Con este término estoy pensando en por lo menos –debe haber más- tres movimientos, que pueden presentarse superpuestos. Uno de ellos, desnaturalizar aquello tenido por auto-evidente. Otro, hacer de 'lo simbólico' objeto y mirada antropológicos: objeto, cuando el antropólogo se convierte en especialista de rituales, festividades, ceremonias (Althabe, 1987); mirada, cuando la meta de la investigación antropológica es revelar e identificar el 'aspecto simbólico' de toda práctica y todo proceso social. Un último movimiento de culturalización –terriblemente peligroso, como bien lo advierte Althabe- es introducir extrañamiento a través de la inmoderada "práctica analógica", y así, por ejemplo, "decir que un partido de fútbol es un acontecimiento religioso con sus ritos y sus dioses" (ibid: 14).

Señalo esto porque, aunque enteramente reticente a la "práctica analógica", esta etnografía –como lo habrá notado el lector- participa de la costumbre consuetudinaria de culturalizar. Con sus alcances y limitaciones, creo que fue esta perspectiva aquello que me ha permitido manipular lo que considero una de las particularidades más sobresalientes de mi campo etnográfico, a saber, el grado en que la acción de los sujetos se halla 'interpretada' y 'racionalizada'. Concretamente, me refiero al hecho de que las prácticas militantes de TAP son explicadas y justificadas por los mismos militantes a través de la teoría marxista, leninista y trotskista. Tras mis primeros contactos con el campo, en efecto, advertí que estaba frente a un accionar sumamente sistematizado, un universo en donde cualquier movimiento, cualquier jugada, era colocada por los actores dentro de una *teoría científica* que la englobaba y le otorgaba sentido. En poco tiempo, caí en la cuenta de que estaba frente a una realidad en donde había demasiadas respuestas dadas –y conocidas-, y que de no salir de ellas, terminaría explicando lo que las personas hacen y piensan, a través de aquello que no debía ser para mí sino un dato más a problematizar.

En definitiva, considero que esta etnografía no es sino una prueba sobre cómo lidiar con este tipo de campos tan 'reflexivos' e 'intelectualizados', cómo podemos restituir una mirada antropológica que sea capaz de arrojar alguna interpretación sugestiva sobre fenómenos respecto de los cuales hay tantas cosas dichas, y por sobre todo, tantas cosas compartidas. Es por eso que, aunque parezca paradójico, en una etnografía sobre un partido marxista, leninista y trotskista, poco o nada hemos oído hablar a Marx, Lenin y Trotsky; muy poco hemos hablado de ellos, y poco hemos intentado explicar a través de ellos; hemos escuchado a estos personajes a través de sus portavoces, los militantes; atendiendo a las propias interpretaciones que éstos hacen de aquéllos, y a los usos que le otorgan. En todo caso, es el lugar y la significación que para la vida partidaria tienen Marx,

Lenin, Trotsky, y sus formulaciones, aquello que he intentado restituir. Mi propósito —y sinceramente no sé hasta qué punto lo he logrado— ha sido que en el marco de esta etnografía el marxismo no interprete, sino que juegue; he buscado colocar al marxismo como parte del juego, y no como explicación última del juego.

Mi sensación es que antes que un ‘marco teórico’ mis interpretaciones se inscriben en un sentido común antropológico, por momentos poco explicitado, un tanto irreflexivo, pero, en general, prolífico en lo que a ejercicio de análisis se refiere. Y diría que ese sentido común fue aquello que me permitió hablar del marxismo y de la política marxista, desde otro lugar, correrme de términos como *ideología* o incluso *conciencia*, apelando, en cambio, a nociones como engaño, sospecha y saber. Aquello que espero es que el resultado de este ejercicio interpretativo, de esta ‘permuta de términos’, aunque modesto e incipiente, pueda contribuir a pensar a nuestra *izquierda* —o al menos a parte de ella— desde una perspectiva diferente.

Ejercicio que, por cierto, fue posible no sólo por recurrir a categorías como la de creencia —sin duda un ‘culturalizador’ por excelencia— aún cuando, atendiendo a la distinción nativa entre *conciencia* y *creencia*, ello resultara provocador; tampoco por el mero hecho de colocar cierto paréntesis a cosas dichas como *la teoría del partido* y, en su lugar, buscar explicadores en nociones como ‘Tiempo y Espacio; ante todo, creo que se trata, una vez más, de haber colocado la mirada en el mundo de las prácticas, buscando captar, a través de ellas, lo que Geertz denominó (1991) la lógica informal de la vida real.

Esa lógica —‘dicha’ tanto en y por los actos, como por las elecciones y la militancia barrial— resultó ser, para mí, un conjunto de ideas, evidencias y fuerzas de acción, que entablan entre sí vínculos solidarios, inscribiéndose en lo que aquí he considerado teorías nativas sobre el Tiempo y el Espacio, teorías que a mi entender constituyen dos ejes sobre los que se estructura la experiencia política de los militantes y, en este sentido, la forma misma de hacer y pensar a lo político.

He señalado que estas teorías encierran una dimensión epistemológica fundamental; constituyen sistemas de percepción a través de los cuales su validez misma es producida y reproducida. Hacia el final de mi trabajo, me pregunté si a la luz de esta perspectiva no había ido creando un esquema demasiado orgánico y reproductivista. Vi que la etnografía mostraba algunos desacuerdos dentro del universo nativo, algunas disputas en la construcción de los significados, ciertos procesos de cambio, pero que, aún así, las ‘creencias y valores’ fundantes del colectivo TAP aparecían como reproduciéndose sin

graves contradicciones. Esta observación me llevó a un interrogante, que en términos de Bateson (1982) podría plantearse de este modo: ¿esa reproducción aceptada, esa ausencia de 'conflicto estructural', son parte de la arbitrariedad de mi mapa y de mis principios de mapeado, o constituyen un atributo, fielmente cartografiado, del territorio mismo?

Es claro que mi percepción y manejo de la data etnográfica estuvo moldeado por un prisma que presupone una cierta coherencia y solidaridad entre el hacer y el pensar. Y es claro también que nunca fue mi objetivo —al menos en el marco de esta etnografía— hacer de las discrepancias que atraviesan al partido, de las relaciones de poder, un problema de investigación¹; al contrario, desde un primer momento, mi problema —y por tanto el gran recorte de mi mapa— fue revelar la lógica de este grupo político, la lógica de su universo de ideas y prácticas.

Pero, al mismo tiempo, mi parecer es que en el territorio *algo* de ese recorte *hay*. No sólo porque todo colectivo tiene ciertas trayectorias de reproducción, sino también porque, al menos desde la perspectiva en la que estuve situada —*externa, simpatizante organizada*—, en el transcurrir de la vida militante, más que principios discrepantes y contradictorios, me encontraba frente a ciertos acuerdos esenciales que estaban en el centro de la militancia cotidiana; me encontraba frente al hecho de que ideas como la de *derrumbe* constituían una especie de núcleo duro a partir del cual el partido construía periódicamente su especificidad dentro del campo político y en relación a sus Otros. Allí ingresaban, entonces, una serie de regularidades que a mi entender eran sumamente básicas y efectivas para la reproducción de cierta conformidad lógica; era el caso, por ejemplo, de la producción de la *excepcionalidad*, la pérdida frente a la *recomposición burguesa* y, luego, una nueva reconstrucción de lo *excepcional*.

Y en este sentido, es momento de señalar que esas regularidades no son exclusivas de la coyuntura histórica en el que fue realizada esta investigación. Si hay algo en lo que contribuyó mi exploración y análisis sobre material documental y fuentes históricas, fue advertir que la reconstrucción de lo *excepcional* constituye una suerte de constante a lo largo de la historia de Trabajadores al Poder.

La inquietud que estoy planteando, de hecho, no refiere a un presunto a-historicismo. Al contrario, una de las cosas que espero haber logrado mostrar en el capítulo sobre la militancia partidaria en relación al Movimiento Clasista, es que TAP cambia, y que los militantes afrontan día a día los elementos desestabilizadores que ese cambio involucra;

¹ Este recorte de mi mirada se expresa claramente en cuestiones de (re)presentación, como el anonimato con el que aparecen los militantes, y los efectos homogeneizadores que ello involucra; o en cuestiones de análisis, cuando focalizo en aquello que hace al nosotros partidario, colocando en segundo plano aquello que amenazaría y vulneraría ese nosotros.

mi objetivo al introducir ese contexto fue, no sólo dar cuenta del momento histórico significativo en el que se inscribe mi trabajo, sino también, demostrar que ese tiempo cíclico, de *oportunidades* que se presentan y se pierden una y otra vez, tiene su propia historicidad.

Quisiera finalizar retornando al campo, a las relaciones entre Tiempo, Espacio y Política. También en lo que a ello respecta podríamos preguntarnos: hasta qué punto el recorte de las dimensiones espacial y temporal como 'interpretativas' de la política, responde a mi campo etnográfico, y hasta qué punto, a una suerte de *a priori* antropológico. De una u otra forma, si como dice Bateson (1990), explicar es encajar los datos, de modo tal que conformen cierto esquema coherente para el investigador, lo cierto es que las nociones de tiempo y espacio y, más concretamente, las de Momento y Saber, fueron aquello que me permitió encajar -'explicar(me)'- fenómenos que desde un inicio fueron centro de mi extrañamiento: el *pronóstico*, el significado de *tener razón*, el significado del *error* de los Otros, la *discusión*, la *agitación*, la percepción permanente del *derrumbe*.

Continuando, entonces, mi 'diálogo' con Bourdieu, si él señala que la lucha entre los profesionales de la política es "la lucha simbólica por la conservación o la transformación del mundo social, por medio de la conservación o la transformación de la visión del mundo social y de los principios de di-visión de ese mundo" (2002: 173, 174), ya he añadido que para nuestro caso es también una lucha simbólica por los principios de di-visión del mundo político, y agrego ahora que es también una lucha por conservar o transformar los sistemas de representación del tiempo en que esos mundos transcurren.

En todos los contextos de militancia, TAP lleva a cabo una lucha simbólica por la representación de la temporalidad -pasada y, sobre todo, presente y futura-, y mi idea es que si esto acontece es porque en la vida política de TAP, no sólo el Espacio es objeto de disputa, sino el Tiempo mismo.

Si volvemos nuestra mirada específicamente sobre los actos partidarios, vemos que allí, tiempo y espacio se suponen recíprocamente, convocándose uno a otro y, también, travistiéndose uno en el otro. Ambas dimensiones mantienen un vínculo solidario que, podríamos decir, construye a la política misma: el tiempo convoca al espacio universalizado, porque algo como 'el curso natural de las cosas' puede ser interferido y

manipulado por la *intervención* del sujeto social, devenido sujeto político. Es la *lucha* en que consiste ese espacio antagónico y escindido aquello que da existencia a la política como práctica, y como práctica capaz de modificar el devenir. Y, a su vez, este espacio necesita de ese tiempo particularizado *-excepcional-* para movilizar la acción política, dotarla de sentido, hacerla *necesaria*.

Desde este punto de vista, podemos decir que “el campo político es el lugar de una competencia por el poder, que se hace por intermedio de una competencia por los profanos” (Bourdieu, *ibid.*: 185), que la lucha política de TAP es una *lucha por* el espacio social, concretamente, por el monopolio de la representación de los agentes de ese espacio. Y el saber (me refiero al saber-la-verdad y al Saber-marxista) es, por excelencia, el arma de esta lucha: es instrumento para combatir la *confusión* de los profanos, para dotarlos de aquello que carecen; es instrumento para combatir a las fuerzas *burguesas*, que incesantemente crean y recrean la ignorancia y el oscurantismo; es instrumento para combatir la equivocación de las *izquierdas democratizantes*.

Esto es claro para nosotros si atendemos a las actividades de *orientación* y *organización*, *preparar* es, como ya lo sugerí, hacer que mientras el tiempo transcurre, el mundo social (*obrero*) devenga mundo político (*obrero*). Mientras el tiempo transcurre, el saber es arma para *organizar* y *orientar*, para incorporar a los profanos a un orden instituido de teorías y prácticas que es el partido, incorporarlos, en definitiva, al mundo de los profesionales del campo político. Y recordemos que lo político estaba localizado en un dominio particular del ser —el pensamiento, la reflexión—, y era opuesto a la materialidad, al cuerpo, a lo sensible; el mundo político es mundo que sabe, y que por saber puede subvertir el orden constituido, a través de *la toma del poder*.

No obstante, mi idea es que, paralelamente, tiempo y espacio mantienen otra relación en el universo de TAP. Porque *militar* es, también, *luchar en* un espacio y *por* un tiempo. Desde esta perspectiva, el espacio no es objeto de disputa, es escenario donde las fuerzas del campo político se enfrentan por otro objeto; es ante todo, un recurso a través del cual esas fuerzas se disputan el Momento, objeto de naturaleza ‘temporal’ en un doble sentido, por ser objeto relativo al tiempo, y por ser objeto efímero y fugaz.

El ‘tiempo del capitalismo’ parece capaz de hacer unidad de la diversidad espacial, hacer de cada espacio un único gran espacio en donde *obreros* y *burgueses* se enfrentan por el Momento, un bien para ambos trascendente. La militancia, un conjunto de prácticas al servicio de la apropiación del Momento, que no es sino el principio de la apropiación del poder.

Apropiarse del Momento es, para TAP, el comienzo del fin; es, para el frente *burgués*, postergar el fin y, una vez más, domesticar la fuerza *-objetiva-* del devenir. Y el saber es nuevamente instrumento privilegiado en esta *lucha por* el tiempo. El saber es aquello que se tiene *-y, más importante, aquello que los Otros no tienen;* el Momento es aquello que no se tiene ni se tuvo, pero que sigue constituyendo la razón de la *lucha* política, y que puede alcanzarse a través del saber, instrumento para interpretar el devenir, leer sus signos, anticipar su advenimiento y, así, poder *aprovecharlo*, desarrollando la estrategia militante *-intervención- correcta*.

Si, como dijimos, lo ordinario en la vida política de TAP es construir lo extraordinario y *excepcional*, porque la creencia en el Momento y su *inminencia* es uno de los elementos que constituye al nosotros partidario; y porque lo *excepcional* mantiene un vínculo solidario con la acción política, al extraer fuerzas del orden de lo Necesario; ahora podemos agregar que, sobre todo, lo es porque la cercanía del Momento es aquello que constituye a la política misma. Lo *excepcional* hace a la política, porque materializa el objeto por el que se lucha *-el Momento, el derrumbe-* y porque convoca la acción del enemigo contra el que se lucha. Y del mismo modo, si el Saber también es actualizado y probado permanentemente en la vida política de TAP, no lo es sólo por constituir el criterio de clasificación del espacio social y político; tampoco lo es exclusivamente por ser valor axiomático que distingue a TAP de sus múltiples Otros; lo es por sobre todo, porque el Saber es aquello que permite a la militancia tener la certeza de que, si temprano o tarde habrá victoria, esa victoria será propia.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAR, M. 1991. "Hacia un lenguaje etnográfico". En: Reynoso, C. (ed.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México, Gedisa.
- ALTHABE, G. 1987. "Hacia una antropología del presente"; "Lo microsocial y la investigación antropológica de campo". En: Althabe, G. & F. Schuster (comps.) *Antropología del presente*. Buenos Aires, Edicial.
- ANDERSON, B. 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México, FCE.
- BATESON, G. 1982. *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires, Amorrortu.
1990. *Naven. Un ceremonial iatmul*. Madrid, Júcar.
- BEVILAQUA, C & CAMARGO LEIRNER, P. 2000. "Notas sobre a análise antropológica de setores do Estado brasileiro". Em: *Revista de Antropologia*, São Paulo, V. 43 n° 2.
- BOIVIN, M., A. ROSATO & F. BALBI. 1999. "Cuando el enemigo te abraza con entusiasmo...: Etnografía de una traición". En: *MANA*. 5. 1. *Estudios de Antropología social*, Rio de Janeiro.
- BOURDIEU, P. 2002. *O poder simbólico*. Rio de Janeiro, Bertrand Brasil
1991. *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.
1991 (b). *La Distinción*. Madrid, Taurus.
- BUCCI- GLUKSMANN, C. 1986. "Forma de la crisis y del poder y concepción marxista de la política". En: Labastida, J. (coord) *Los nuevos procesos sociales y la teoría contemporánea*. Instituto de Investigaciones sociales. UNAM, México, Siglo XXI.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, R. 1998. *O trabalho do antropólogo*. Brasilia, Editora UNESP
- CARLO, A. 1973. "El partido revolucionario en Lenin". En: *Pasado y Presente Nro. 2*. Buenos Aires.
- CLAUDÍN, F. 1981. *La oposición en el 'socialismo real'*. México, Siglo XXI.
- CLIFFORD, J. 1995. *Dilemas de la Cultura*. Barcelona, Gedisa.
- COGGIOLA, O. 1995. *El trotskismo en América Latina*. Buenos Aires. Ediciones Magenta.
- COHN, N. 1983. *En pos del Milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos en la Edad Media*. Madrid, Alianza Editorial.
- COMAROFF, J & J. COMAROFF. 1992. "La etnografía y la imaginación histórica". En: *Ethnography and the historical imagination*. Boulder, Westview Press.
- DE ÍPOLA, E. 2001. *Metáforas de la política*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
1997. *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*. Buenos Aires, Ariel.
- DOUGLAS, M. 1976. *Sobre la naturaleza de las cosas*. Barcelona, Cuadernos de Anagrama.
1973. *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid, Siglo XXI.
- DURKHEIM, E. 1992. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Akal.
1997. *Las reglas del método sociológico*. Madrid, Akal.

- ESCOBAR, A. 1996. *La invención del Tercer Mundo*. Bogotá, Norma Ediciones.
- EVANS-PRITCHARD, E.E. 1979. *Los Nuer*. Barcelona, Anagrama.
- FOUCAULT, M. 1984. *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI.
1985. "Clasificar". En: *Las palabras y las cosas*. Barcelona, Planeta.
1992. *Microfísica del poder*. Madrid, Las Ediciones de La Piqueta.
- GEERTZ, C. 1991. "Géncros Confusos. La refiguración del pensamiento social". En: Reynoso, C. *Op. Cit.*
1987. *La interpretación de las culturas*. México, Gedisa.
1994. "Centros, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder". En: *Conocimiento local*. Barcelona, Paidós.
- GINSBURG, F. 1999. "Cuando los nativos son nuestros vecinos". En: Boivin, M; A. Rosato & V. Arribas. *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires, Eudeba.
- GODELIER, M. 1987. *La producción de Grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Barcelona, Akal.
1999. "Poder y lenguaje". En: Boivin, M. et. al. *Op. Cit.*
- GOLDMAN, M. 1999. *Alguma Antropologia*. Relume-Dumara, São Paulo.
- GOLDMAN, M. & A.C. CRUZ DA SILVA. 2003. "Por que se perde uma eleição?" En: Balbi, F. A. & A. Rosato. *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires, Antropofagia.
- GONZÁLEZ, E. 1995. *El troskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Buenos Aires, Antídoto.
- KEESING, R. 1987. "La Antropología como búsqueda interpretativa". En: *Current Anthpology*, 28 (2) Abril 1987.
- KRIEGEL, A. 1968. *Las internacionales obreras*. Barcelona, Martínez Roca.
- KROTZ, E. 1994. "Alteridad y pregunta antropológica". En: *Alteridades*, Nro. 8, año 4. pp 5-11
- LACLAU, E. 2000. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva visión.
1986. "Discurso, hegemonía y política: consideraciones sobre la crisis del marxismo". En: Labastida, J. (coord.). *Op. Cit.*
- LANTERNATI, V. 1965. *Movimientos religiosos de libertad y salvación de los pueblos oprimidos*. Barcelona, Seix Barral.
- LEACH, E.R. 1967. "Nosotros y los demás". En: *Un mundo en explosión*. Barcelona, Anagrama
1971. "Dos ensayos sobre la representación simbólica del tiempo". En: *Replanteamiento de la antropología*. Barcelona, Seix Barral.
1978. *Cultura y comunicación*. Madrid, Siglo XXI.
- LEFORT, C. 1970. *¿Qué es la burocracia?*. París, Ruedo Ibérico.
- LENCLUD, G. 1999. "Lo empírico y lo normativo en la etnografía. ¿Derivan las diferencias culturales de la descripción?" En: Boivin, M; A. Rosato y V. Arribas. *Op. Cit.*
1996. "Creencia". En: Bonte, P. y M. Izard. *Diccionario de Etnología y Antropología*. Madrid, Akal

- LENIN, V.I. 1960. "A qué herencia renunciamos". En: *Obras Completas*. Buenos Aires, Cartago.
1960. "Un paso adelante, dos pasos atrás". En: *Obras Escogidas*. Moscú, Ediciones Lenguas Extranjeras.
- LÉVI-STRAUSS, C. 1965. *El totemismo en la actualidad*. México, FCE.
1992. *El pensamiento salvaje*. México, FCE
1993. *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona, Planeta-Agostini
- LÖWY, M. 1997. *Redención y Utopía. El judaísmo libertario en Europa central. Un estudio de afinidad electiva*. Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto.
- MACAGNO, L. 2002. *Apocalipsis al sur. Una protesta contra inmigrantes en el "desierto" argentino*. Buenos Aires, Ed. Biblos.
- MANIN, B. 1995. "Los Principios del gobierno representativo". En: *Sociedad*. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
1996. "Metamorfosis de la representación". En: *Principes du gouvernement représentatif*. Champs Flammarion.
- MARX, K. 1984. "Introducción general a la crítica de la economía política". En: *Cuadernos de pasado y presente*. México, Siglo XXI.
- MARX, K. & F. ENGELS. 1980. *Escritos sobre Rusia*. México, Pasado y Presente.
1997. *Manifiesto del Partido Comunista*. Bs. As, Anteo.
- MAUSS, M. 1971. "Ensayo sobre las variaciones estacionales en las sociedades esquimales. Un estudio de morfología social". En: *Sociología y Antropología*. Madrid, Tecnos.
- MEIKSINS WOOD, E. 2000. "Trabajo, Clase y estado en el capitalismo global." En: *OSAL*, Junio 2000.
- MOUFFE, C. 1986. "Clase obrera, hegemonía y socialismo" En: Labastida, J. *Op. Cit*
- NISBET, R. 1998. *Historia de la idea de progreso*. Barcelona, Gedisa.
- NOGUEIRA, C.F. 2000. *O diabo no imaginário cristão*. São Paulo, EDUSC.
- OFFE, C. 1988. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, Ed. Sistema.
- OLLIER, M. 1998. *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires, Ariel.
- PALMEIRA, M. & GOLDMAN, M. (orgs.). 1996. *Antropologia, voto e representação política*. Rio de Janeiro, Contra Capa.
- PALMEIRA, M. & B. HEREDIA. 1995: "Os comícios e a política de facções". En: *Anuario Antropológico*.
- PEREIRA DE QUEIROZ, M.I. 1969. *Historia y etnología de los movimientos mesiánicos*. México, Siglo XXI.
- POZZI, P. & A. SCHNEIDER (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. Eudeba, Argentina.
- QUIRÓS, E. G. 1998. "El mimetismo en la antropología económica reciente". En: *Cuadernos de Epistemología*, Nro. IV. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- RICOEUR, P. 1986. "El conflicto de las interpretaciones". En: *Freud: una interpretación de la cultura*. Madrid, Siglo XXI.

- ROSATO, A. 2003. "Líderes y candidatos. Las elecciones 'internas' en un partido político". En: Balbi A.F. & A. Rosato. *Op. Cit.*
- SAID, E. 1990. "Introducción". En: *Orientalismo*. Madrid, Libertarias.
- TARCUS, H. 1998. "La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad". En: *El Rodaballo*, Año V Nro. 9. Verano 1998/99.
1996. *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- TERÁN, O. 1993. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- TODOROV, T. 1999. *La conquista de América. El problema del otro*. Madrid, Siglo XXI.
- TRÍMBOLI, J. (comp.) 1998. *La izquierda en la Argentina*. Buenos Aires, Ed. Manantial.
- TROTSKY, L. 1975. *Nuestras tareas políticas*. México, Juan Pablos Editor.
1984. *El pensamiento vivo de Marx*. Buenos Aires, Losada.
1985. *Historia de la revolución rusa*. Madrid, Sarpe.
1991. *La Revolución Traicionada*. Madrid, Fund. Estudios Sociales.
- TURNER, V. 1988. *El proceso ritual*. Madrid, Taurus.
1980. *La selva de los símbolos*. Madrid, Siglo XXI
- WALIKI, A.: 1979. "Socialismo y populismo ruso". En: Hobsbawm, E. et al. *Historia del Marxismo*. Barcelona, Bruguera.
- WEBER, M. 1980. "La política como vocación". En: *El político y el científico*. Madrid. Alianza.
1985. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires, Hyspamérica.
1992. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, FCE.
- WORSLEY, P. 1980. *Al son de la trompeta final. Un estudio de los cultos "cargo" en Melanesia*. Madrid, Siglo XXI.
- WRIGHT, S. 1998. "The politicization of 'culture'". En: *Anthropology Today*, 14 (1): 7-15.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas